

Jacques Bergier

LOS EXTRATERRESTRES
EN LA HISTORIA





Jacques Bergier

LOS EXTRATERRESTRES
EN LA HISTORIA



PLAZA & JANES, S.A.
Editores

PRÓLOGO: ALEGATO POR UNA HISTORIA ABIERTA	11
1. LA ESTRELLA QUE MATÓ A LOS DINOSAURIOS	17
2. EL CUBO DEL DOCTOR GURLT	35
3. LOS VISITANTES DE NASCA	55
4. LAS CARTAS DE LOS REYES DEL MAR	75
5. LA TERRAZA DE BAALBECK	97
6. LOS VISITANTES DE LA EDAD MEDIA	119
7. LA MÁSCARA DE SIR CAVENDISH	139
8. KASPAR HAUSER	161
9. LOS NIÑOS VERDES	183
10. ¿Y EN NUESTROS DÍAS?	203

PRÓLOGO

ALEGATO POR UNA HISTORIA ABIERTA

El concepto de una Historia cerrada es relativamente reciente. Y por Historia cerrada entiendo aquella cuyos acontecimientos aparecen como provocados por causas naturales o por causas humanas. Durante casi todo su pasado, la Humanidad creyó que intervenían también en la Historia causas exteriores, tales como demonios, seres sobrenaturales, dioses y, finalmente, Dios. Al llegar el siglo XIX parece que empezó a imponerse el concepto de una Historia sin intervención exterior y cuya causalidad se limita tan sólo a nuestro planeta. Y, como muchas otras ideas del siglo XIX, ésta es discutible y cabe, desde luego, discutirla.

Este libro tiene por objeto señalar las intervenciones exteriores producidas en la Prehistoria y en la Historia, cuyo origen resulta imposible atribuir a nuestro planeta.

La concepción de este libro quiere ser exclusivamente racionalista, es decir, que las intervenciones de que hablaré son producto de seres inteligentes más poderosos que nosotros; de seres materiales que habitan en el espacio.

No hablaré de las intervenciones llamadas sobrenaturales, puesto que, sobre este particular, cada uno tiene el derecho de poseer su opinión personal, ni tampoco hablaré de los platillos volantes.

No tengo intención de aportar pruebas absolutas de intervenciones de extraterrestres en el curso de la Prehis-

toría y de la Historia de nuestro planeta. Otros investigadores, que dispondrán de medios de información superiores a los míos, lo harán, sin duda, antes de que termine este siglo. Por mi parte, prefiero compararme a esos hombres originales que, antes de la aparición de *El origen de las especies*, publicaban unos libros singulares, de los que Darwin hizo la síntesis y que, en último término, le permitieron escribir el suyo. Entre estos escritores se encontraba, por cierto, su abuelo, Erasmus Darwin, cuyo libro *El dorado secreto* fue algo así como *El retorno de los brujos* del siglo XVIII.

Por mi parte, me daré por satisfecho si mi libro consigue interesar a un número considerable de lectores. Quizás entre éstos se encuentre algún Darwin del porvenir a quien inspire el deseo de profundizar más en el tema.

Para mí, la intervención de seres extraterrestres en nuestra Historia no resulta más absurda que la de los microbios en nuestro estado de salud. Se trata, en ambos casos, de intervenciones no perceptibles para nuestros sentidos, pero que un estudio más detenido nos revela y que un análisis instrumental confirma. Así, pues, el estudio de hechos extraños aquí reunidos por mí permitirá, un día, comprobar la intervención de seres venidos desde el exterior para modificar el curso de nuestra Historia.

Charles Fort ha dicho: «Pertenece a alguien.» Yo voy más allá y afirmo que somos la creación de alguien, y llego hasta sugerir que estamos vigilados y que, acaso, interviene alguien en nuestras actividades y en nuestra Historia.

¿Por qué no hubo hasta ahora, y no lo hay aún, un contacto directo, abierto, entre este *alguien* y nosotros? Esta cuestión ha sido muy discutida. Por mi parte, creo que estos contactos existen, pero que permanecen ocultos al con-

junto de los hombres y que sólo se efectúan, en períodos muy concretos, con individuos muy adelantados, superiores a la media de sus semejantes.

En el origen de numerosos relatos tradicionales advertimos, sin duda alguna, leyendas de estos contactos. Pero como en este terreno no existe ninguna prueba formal, he preferido limitarme aquí a estudiar los contactos en el sentido extraterrestre/Tierra. El tema, aun así limitado, resulta ya bastante interesante, y, evidentemente, merece estudios mucho más importantes que este pequeño libro.

No obstante, alguien debe empezar...

I

LA ESTRELLA QUE MATÓ A LOS
DINOSAURIOS

Hace setenta millones de años, la Tierra estaba dominada por gigantescos reptiles: lagartos enormes, saurios monstruosos que se arrastraban, nadaban o volaban. Su reinado duró ciento cincuenta millones de años, mientras que, según los cálculos más optimistas, el hombre no tiene más allá de unos seis millones de años.

Esto significa que estas especies de reptiles habían contado, para adaptarse y evolucionar, con muchísimo más tiempo que el hombre. No es posible pretender que experimentaron un fracaso en su evolución: una especie que dura ciento cincuenta millones de años puede considerarse sólidamente adaptada.

Pocas muestras contemporáneas de estos reptiles gigantes sobreviven: sólo ciertos crustáceos monstruosos, que no han sufrido cambio alguno desde hace trescientos millones de años.

En menos de un millón de años, estos gigantescos reptiles desaparecen. ¿Cómo y por qué causa?

No parece lícito sostener que fue a causa de un cambio en el clima: admitiendo incluso tal cambio, los océanos apenas variaron, y muchos de estos reptiles vivían en los océanos.

Tampoco resulta imaginable que pudiera exterminarlos una forma superior de vida. Hubiera sido necesario para

ello un armamento considerable, del que se hubiesen hallado algunas trazas.

He aquí una hipótesis curiosa: nuestros antepasados, los mamíferos, se alimentaron con huevos de dinosaurio. Curiosa, pero imposible: los ictiosaurios vivían en los océanos y depositaban sus huevos fuera del alcance de todos sus enemigos.

Se ha dicho que la vegetación se había modificado y que el nuevo herbaje resultaba demasiado duro para los grandes reptiles. Esta hipótesis es totalmente inverosímil: se conservaron numerosas especies vegetales con las cuales hubieran podido alimentarse. Las tortugas gigantes de las islas Galápagos, que tanto interesaron a Darwin, no murieron de hambre en modo alguno.

Se ha dicho, también, que las especies envejecen, entran en la senilidad y mueren. Ésta es una mala metafísica: el mantenimiento del código genético impide que una especie muera por sí misma. ¿Y por qué motivo, en tal caso, especies aún vivas, con varios centenares de millones de años de antigüedad, como los crustáceos y las cucarachas, no sufrieron senilidad alguna?

Ninguna de estas hipótesis se sostiene. Otra, muy ingeniosa, es obra de dos sabios soviéticos: V. I. Krasovkii e I. S. Chklovski, dos astrofísicos eminentes, en particular el segundo, autor de trabajos muy importantes en astrofísica y en radioastronomía. Chklovski, en efecto, ha estudiado la irradiación sincrotrón emitida por ciertos cuerpos celestes, y ha demostrado que hechos de extrema violencia, y relativamente rápidos pueden producirse tanto en el centro de las galaxias como en cualquier punto del espacio.

Los dos sabios soviéticos pretenden explicar el fin de los dinosaurios a causa de la explosión de una estrella, producida a una distancia relativamente corta del sistema

solar: una supernova, a una distancia de cinco o diez parsecs de nosotros, habría aumentado la densidad de irradiaciones procedentes del espacio. El radioastrónomo inglés Hanbury Brown cree haber detectado las huellas de la explosión de una supernova, hace cincuenta mil años, sólo a cuarenta parsecs del sistema solar.

Dos investigadores americanos, K. D. Terry, de la Universidad de Kansas, y W. H. Tucker, de la Universidad de Rice, han estudiado recientemente y de cerca el problema, en forma cuantitativa. Se han observado estrellas que, al explotar, ocasionan tales lluvias de irradiaciones. Los efectos de esa lluvia varían según la intensidad del campo magnético terrestre. Este campo nos protege, en parte, del bombardeo de las partículas cósmicas, desviando a las que poseen una carga magnética y obligándolas a situarse en órbita alrededor del planeta. Ahora bien: este campo magnético terrestre sufre variaciones. Actualmente, está bajando, y alcanzará su mínimo hacia el año 3500 de nuestra Era. Es muy posible que, hace setenta millones de años, un violento bombardeo coincidiera con una disminución del campo magnético terrestre, y que ello, a través de una oleada de mutaciones, ocasionara la muerte de los dinosaurios y el nacimiento del hombre.

El sabio Richter, alemán del Este, ha afirmado recientemente estar de acuerdo con esta teoría. A su parecer, el bombardeo procedió del centro de nuestra galaxia y fue de extrema potencia, aun habiéndose producido a tan considerable distancia.

He ahí, pues, un conjunto de hipótesis científicas procedentes de fuentes de valor indiscutible. Que no se acuse a ninguno de esos sabios de la hipótesis siguiente, que es exclusivamente mía. La expuse por primera vez en 1957, con motivo de una emisión de la Televisión francesa dirigida por

Louis Pauwels: *En français dans le texte*. Recuerdo aún el escándalo que ocasionó, las indignadas protestas del comité científico de la Televisión, que incluso pidió, sin conseguirlo, que se me alejara de la pequeña pantalla.

Tal hipótesis es la siguiente: la estrella que mató a los dinosaurios fue un fenómeno provocado, con el objeto de poner en marcha un lento proceso de evolución hacia la inteligencia como meta final. Hemos sido creados por seres en extremo potentes: la proporción entre nuestro poder y el suyo es análoga a la que existe entre el poder de un virus y el nuestro. Perfectos concedores tanto de las leyes de la Física como de las de la Genética, estos seres —a quienes bien se puede llamar dioses, no veo inconveniente en ello— han ido desencadenando una serie de hechos que no terminarán en el hombre, sino que continuarán hasta que la evolución produzca otros dioses, unos seres iguales a sus creadores.

Esta hipótesis es, desde luego, muy audaz. No obstante, se ha considerado con frecuencia la existencia de seres infinitamente más poderosos que nosotros. Incluso han sido propuestas estimaciones cuantitativas sobre lo que podrían ser sus técnicas.

La fuente de energía más importante, la que se manifiesta en la bomba H y que nosotros mismos utilizaremos dentro de un siglo, consiste en la transformación del hidrógeno en helio. La cantidad de hidrógeno existente en los océanos del planeta es considerable, pero lo es mucho más la que existe en el Sol. Imaginemos unos seres capaces de obtener el hidrógeno del Sol y de utilizarlo. Los teóricos llaman a las civilizaciones de estos seres «civilizaciones del tipo III».

¿Qué ha sido de estas civilizaciones? ¿Continúan existiendo en el Universo?

Muchas figuras relevantes responden afirmativamente.

Chklovski no excluye la hipótesis de que los quasars y los pulsars, objetos celestes hasta ahora inexplicados, sean señales de una actividad biológica. El gran sabio ruso opina que es preciso estudiar sistemáticamente el cielo para encontrar allí lo que él llama «milagros», es decir, fenómenos inexplicables por las leyes naturales hasta hoy conocidas o bien mediante extrapolaciones puramente imaginarias de estas leyes.

Entre estos fenómenos, Chklovski enumera:

- el anormal comportamiento de Fobos, el satélite de Marte, que, a su parecer, sería una construcción artificial;
- la observación de un tipo particular de estrellas, el llamado tipo R, que producen un elemento de breve vida que no existe en la Naturaleza, el tecnecio, ha sugerido a sabios eminentes la idea de que seres inteligentes bombardeen esas estrellas de tipo R con tecnecio para producir una señal;
- otros serios investigadores, como, por ejemplo, Carl Sagan, opinan que los seres de las civilizaciones de tipo III pueden modular la emisión electromagnética de una estrella tan fácilmente como nosotros modulamos la de una emisora que transmite sonidos e imágenes. Un grupo de investigadores rusos, bajo la dirección de los astrofísicos Kardashev y Pshenko, está buscando en estos momentos las aludidas señales. E imagina que, a causa de los numerosos parásitos que perturban la atmósfera terrestre, será necesaria, para detectar estas señales, la instalación de un radio-observatorio en la otra cara de la Luna. Sus cálculos les han demostrado que, utilizando medios energéticos perfectamente imaginables, se pueden transmitir señales a una distancia de 13.000 parsecs,

es decir, a una distancia superior a la que nos separa del centro de la galaxia.

El astrofísico americano Freeman J. Dyson llega a imaginar, en el cielo, un «milagro» más fantástico aún. Supone que allí existen seres que pueden utilizar la totalidad de la energía producida por su estrella. Esos seres no habitarían ya en planetas, sino en esferas artificiales construidas por ellos y que envolverían totalmente la estrella. Esas esferas serían construidas partiendo de un asteroide y de planetas inhabitados del sistema.

Según parece, han sido observados en el cielo otros «milagros». Raras veces se les menciona en las publicaciones científicas, porque nos parecen demasiado fantásticos, pero lo cierto es que se habla de ellos, durante las comidas y en los corredores, en ocasión de los congresos de Astronomía. Así se dice, por ejemplo, que ciertos sistemas de estrellas múltiples estarían formados por estrellas de edades distintas, de lo que se deduce que estos conjuntos serían forzosamente obra de una actividad inteligente.

La existencia en el Universo de seres mucho más poderosos que nosotros se ve, pues, considerada muy en serio, bajo sus aspectos cuantitativos, por eminentes sabios.

No añadamos nada a esas especulaciones. Observemos sólo que la forma humana no puede ser desdeñada de cualquier manera. Es posible que resida en ella una de las grandes formas estables de la inteligencia en el Universo. Se debe tener en cuenta que utilizamos tan sólo la décima parte de nuestro cerebro. Nuestra civilización aún está lejos de ser perfecta, y no tenemos ni idea de lo que podría llegar a ser una civilización de seres numanos que utilizara su cerebro al ciento por ciento. Y no es en modo alguno absurdo atribuir

buir a semejante civilización en las estrellas, de existir, unas capacidades análogas o idénticas a las de las civilizaciones del tipo III.

Este punto de vista me parece mucho más plausible que todas las invenciones de la cienciaficción. Sea como fuere, no me propongo estudiar las posibles formas de los extraterrestres, sino sólo lo que considero sus manifestaciones.

Para mí, la primera entre esas manifestaciones tuvo como resultado el fin de los dinosaurios. Considerando que la evolución en la Tierra había seguido unos caminos que desembocaron en un callejón sin salida, que no se había producido progreso alguno, con los grandes reptiles, en un período de ciento cincuenta millones de años, las Inteligencias, deseosas de aumentar el número de sus «hermanos en razón» (la expresión es del gran matemático ruso Kolmogorof), trastornaron los caminos de esta evolución y crearon un nuevo objetivo... por el momento, ignoramos cuál. Pues sería absurdo creer que el hombre, según lo conocemos hoy, sea el objetivo que se persigue.

Acaso las Inteligencias se verán obligadas a eliminar nuestra especie y a iniciar la puesta en marcha de una nueva cadena. Pensamos en Dios según lo veía Víctor Hugo:

*El Universo donde su savia circula
¿merece acaso mirarle?
¿No va a romper El ese molde,
dejarlo todo, y empezar de nuevo?*

Puede que exista aquí una intuición genial. En todo caso, las Inteligencias me hacen pensar mejor en ese Dios de Víctor Hugo que en los «Grandes Antiguos» de H. P. Lovecraft, que hubieran creado la vida sobre la Tierra *por error o por diversión.*

Podemos imaginar, sin gran riesgo de equivocarnos, que el experimento de la estrella que mató a los dinosaurios, no afectó tan sólo a la Tierra, sino que otros planetas sufrieron también sus consecuencias.

Parece que han sido observadas señales inteligentes procedentes del cuerpo celeste CTA 102. Se ha calculado la longitud de onda de estas señales según aquélla en las inmediaciones de CTA 102 y se ha podido constatar que era la misma longitud de onda fundamental del Universo, la de la irradiación que emite el hidrógeno interestelar.

Más tarde, en trabajos publicados en 1968 y 1969, uno de mis colegas en la Academia de Ciencias de Nueva York, el profesor Gerald Feinberg, ha expuesto la idea de que las señales de las Inteligencias no se transmiten por ondas TSH o luminosas, sino mediante unas partículas que él denomina taciones, de una palabra griega que significa «rápido». Estas partículas pueden propagarse en el espacio con mayor velocidad que la luz, sin contradecir por ello la teoría de Einstein.

Esto es consecuencia de que su masa en reposo es medida por un número imaginario puro. Desgraciadamente, no puedo entrar en más detalles sin recurrir a las matemáticas. Digamos, no obstante, que este descubrimiento tiene tanta importancia como el de la bomba atómica o el del cristal transistor.

Cuando los métodos de observación y de detección de las taciones hayan culminado, es muy probable que recibamos señales emitidas por otras razas cuya evolución fue desencadenada por la estrella que mató a los dinosaurios. Y acaso lleguemos a detectar los dispositivos de observación de las Inteligencias que, sin duda alguna, nos observan como noso-

tros observamos los cultivos microbianos mediante un microscopio.

Si bien poseemos algunas ideas bastante precisas sobre las fuentes de energía de que pueden disponer las Inteligencias para sus experiencias cósmicas, fuentes que sólo son prolongación de las que utilizamos en nuestros experimentos sobre la bomba H y la antimateria, nuestros conocimientos en el terreno de la Genética son aún demasiado incompletos para que podamos imaginar cómo pueden ser originadas a distancia mutaciones dirigidas. Antes, tendríamos que saber cómo pueden ser dirigidas tales mutaciones.

Para producir mutaciones dirigidas, es preciso utilizar una irradiación de muy corta longitud de onda, o bien partículas de gran energía.¹ Se necesitaría, a continuación, modular esta emisión en forma que transportase las características genéticas sobre tal modulación, como son transportadas las imágenes por el canal de la televisión. A partir de este momento, los cálculos nos demuestran que esto es posible, a condición de utilizar ondas muy cortas, en la banda de rayos gamma, o bien partículas en la longitud de onda de Broglie y en los gamma cortos.

Es posible concebir un aparato de laboratorio, un láser por ejemplo, regulado en forma que produzca tales irradiaciones para provocar los cambios.

No obstante, cuando uno intenta imaginar un cambio de este orden a escala de una estrella creada y modulada por Inteligencias, el poder de nuestra imaginación resulta insuficiente. Sin duda, un virus tendría la misma dificultad para imaginar un láser.

Los seres que construyeron y modularon la estrella que mató a los dinosaurios eran dioses. Se trata, probablemente,

¹ Es la misma cosa, puesto que la longitud de onda que acompaña una partícula es inversamente proporcional a su energía, según cálculos de De Broglie.

de las mismas Inteligencias que consiguen fijar con una posible diferencia de una cien millonésima parte la frecuencia de estos cuerpos celestes llamados pulsars. Cada vez son más numerosos los sabios que admiten, en privado, que los pulsars son artificiales. Es probable que esta hipótesis llegue a aparecer a la luz en publicaciones con carácter más oficial.

Dicho esto, es forzoso reconocer que la mayoría de señales de actividad de las Inteligencias ha de escapárenos por el momento. De la misma forma que civilizaciones enteras vivieron sin conocer la radio o la existencia de otros sistemas solares, nosotros ignoramos probablemente fenómenos de gran importancia que, de saber descubrirlos, nos demostrarían, sin lugar a dudas, la existencia de otras civilizaciones.

También es posible que fenómenos perfectamente clásicos sean en realidad, sin que lleguemos a sospecharlo, manifestaciones de actividades inteligentes. A este respecto, me permitiré citar dos hipótesis, dejando bien sentado que sólo se trata de hipótesis.

El físico y autor de cienciaficción John W. Campbell ha estudiado las partículas cósmicas que nos llegan del espacio, dotadas de una energía muy elevada que puede alcanzar los 10^{17} electrones-voltios. Estas partículas son nudos de elementos que conocemos, y que van desde el hidrógeno al hierro. Pero esta materia muy común ha sido bruscamente lanzada a una velocidad formidable. Todo esto ocurre como si una fracción de gas interestelar hubiera sido bruscamente acelerada hasta conseguir velocidades parecidas a las de la luz. El mecanismo que produce esta aceleración nos es desconocido, aunque Fermi, Chklovski y muchos otros sabios hayan propuesto fórmulas diversas.

Campbell, por su parte, nos propone admitir que el Universo está lleno de naves espaciales que se desplazan a una

velocidad parecida a la de la luz. Estas naves barren el gas interestelar ante sí, y también puede observarse que dejan tras sí un reguero, una estela que no es otra cosa que los rayos cósmicos.

No se puede afirmar que la hipótesis de Campbell haya sido recibida por los físicos con un entusiasmo delirante. Uno de ellos, no obstante, el americano Robert Bussard, ha sugerido un modelo de navío interestelar que debería absorber el gas interestelar gracias a una especie de cuchara instalada en la parte anterior, obtendría de aquél la energía por fusión, y, finalmente utilizaría los productos de las reacciones como fluido de propulsión, fluido que rechazaría a continuación tras de sí.

Si el Universo está poblado por navíos de esta naturaleza para comunicar a las estrellas entre sí, habrá que reconocer que Campbell tenía razón. Esto sucede tan frecuentemente que resulta exasperante.

Puestos a ello, podemos por otra parte imaginar perfectamente que los misteriosos objetos variables que llamamos pulsars consisten en faros que guían a estos navíos interestelares en la noche del espacio.

Debemos una segunda hipótesis a la escritora científica rusa Ekaterina Zuravleva. Según ella, desde el nacimiento de la Humanidad y, sin duda, desde mucho antes, venimos recibiendo una señal procedente del espacio. Antes que ella, nadie la interpretó correctamente. Esta señal consistiría, tan sólo, en las auroras boreales y australes.

En todo caso, ambos ejemplos sirven para demostrarnos que somos quizás algo así como ratones que roen un libro sin sospechar siquiera que este libro es una señal.

El principio de estas dos hipótesis es probablemente bueno, incluso aunque sus autores no se lo tomen demasiado en serio. Chklovski hizo observar, un día, en una conversa-

ción entre amigos, que hay dos clases de hipótesis: la hipótesis de trabajo, destinada a servir de punto de partida para un estudio, y la hipótesis de conversación, que sirve para pasar agradablemente el tiempo, entre dos reuniones, sobre las matemáticas del plasma interestelar.

Hipótesis básica de este capítulo: somos el resultado de una serie de mutaciones producidas desde el exterior; ésta es para mí una hipótesis de trabajo. La presencia, en cambio, de mensajes a descifrar en una aurora boreal es una hipótesis de conversación.

(Un buen relato de cienciaficción debería, a mi entender, consistir en una mezcla de ambas, con mucha acción y algo de humor. Charles Fort decía que éste era el caso de la Biblia.)

¿Cuáles son los otros sistemas solares, o, por lo menos, las otras estrellas poseedoras de sistemas solares que pudieron recibir la influencia de la fuente de energía artificial que mató a los dinosaurios?

Si nos situamos a una razonable distancia de nuestro sistema solar, la de quince años-luz por ejemplo, encontramos cinco: Alfa Centauro, Épsilon Eridano, 61 Cisne A, Épsilon Indio, Tau Ballena. En los siglos venideros se tratará de comprobar, sin duda, si existe vida en estas estrellas, y se explorarán sus alrededores mediante sondas automáticas. Será interesante saber si esa vida se parece a la nuestra, si se encuentran en las rocas de los planetas de tales sistemas rastros de un bombardeo cósmico que se produjo, a nuestra escala, hace setenta millones de años. Acaso podrá ser entonces localizada en el espacio la estrella, artificial, o artificialmente controlada, que mató a los dinosaurios.

En cambio, si tratamos de ampliar el campo de nuestra búsqueda, pronto tropezamos con problemas muy difíciles.

En un volumen de mil años-luz, se encuentran unos diez

millones de estrellas. En la actualidad, resulta totalmente imposible saber cuáles de estas estrellas son restos extintos de una estrella artificial provocada por Inteligencias.

La destrucción de los dinosaurios procedió, pues, del Cosmos, y no de nuestro sistema solar. El estudio de las influencias cósmicas en relación a la galaxia está aún en sus balbucesos. Se han podido observar coincidencias numéricas, que acaso no son más que coincidencias. Así, por ejemplo, la frecuencia de los grandes períodos glaciales, de alrededor de doscientos cincuenta millones de años, corresponde relativamente al período de rotación de nuestro sistema solar alrededor del centro de la galaxia, que es de unos doscientos treinta millones de años.

Se trata, también, de determinar la frecuencia con que el centro de nuestra galaxia, donde se producen efervescencias y explosiones de estrellas en cadena de las que tenemos sólo una muy débil idea, arroja nubes de materia condensada.

Se discute, asimismo, si en la explosión de estrellas en cadena está el origen de la existencia de los misteriosos quasars, apenas más grandes que una estrella y que liberan tanta energía como una galaxia entera. Por lo general, se admite que tales quasars son algo completamente nuevo y que, en la actualidad, resulta imposible aventurar cualquier hipótesis científica que nos los explique.

Sin embargo, ciertos sabios opinan que acaso la Humanidad podrá, algún día, conocer y también reproducir la fuente de energía de los quasars. Esta es una de las justificaciones de los fantásticos presupuestos que absorben organizaciones tales como el «Centro Europeo de Investigación Nuclear». Por mi parte, considero que la Humanidad se encuentra ya bastante amenazada de destrucción a causa de la bomba H y que precisa frenar a los institutos de investiga-

ción que quizá podrían poner a nuestra disposición unas potencias formidables para cuyo uso la raza humana no está aún preparada. Los antiguos alquimistas tenían toda la razón al estimar que los secretos de la materia deben ser celosamente reservados. Si Hitler hubiera contado con los medios para hacer explotar el Sol como las Inteligencias hicieron explotar la estrella que mató a los dinosaurios, no hubiera dejado de hacerlo. Esperemos, pues, que las investigaciones sobre las energías muy elevadas no tengan éxito tan pronto y que el poder de encender o de extinguir las estrellas a voluntad no sea jamás confiada a los militares o a los políticos.

Se ha efectuado ya, al pasar de la bomba TNT a la bomba H, un salto de 10^7 . Esto significa que una bomba de hidrógeno cuyo peso sea de una tonelada puede liberar una energía igual a diez millones de toneladas de TNT: es lo que se llama una bomba de diez megatones. Las bombas de este tipo existen ya. UN SALTO DE IGUAL IMPORTANCIA NOS LLEVARIA DESDE LA ENERGÍA DE LA BOMBA H A LA ENERGÍA NECESARIA PARA PROVOCAR LA EXPLOSIÓN DE UNA ESTRELLA. DICHO DE OTRA MANERA: UN PROGRESO PARECIDO AL QUE NOS HA LLEVADO EN VEINTE AÑOS DESDE EL TNT A LA BOMBA H, PONDRÍA A NUESTRA DISPOSICIÓN EL PODER DE LAS INTELIGENCIAS.

Esperemos que esto no se produzca jamás en la vida de la Humanidad actual, pues hartó ha demostrado lo que es capaz de hacer. Pero creer que este progreso no se ha producido nunca en un Universo que existe hace, por lo menos, veinte mil millones de años, me parece extraordinariamente ingenuo. En alguna parte del Universo, los virus han evolucionado hasta llegar a las Inteligencias. Si el fenómeno se ha producido varias veces, las diversas Inteligencias han debido

entrar en relación: como dice Teilhard de Chardin, «todo lo que sube, converge». El botánico americano de Harvard, Elso Barghoorn, ha demostrado que ciertas bacterias vivían en la tierra hace tres mil millones de años. Ha sido necesario este tiempo, y la ayuda de las Inteligencias, para que estas bacterias se conviertan en lo que somos actualmente. Suponiendo que fueran necesarios diez mil millones de años para que las Inteligencias apareciesen naturalmente, este tiempo representa sólo la mitad de la edad que se atribuye al Universo.

Resumiendo cuanto sabemos positivamente, nada se opone a la existencia de las Inteligencias. Nada se opone tampoco a su intervención.

Acaso instalaron aquéllas en nuestro sistema solar un satélite de detección y de observación que no debe de ser otro que el misterioso Fobos, el satélite del planeta Marte. Acaso instalaron alrededor de la Tierra los cinturones de irradiaciones protectoras que ahora estamos empezando a descubrir.

Acaso... En los próximos capítulos nos aproximaremos rápidamente a la historia conocida, y más tarde a los tiempos presentes, en busca del rastro de otras intervenciones exteriores.

EL CUBO DEL DOCTOR GURLT

Hace algunos años, el célebre periodista científico soviético G. N. Ostrumov se presentó en el Museo de Salzburgo y pidió que le permitieran examinar un cubo, o mejor dicho un paralelepípedo, descubierto en el siglo XIX por el doctor Gurlt, en una mina de carbón. Según varios investigadores del siglo XIX, este objeto, hallado en el interior de un lecho de carbón viejo con varios millones de años de antigüedad, había sido, no obstante, trabajado con una máquina.

El periodista no encontró el cubo e incluso parece que las autoridades del Museo no le atendieron muy bien. Le manifestaron que el objeto probablemente se había extraviado durante la Segunda Guerra Mundial y que ni siquiera tenían prueba formal de su existencia.

Ostrumov regresó, furioso, y publicó después algunos artículos en los que pretendía que las descripciones existentes de este objeto eran pura farsa.

Teniendo en cuenta que poseemos escritos indiscutibles aparecidos en el siglo XIX sobre el cubo de Gurlt, los anatemas del periodista ruso son decididamente exagerados. No obstante, sería en verdad muy interesante examinar el hallazgo del doctor, con instrumentos modernos: porque, en efecto, es seguro que, hace algunos millones de años, no había civilización industrial en la Tierra.

Más adelante, veremos que existe cierto número de ob-

jetos de esta clase, cilíndricos unos, con aristas otros. Y que, si se ha hallado una explicación a propósito de los objetos cilíndricos, los de aristas parece que fueron dejados sobre la Tierra por algunos visitantes. Antes, sin embargo, vamos a explicar con detalle dos incidentes poco conocidos y cuya autenticidad no ofrece la menor duda.

Incidente primero: en el otoño de 1868, en una mina carbonífera cerca de Hammondsville, Ohio, Estados Unidos, propiedad del capitán Lassy, un minero llamado James Parsons se encontraba trabajando relativamente cerca de la superficie. De pronto, cayó en el pozo una cantidad bastante considerable de carbón, dejando al descubierto una pared de pizarra cubierta de inscripciones. Una muchedumbre acudió a contemplarlas. Algunos profesores advirtieron cierto parecido entre estas inscripciones y los jeroglíficos egipcios. Teniendo en cuenta la edad de la vena carbonífera, estas inscripciones databan, por lo menos, de dos millones de años.

Las inscripciones se oxidaron tan aprisa que los expertos procedentes de las grandes ciudades americanas para examinarlas y descifrarlas no llegaron a tiempo para ello. En nuestros días, se las hubiera protegido inmediatamente pulverizando sobre ellas una fina capa de materia plástica. Por desgracia, esta técnica era desconocida cien años atrás.

Incidente segundo: el 2 de febrero de 1958, en una mina de uranio del Estado de Utah, Estados Unidos, cuatro mineros llamados Charles North, Ted MacFarland, Tom North y Charles North, hijo, se dispusieron a saltar con dinamita un árbol fosilizado que se hallaba en medio de una importante vena de mineral de uranio. La explosión, que destruyó el tronco del árbol, descubrió una cavidad, y, en el interior de esta cavidad, ¡un sapo vivo!

El sapo vivió aún durante veintiocho días. Adelgazó, pero,

tratándose de un ser con varios millones de años, se encontraba bastante bien durante ese período.

Los incidentes de esta clase, completamente auténticos, se cuentan por millares. Esto prueba que la explotación minera nos reserva, a veces, la posibilidad de hallazgos tan importantes, o acaso más, que la exploración arqueológica. Entre estos hallazgos se cuenta, en los Estados Unidos, en Gran Bretaña, en Alemania, en Italia y en Francia un buen número de objetos metálicos, algunos cilíndricos, otros provistos de aristas, que parecen ser de hierro. Por lo que a los objetos cilíndricos se refiere, el problema quedó resuelto el año pasado en la URSS. Este hecho se produjo en circunstancias curiosas que exigen una explicación previa.

En la Unión Soviética, la tesis de esta obra entra en la categoría de las tesis llamadas de «contra fe». Allí se explican como obra de los *Pricheltzy* —así llaman en ruso a los visitantes cósmicos— toda suerte de fenómenos inexplicados. El Gobierno sostiene que tal clase de interpretaciones permite combatir a la religión. Esto me parece muy discutible: considero que, por el contrario, puede incluso darle mayor fuerza. Y, no obstante, esta tesis ha permitido muy recientemente (noviembre de 1969) a cierto Boris Zaitzev obtener un diploma de estudios superiores con el tema de *Jesucristo era un extraterrestre*. De buen grado le añadiría a mi lista de intervenciones externas, pero confieso que me resulta de veras difícil creerlo así.

Sea como fuere, el hecho es que esta posición ha sensibilizado la opinión de grandes masas de trabajadores con respecto al problema de las intervenciones extraterrestres.

Por este motivo, cuando, en 1969, se encontró en los Urales, en el interior de una vena de carbón con varios millones de años de edad, un objeto cilíndrico de hierro, la Academia de Ciencias fue en seguida alertada. Los mineros que hicie-

ron el hallazgo pusieron cuidadosamente el objeto al abrigo de cualquier deterioro, avisaron a la sección local de la liga contra la religión, y aquélla previno sin pérdida de tiempo a la Academia. El objeto fue transportado a la Universidad de Moscú con las mismas precauciones que si hubiera llegado de la Luna.

Fue examinado. Era de hierro y, sin lugar a dudas, cilíndrico. Pero estudios meticulosos sobre cortes realizados con ayuda de una sierra de diamante demostraron que se trataba, en resumen, de una rama de árbol petrificada, y en que la acción de ciertos microbios rarísimos había transformado el calcio en hierro.

Esta explicación puede parecer decepcionante, pero en modo alguno puede ser denegada.

Nos prueba, por lo menos, que el asunto fue estudiado seriamente y de acuerdo con un espíritu científico. Mejor es buscar explicaciones de este género que caer en las redes de una excesiva credulidad.

El hallazgo de los Urales parece que nos proporciona, pues, la explicación de los objetos cilíndricos. Por desgracia, ningún objeto con aristas ha sido sometido a un examen parecido. Estos objetos pertenecen, casi siempre, a coleccionistas particulares que rehúsan confiarlos a manos científicas. Y, a falta de un estudio que demuestre fehacientemente lo contrario, hasta el presente puede admitirse que estos objetos con aristas proceden del exterior y no fueron fabricados en la Tierra. Y a esta hipótesis me atengo en lo que sigue de este capítulo.

¿En qué consisten estos objetos? ¿Por qué fueron depositados en nuestro planeta en unos tiempos en que las plantas, que más tarde se transformaron en carbón, estaban aún en pleno crecimiento? La misma respuesta a la primera pregunta sirve también para la segunda.

En mi opinión, se trata de colectores de información del mismo tipo que las bandas magnéticas, pero mucho más perfeccionados.

Se han hecho detenidos cálculos sobre las posibilidades de un colector de información, de hierro, que poseyera la capacidad de un cerebro humano. Los resultados son sorprendentes.

Si se admite un rendimiento del ciento por ciento en la acumulación y restitución de la información, se necesita, para reproducir el contenido de un cerebro humano, un cubo de hierro de 2.10^{10} átomos. Esto significa un cubo con aristas de 5.000 átomos, es decir, un cubo de una milésima de milímetro, más pequeño que la cabeza de una aguja. Piénsese, ahora, que cubos o paralelepípedos de varios centímetros de lado han podido recoger con todo detalle cuanto ha ocurrido en nuestro planeta en el transcurso de los últimos diez millones de años.

Tal información les puede ser proporcionada a estos colectores mediante irradiaciones que desconocemos y que debieron explorar nuestro planeta como con radar. Y, un día, estos objetos desaparecerán de los museos como desapareció el cubo de Salzburgo: habrán sido recuperados por las mismas Inteligencias que los emplazaron en la Tierra.

Al escribir esto, no tengo la impresión de estar haciendo cienciaficción. Creo que sigo una línea lógica de razonamiento. Si la vida sobre la Tierra ha sido modificada artificialmente, la experiencia continúa sin duda y, de vez en cuando, serán recuperados los registradores que fueron colocados en la Tierra en el transcurso de los setenta millones de años que nos separan del inicio de la experiencia y que llevan recogida la información. Sería muy interesante seguir el rastro de los objetos con aristas descubiertos en las minas

de carbón, y tomar nota de aquellos que desaparecieron misteriosamente.

Por desgracia, no dispongo de medios para efectuar tal investigación, pero espero que, algún día, sea recuperado uno de esos objetos, y que será hallada en los *dominios magnéticos* que lo constituyen la información acumulada sobre épocas anteriores a la aparición del hombre.

La existencia de tales registradores, en la Tierra o en sus inmediaciones, en los satélites artificiales construidos por otros seres distintos al hombre, más antiguos que éste, me parece algo casi seguro.

Desde hace menos de un siglo, la vida sobre la Tierra puede ser detectada gracias a las ondas de radio que aquélla emite y que, en la actualidad, deben de haber llegado a otras civilizaciones. Antes de que esto ocurriera, los acontecimientos terrestres sólo podían ser captados mediante dispositivos análogos al radar, y resulta bastante tentador creer que los resultados de semejante exploración figuran registrados sobre la Tierra misma, y los registradores recuperados más tarde.

Algunas personas sagaces piensan que el famoso pilar de hierro de Delhi podría muy bien ser un registrador de esta clase, de gran volumen. He de decir que esta hipótesis me parece plausible, tanto más cuanto que las explicaciones que se han dado sobre la naturaleza de este pilar que jamás se oxida, ni siquiera en las épocas de lluvias, resultan del todo insuficientes. Escribir, sobre todo, como yo he leído, que el pilar ha sido construido utilizando la metalurgia de las pólvoras, manifiesta a mi parecer una ignorancia completa de las técnicas de tal metalurgia. Para fabricar por aglomeración un objeto de este tamaño se precisarían unos moldes y unos hornos que superaran ampliamente, por sus dimensiones, cuanto se realizó hasta el momento. Resulta difícil creer

que instalaciones de este calibre pudieran construirse en el pasado. Y aún más difícil, creer que no haya quedado de ellas rastro alguno.

Para obtener un ejemplo preciso de lo que ocurrió, volvamos a la historia del cubo del doctor Gurlt, y continuémosla como si se tratara de una intriga policíaca. En 1885, el doctor Gurlt encontró el famoso cubo en una mina de carbón, en Alemania. Se hallaba profundamente enquistado en un lecho datado en el período terciario, y se encontraba allí desde hacía decenas de millones de años, sin duda, desde poco después de la extinción de los dinosaurios. En 1886, el doctor Gurlt dio publicidad a su hallazgo: *Fossil Meteorite Found in coal C. Gurlt. Nature. 35; 36, 1886.*

Aparecieron diversos trabajos diferentes sobre el mismo tema, en particular, en los informes de la Academia de Ciencias. El objeto tenía casi la forma de un cubo, y, en él, dos caras opuestas aparecían ligeramente redondeadas. Medía 67 mm x 47 mm; esta última medida fue tomada entre las dos caras redondeadas. Su peso era de 785 gramos. Una incisión bastante profunda lo rodeaba hasta casi la mitad de su altura. Su composición era la del acero duro al níquel y al carbono. No contenía bastante azufre para que pudiera estar constituido por pirita, mineral natural que adquiere a veces forma geométrica.

Ciertos especialistas de la época, entre ellos el propio doctor Gurlt, sostienen que se trata de un meteorito fósil. Otros, que se trata de un meteorito reelaborado. Pero, ¿por quién? ¿Por los dinosaurios?

Otros expertos, finalmente, dicen que el objeto es de fabricación artificial, y éste es también mi parecer. Es llevado al museo de Salzburgo y cada vez se habla menos de él.

En 1910, puede constatarse que no figura ya en el inventario del museo. ¿Qué ocurrió? Nadie sabe nada.

Entre las dos guerras, la dirección del museo, exasperada sin duda por el gran número de preguntas que se le hacen sobre este tema, no contesta ya a nadie.

Después de la Segunda Guerra Mundial, observamos que incluso el *dossier* correspondiente al período 1886-1910 ha desaparecido.

Esto es muy curioso, tanto más cuanto que existen centenares de casos similares. El *Scientific American* está lleno de las mismas.

He aquí uno, aparecido en los comienzos de esta importante revista (vol. 7, p. 298, junio de 1851). Según el relato que se nos hace en la revista, mientras se dinamitaba una gran roca a cinco metros bajo el nivel del suelo, fue hallado un objeto metálico en forma de campana, de una altura de cuatro pulgadas y media, seis y media en la base y dos y media en la cumbre, de un espesor de un octavo de pulgada. El objeto era de metal, un metal muy parecido al cinc pero que sonaba como una aleación de plata. Un detenido estudio determinó que tenía una considerable antigüedad: la roca dinamitada tenía varios millones de años.

El objeto fue llevado de museo en museo. Después, desapareció, y jamás se le ha vuelto a encontrar.

Uno puede preguntarse por los motivos de la presencia de un objeto artificial en el interior de una roca. Si la roca se formó en torno suyo, habrá que atribuirle un respetable número de millones de años.

Existen demasiadas descripciones de objetos fabricados metálicos, dentro de rocas muy antiguas y en las venas de carbón para que pueda negarse su existencia. Y se puede insistir sobre el hecho de que tales objetos desaparezcan tan misteriosamente.

Según ya definí en el capítulo anterior, la hipótesis de la presencia de estos objetos es para mí una hipótesis de tra-

bajo; pero su misteriosa desaparición, una hipótesis de conversación. Bien conocida es la costumbre existente en los museos de arrinconar los objetos que, al parecer, no coinciden con las teorías del momento, o que no ofrecen interés a la vista. Así ocurrió en Bagdad cuando el hallazgo de las famosas pilas.

Quienes conocen bien el célebre «Smithsonian Museum», de los Estados Unidos, afirman que sus subterráneos se hallan repletos de cajas que contienen objetos incomprensibles que nadie estudia. El mismo caso se da en otros museos, en particular en el museo de la Prehistoria, de Saint-Germain-en-Laye.

Con gran frecuencia, estos misteriosos objetos metálicos no aparecen a la luz porque se encuentran en el fondo del mar, en el Antártico, o bien en parajes donde a nadie se le ocurre excavar: por ejemplo, en el bosque de Bolonia.

En los tiempos en que el doctor Gurlt descubrió su cubo, no se creía posible registrar información alguna en los dominios microcristalinos de una aleación metálica como la que constituye el cubo. En la Naturaleza existen, sin duda, otros objetos de este mismo género, pero no atraen nuestra atención. Sus propietarios pueden recuperarlos seguramente desde largas distancias, por medio de un magnetómetro, pues los objetos, al recibir determinada señal, podrán emitir por resonancia magnética otra señal de respuesta que indique su situación exacta.

Existen otras formas de registro aparte del registro magnético. Si en la actualidad no se hallan ya comercializadas, es cierto que se las estudia con atención. En particular, el registro sobre cristal. La sociedad americana «Carson Laboratories», de Bristol (Connecticut, Estados Unidos) ha conseguido una reducción fotográfica de ochenta y cinco mil veces la imagen de una página de revista, colocar esta imagen

dentro de un cristal y, finalmente, recuperarla. Otros investigadores intentan registrar en cristal, en capas sucesivas, como si se tratara de las páginas de un libro.

Es corriente hablar de la obtención, por este medio, del registro de cien mil libros de extensión normal dentro de un cristal no más grande que un terrón de azúcar. Y no se excluye la posibilidad de que ciertas piedras preciosas sean registros destinados a ser recuperados algún día, es decir, ya sometidos varias veces a la *information retrieval* (recuperación total de la información).

También es probable que buena parte de estos registradores estén en órbita en el espacio alrededor de la Tierra.

A la legítima pregunta de cómo se sabe esto, se puede contestar, sencillamente, que estos registradores captan un mensaje radiado y lo retransmiten más tarde hacia un destino desconocido.

Yo adelanté esta idea en un libro titulado *A la escucha de los planetas*¹, y hoy está ya muy divulgada. Un sabio tan eminentemente como el profesor Roland Bracewell, director de investigaciones científicas del Gobierno australiano en materia de radiotécnica, y otros muchos sabios, han observado en emisiones de radio, a partir de 1929, y en emisiones de televisión, desde 1950, ciertos ecos anormalmente retrasados. Se reciben emisiones de televisión procedentes de estaciones que no funcionan desde hace tres o cuatro años. Se reciben, como ecos en el tiempo, emisiones de radio varios días después de haber sido emitidas. Este fenómeno fue observado ya en 1930 por Stürmer y Van der Pol. Bracewell ha realizado un detallado estudio sobre esto. Él opina que vehículos automáticos, parecidos a nuestras sondas, registran las señales y las emisiones radiadas, y las retransmiten a un destino desconocido, cuando las condiciones son favorables para ello.

¹ Publicado por Plaza & Janés en la colección «Obras Diversas».

No se ve otra explicación científica a estos ecos retrasados. No existe cuerpo alguno en el espacio sobre el que las ondas puedan reposarse y regresar algunos minutos, meses o un año más tarde. Nada, en nuestros actuales conocimientos sobre la estructura del tiempo, nos autoriza a pensar que el tiempo pueda retener encerradas las ondas electromagnéticas y restituirías después. (Si esto fuera posible, se explicarían muchas cosas además de los ecos retrasados, pero éste es otro cantar.)

Cabe afirmar que, una vez constatado este curioso fenómeno, lo cierto es que la mayoría de registradores están en la Tierra. Los hallamos por azar en las minas de carbón o de uranio, o en las canteras al dinamitar las rocas. Es muy probable que no todos los analizadores y registradores diseminados sobre el planeta se encuentren enterrados en el carbón. Los habrá, sin duda, también en la superficie. Y, ciertamente, se les ha encontrado en la superficie y se les ha encerrado en cajas, en lo más hondo de los sótanos de instituciones científicas, cubiertas con otras cajas y por espesas capas de polvo. Me brindo, por mi parte, a acompañar a cualquier lector escéptico a uno de estos museos. Evidentemente, los objetos que están en contradicción con las teorías propias de la Arqueología son los primeros en ser bajados a los sótanos y es una gran casualidad que logren escapar de allí.

El eminente sabio inglés Brewster encontró, precisamente en un sótano, en el siglo XIX, una lentilla procedente de las ruinas de Nínive, y esta lentilla había sido tallada de forma mecánica. Existe aún, así como la descripción que de ella hizo Brewster. Formó parte, probablemente, de un instrumento óptico perfeccionado, mucho más perfecto que los instrumentos existentes en la época de Brewster y, por descontado, que los que pudieron existir en los tiempos de Nínive.

Doy por cierto que una exploración sistematizada en los sótanos de los varios museos y un nuevo estudio metódico de los objetos clasificados como «objetos de arte», «objetos de culto», «objetos no identificados», nos proporcionarían gran número de datos y resultarían, sin duda, más rentables y positivos que muchas expediciones arqueológicas hechas con grandes dispendios.

La mayoría de estos objetos misteriosos son de aleación inoxidable o bien de una materia plástica.

Existe una literatura bastante considerable que trata de objetos aparentemente metálicos, pero que se desvanecen casi a los ojos del espectador. El fenómeno es de fecha anterior a los lanzamientos al espacio. Por otra parte, los restos de satélites y de proyectiles aéreos que vuelven a caer en la Tierra no se evaporan. (Persiste una leyenda según la cual algunos de estos fragmentos, en particular los del *Sputnik IV* y de ciertos *Discoverer*, habrían perdido la mitad de su peso, aun conservando el mismo volumen y la misma masa. Esto sería verdad por lo que se refiere a objetos caídos el 14 de setiembre de 1960 sobre el césped de una villa en Woodbridge, Estados Unidos. El mayor tenía las dimensiones de un pequeño guisante; colocado en un recipiente, empezó a perder peso. Más tarde, se procedió a una confiscación por parte de las autoridades americanas. Si todo esto es cierto, resulta muy interesante. Pero, ¿será verdad?)

Uno se siente inclinado a pensar que ciertos registradores, una vez obtenida la información, desaparecen.

Resultaría interesante saber si los satélites han obtenido señales de «origen desconocido» procedentes de la Tierra. Recientemente, satélites de la serie *Explorer* detectaron una irradiación de este género; procedía de la Tierra, pero no puede explicarse por un fenómeno natural conocido y tampoco procede de ninguna de las fuentes artificiales conoci-

das: radio, televisión, radar, etc. De hecho, esta irradiación se parece a la que emite la mancha roja de Júpiter. Esta irradiación de Júpiter viene siendo estudiada desde 1954 sin resultado concluyente alguno. Ciertas teorías muy complicadas atribuyen su energía a la aludida mancha roja.

Como la Tierra no posee ninguna mancha roja, resulta difícil aplicar tales explicaciones, por otra parte puramente teóricas, a la irradiación terrestre. La irradiación de Júpiter es modulada y se ha dicho que esa modulación es obra de seres inteligentes. También se ha dicho que esta modulación es debida a la interrupción periódica de la irradiación de Júpiter por el paso del satélite Io. Todo esto no tiene aplicación a la irradiación terrestre, que no parece ser modulada. Así, pues, no se sabe si procede de la Tierra, si es emitida por la alta atmósfera terrestre o por los cinturones de partículas cargadas que rodean el Globo. Hasta nueva orden, nada impide imaginar que procede de un registrador que señala su posición.

Tampoco nadie nos impide pensar que unos estudios más adelantados permitirán descubrir a los satélites otras irradiaciones emitidas por los registradores. Precisaré para ello que los satélites vayan provistos de detectores distintos a los que sólo funcionan según los principios de la radio. Detectores en órbita alrededor de la Tierra, capaces de registrar las ondas gravitacionales, los neutrinos y, eventualmente, los taciones, demostrarán quizá que existen registradores repartidos por todo el Globo. Es posible que así se llegue a localizarlos.

Lo que sí cabe esperar es que el próximo objeto de aristas que se descubra sea cuidadosamente seccionado y los pedazos examinados con detectores para intentar obtener de ellos las señales.

Estudios diversos sobre América Central y América

Sur nos hablan de objetos esféricos de grandes dimensiones, a veces esferas de tres metros de diámetro, colocadas sobre un pedestal. Ninguna leyenda local se refiere a tales esferas, que parecen más antiguas que el hombre en estas tierras.

Evidentemente, es posible que se trate de registradores de otro tipo, en otros tiempos colocados sobre su pedestal por alguna raza olvidada. Pues, si resulta fácil imaginar un proceso natural que pueda producir una esfera, es imposible concebir uno que pueda tallar un pedestal y colocar la esfera encima. Lo cierto es que se trata de una fabricación. Pero, ¿de qué naturaleza? Hoy por hoy, no lo sabemos. Nos encontramos delante de estos objetos como un salvaje en nuestro tiempo o como un sabio del siglo XIX delante de un cristal utilizado para la fabricación de transistores. Sería interesante trasladar una de estas esferas a un país técnicamente adelantado y hacer análisis de ellas.

Mencionemos de paso, porque es divertida, una anécdota sobre los registradores cuya explicación es tan natural como completa. El 13 de setiembre de 1961, un aparato electrónico extremadamente complicado, fue a caer en paracaídas sobre el techo de la casita de un obrero de las «PTT» en Karachi (Pakistán).

Se efectuó una larga y minuciosa investigación. Finalmente, quedó establecido con toda certeza que ese aparato, destinado a registrar la presión atmosférica y la velocidad del viento, había sido lanzado en globo en los Estados Unidos, en 1959. Normalmente, el globo hubiese debido estallar, a más tardar, al cabo de dos días, al alcanzar la altura de 30 km. Pero lo cierto es que no estalló y sí estuvo navegando en los aires durante dos años y un mes, para acabar aterrizando en el Pakistán. Los teóricos demostraron que era completamente imposible. Por desgracia para ellos, se produjo el fenómeno.

En otros casos, los objetos no son identificados. La policía americana recoge gran número de ellos, y desaparecen en los sótanos del «Smithsonian Museum» o de los Servicios Secretos americanos. Así, por ejemplo, en setiembre de 1962, un objeto de acero de diez kilogramos cayó en medio de la calle, en Manitowock, Wisconsin. Evidentemente, se trataba de un fragmento de máquina. En varios puntos de la superficie, el acero se había fundido. El objeto fue llevado al «Smithsonian», donde anunciaron que el objeto había sido fabricado. Después, se guardó silencio al respecto. Hoy, habrá desaparecido en el museo, bajo el polvo.

En la misma época, otro objeto desapareció sin dejar rastro. Había caído en un lago, a la vista de un pescador llamado Mr. Grady Honeycutt, de Harriburg, Carolina del Norte; según dijo, el objeto se parecía a un balón de fútbol recubierto con barras de metal, «como un erizo metálico». Cuando llegó la Policía, el objeto había empezado a deshacerse y se parecía en aquel momento a una masa de hilos metálicos enrollados como ovillos. Se hundió, pero no se encontró rastro alguno de él en el agua. Había sido recuperado por alguien desconocido o bien se fue tal como vino.

Un objeto análogo fue visto en Dungannon, Irlanda, en el siguiente año. Este sólo tenía cuatro barras de metal —sin duda, una variante pobre del anterior—, pero, en cambio, era incandescente. El Ejército irlandés se hizo con él y no se habló más del asunto.

Es probable que se trate de fragmentos de satélites espías; no obstante, se recogen objetos de esta clase desde el nacimiento de la Humanidad, mucho antes de que se hablara de satélites espías.

Si tales objetos proceden de aparatos de espionaje, éstos no han sido fabricados por los hombres.

Sería interesante formar una colección de objetos de

este género. Tales colecciones existen, al parecer, en Estados Unidos, pero sus propietarios no autorizan el examen. Es una pena.

Algunas organizaciones coleccionan estudios sobre estos objetos, y también fotografías. La más interesante es la Organización *Info*, fundada en honor de Charles Fort, el gran especialista de lo singular. *Info* publica cada trimestre una excelente revista bajo este mismo título.

En la URSS, la revista *Technika Molodeji* publica mensualmente un estudio sobre un problema de esta índole, con frecuencia ilustrado con fotografías, además de una discusión sobre el tema entre especialistas.

Notas sobre el pilar de Delhi

No carece de interés que volvamos sobre el pilar de Delhi, que nos presenta un problema más que singular. El objeto tiene seis metros de alto y cincuenta centímetros de diámetro. Es decir, que se trata de algo demasiado importante para haber sido fabricado por aglomeración. Hace poco se ha dicho que si este objeto no se disgrega, «es debido, simplemente, al hecho de estar recubierto por una delgada capa transparente de sílice». Si el autor de esta genial sugerencia descubrió la manera de recubrir los metales ferrosos con una delgada capa de sílice transparente, le aconsejo que haga patentar y explote su descubrimiento. Le garantizo unos beneficios de mil millones de francos fuertes anuales, lo que sólo representa una pequeña parte de los desgastes y pérdidas que ocasiona la corrosión en el mundo.

El pilar lleva una inscripción, un epitafio del rey Chandragupta II, muerto en el año 413 de la Era cristiana. Por lo que se sabe, la columna era ya muy vieja en aquella época.

Es verdad que las técnicas de fabricación del acero existían ya en la India. Uno de los príncipes del Punjab ofreció a Alejandro *el Grande* un lingote de acero de doscientos cincuenta kilogramos, cantidad considerable en la época. Por otra parte, la alquimia estaba muy desarrollada y el hierro es el metal esencial para los alquimistas. Y, sin embargo...

Sin embargo, si tenemos en cuenta la extraordinaria calidad del metal de que está hecho el pilar, si tenemos en cuenta que se conserva indefinidamente, me pregunto aún si no se tratará de un registrador gigante. Daría cualquier cosa por llevarme un fragmento y someterlo a un análisis magnético. Por desgracia, si tenemos en cuenta el valor sagrado que se atribuye al pilar de Delhi, esta experiencia resulta imposible.

LOS VISITANTES DE NASCA

Las gigantescas figuras trazadas sobre el suelo de la meseta de Nasca, en el Perú, sólo fueron descubiertas en 1947 por Kosok y Reiche, que sobrevolaron el país en avión. En efecto, sólo son visibles desde la altura y es posible que fueran trabajadas desde un vehículo aéreo o espacial. Han sido muy detenidamente estudiadas por la arqueóloga alemana Maria Reiche, que les consagró un libro.

La meseta de Nasca tiene alrededor de 70 km de largo por dos de ancho. Está cubierto de pequeños guijarros de sílice y de hierro, revestidos de una negra pátina. Ahora bien: estos guijarros fueron, no se sabe hace cuántos milenios, colocados para formar un complejo trazado, perfectamente visible desde lo alto y de observación imposible desde el suelo.

El trazado comprende líneas rectas y espacios de gran superficie en forma de trapecio, lo que le asemeja bastante a uno de nuestros actuales aeródromos visto desde el avión. Pero también se advierten allí espiras gigantes, análogas a lo que los telescopios nos permiten ver de las nebulosas espiraladas. También hallamos figuras de gran tamaño representando a seres no humanos, dioses o seres extraterrestres: que cada uno escoja.

No podemos imaginar cómo, trabajando en el suelo, pudieron ser realizadas tales figuras, de tan bellas y perfectas

proporciones. Por el contrario, si el trabajo fue dirigido desde lo alto, desde un artefacto volante inmovilizado en un punto fijo en el espacio, no debió haber problema alguno. Pero es poco probable que los arqueólogos acepten sin discusión esta hipótesis.

Los estudios sobre la meseta de Nasca continúan. Han sido observadas, por ejemplo, a partir de un cuadrado central de tres metros de lado, veintitrés rectas de ciento ochenta y dos metros de largo. Se ha podido comprobar que dos de estas líneas están orientadas hacia un punto del cielo que corresponde al solsticio, y una hacia otro correspondiente al equinoccio. No se ha encontrado hasta ahora explicación para las veinte restantes. Acaso se trate de una calculadora parecida a la de Stonehenge, pero, en todo caso, falta probarlo.

El conjunto sugiere la idea de un cosmódromo, lugar sagrado de homenaje, al propio tiempo, para visitantes llegados desde el espacio y cuya representación formaría parte de la construcción del cosmódromo. Ciertos seres en posesión de grandes medios técnicos hubiesen podido desplazar esos guijarros con la ayuda de máquinas adecuadas. Los guijarros fueron, luego, reunidos todos y, al parecer, considerados como sagrados, puesto que jamás fueron removidos durante miles de años.

Las figuras no humanas que los habitantes del país no podían ver, puesto que no disponían de vehículos aéreos, influyeron no obstante en su arte y puede vérselas representadas en la alfarería. Pero no existe razón de peso alguna para creer que la cultura corrientemente conocida como cultura de Nasca, y que se sitúa entre 300 años antes de J. C. y 400 después de J. C., tenga nada que ver con los trazados de Nasca. Con el mismo fundamento podría aducirse que fue Guillermo el Conquistador quien levantó Stonehenge.

Los misterios del Perú son demasiado numerosos para que pueda saberse con exactitud a cuál de ellos debe ser atribuido el trazado de Nasca.

Según las leyendas peruanas, el semidiós Manco Capac, fundador del Imperio, llegó desde el interior de la Tierra a través de lo que el relato llama «la espléndida apertura». Existirían otras dos, que conducirían a otros mundos situados en el interior de la Tierra. Estas puertas estarían situadas en una colina llamada Tampu Tocco, a 25 km al sudeste de Cuzco. Huelga decir que tales puertas jamás han sido halladas y que un terror supersticioso se opone a su búsqueda. Manco Capac, según continúa la leyenda, debió de ser convertido en piedra y preservado por la eternidad. Su cuerpo petrificado no se halló jamás, pero los españoles, en tiempos de los conquistadores, pudieron ver las momias de diez emperadores que lo sucedieron.

No es demasiado fácil fijarle una fecha a Manco Capac, pero no da la impresión de ser relativamente reciente en relación con los desconocidos seres que levantaron sobre la meseta de Marcahuasi la civilización que ha descubierto y estudiado mi amigo Daniel Ruzo. Esta civilización se remonta, por lo menos, a 10 000 años antes de Jesucristo si no a más. Esta civilización, la más antigua del mundo, ha dejado extraños monumentos labrados en la roca utilizando una técnica que permite que las imágenes cambien según la estación. Así, por ejemplo, un personaje que aparece en invierno como un anciano, se convierte en verano en un gallardo joven. Aquí se origina, muy probablemente, el mito solar de la muerte y la resurrección que encontramos en tantas religiones.

Entre unos 12 000 años antes de Jesucristo, época sin duda de la civilización de Marcahuasi, y 3 500 años antes de Jesucristo, época en que puede verosímilmente colocarse a

Manco Capac, puede situarse lo que sea y soñar lo que uno quiera, en particular, sobre la construcción de los trazados de Nasca.

Se discute ásperamente sobre la localización en el tiempo de las fantásticas ruinas de Tiahuanaco y sobre su posible relación con Nasca. Posnanski les atribuye una edad fantástica: anterior a la emergencia del continente sudamericano. Otras leyendas locales nos explican que Tiahuanaco fue alzado antes de que hubiera estrellas en el firmamento. Algunos fanáticos hacen de Tiahuanaco el centro de un Imperio megalítico desaparecido, y acaso tengan razón.

Los gigantescos megalitos de Tiahuanaco se encuentran a una altitud de cuatro mil metros, en una región lunar, glacial, casi desprovista de vegetación. Resulta sumamente desconcertante hallar en un sitio tan inhóspito las huellas de una poderosa civilización. Las estructuras de Tiahuanaco, en número de cuatro, tienen cada una la dimensión de cuatrocientos cincuenta por mil metros. Se encuentran allí pirámides, columnas, y la famosa «puerta del sol», que tiene una altura de tres metros y un ancho de tres metros setenta y cinco, y que fue tallada en un solo bloque de andesita, con un peso de diez toneladas. La puerta del sol muestra inscripciones en las que se ha creído descubrir un calendario venusino, astronaves y seres extraterrestres. Desde luego, estas interpretaciones son objeto de discusión.

Ha sido encontrada asimismo en Tiahuanaco una estatua que representa a un ser humano con un aire asaz inquietante, de piedra roja, de siete metros de altura, y de un metro cinco a un metro veintisiete de grueso. Ha llegado a decirse (cf. las obras de Denis Saurat *L'Atlantide et le règne des géants* y *La religion des géants*) que esta estatua representaba un gigante en su tamaño natural. ¿Quién sabe?

En todo caso, tanto en el Perú como en el Próximo Orien-

te, ha ocurrido algo muy singular. Los arqueólogos serios sitúan la construcción de Tiahuanaco entre 1 000 y 1 300 años después de Jesucristo. Sus argumentos no son mejores ni peores que los de los arqueólogos románticos: de hecho, los clásicos reaccionan de forma enérgica contra los excesos de los románticos, que, evidentemente, exageran un poco.

Según la Historia clásica, los emperadores incas se suceden en la forma siguiente: Manco Capac, hasta 1105; Sinchi Roca, 1105-1140; Lloque Yupanqui, 1140-1195; Mayta Capac, 1195-1230; Capac Yupanqui, 1230-1250; Inca Roca, 1250-1315; Yahuar Huaccac, 1315-1347; Inca Viracocha, 1347-1400; Pachacuti, 1400-1448; Tupac Yupanqui, 1448-1482; Huayana Capac, 1482-1529; Atahualpa y Huáscar, 1529-1533.

Obsérvese, a propósito de esta cronología, que Manco Capac no figura en ella como un personaje histórico corriente: aparece como llegado de fuera y no resulta situable en el tiempo.

Según los historiadores clásicos, se trata de uno —o quizá de varios— de esos emperadores que habrían fundado Tiahuanaco. Sobre esto, huelga decirlo, no aportan prueba alguna. Los incas, para transmitir sus informaciones, no utilizaban la escritura, sino los llamados quipos, ramales de cuerdas con diversos nudos y colores. Los españoles no encontraron jamás a nadie que quisiera leerles los quipos, y los que han llegado hasta nosotros continúan siendo indecifrabiles.

Pero debe decirse que las pruebas que conceden a Tiahuanaco una antigüedad de 250.000 años no son más convincentes. Entre ambos extremos, se encuentran los historiadores y divulgadores que conservan su sangre fría. Así, L. y C. Sprague de Camp, que escriben lo siguiente en *Énigmas de l'archéologie*:

¿Qué sabemos, en realidad, del desaparecido Imperio de Tiahuanaco? Le conocemos dos etapas culturales. La primera, más primitiva, Tiahuanaco I, aparece antes de la Era cristiana. La otra, Tiahuanaco II, civilización imperial, surge entre los años 500 y 1000, extiende sus dominios durante varios siglos y entra en decadencia antes de la llegada de los incas. Cuando los incas se apoderan de las regiones que rodean el lago Titicaca, encuentran a Tiahuanaco abandonada ya. Por lo menos, es esto lo que explican a los cronistas españoles. Los pobladores de la región son los indios aymarás, gente austera, silenciosa, que aún cultivan la batata y crían llamas en las altiplanicies, bajo un sol abrasador, de noches glaciales y batidas por los vientos. Las leyendas recogidas por los cronistas aparecen llenas de referencias continuas al imperio de Tiahuanaco. Se cita en ellas a los «Reyes de Vilcas, Huaitara y Tiahuanaco». Puede darse el caso de que ciertas leyendas de Manco Capac y del imperio preinca de los amautas estén ligadas con acontecimientos reales de la Historia de Tiahuanaco. Pero, ¿cómo? No podemos saberlo.

En todo caso, es permisible, aun compartiendo este punto de vista, soñar un poco e imaginar que, tanto en el Próximo Oriente como en el Perú, las Inteligencias han efectuado algún control. Y este control ha consistido, sin lugar a dudas, en un envío de informaciones por parte de las Inteligencias a la Humanidad. De ahí los distintos y extraños fenómenos observados tanto en Palestina como en el Perú. Entre ellos, he escogido los de Nasca porque se trata, con toda evidencia, de una señal dirigida al espacio y puede que incluso de una construcción efectuada desde el cielo. Esto es menos evidente en el caso de otras maravillas que ya he-

mos mencionado o en el de la inmensa fortaleza megalítica de Sacsahuamán.

Esta última es, no obstante, extraordinaria. Se trata de enormes bloques de ocho metros por cuatro de ancho y cuatro metros seis de alto, que pesan doscientas toneladas. Fueron ajustados con tal precisión —y sin ayuda de mortero— que resulta imposible deslizar entre ellos la hoja de un cuchillo. A pesar de todos los racionalismos, uno se inclina a creer en una tecnología llegada del exterior o procedente de una civilización superior. En todo caso, esta tecnología perteneció a un nivel muy superior a la de los incas, que no conocieron ni el arco de bóveda ni la rueda.

Como en el caso de las figuras de Nasca, si bien en grado menor, nos encontramos aquí con una técnica muy superior a la técnica local e incluso muy superior a lo que será la técnica local un siglo o un milenio más tarde.

Es lícito preguntarse si esta misma superioridad aparece en la cirugía. Los peruanos preincaicos conocían una cirugía prodigiosamente avanzada, más desarrollada que en cualquier otro de los pueblos antiguos. Utilizaban el fórceps y el torniquete, así como los anestésicos a base de coca. Curaban las incisiones quirúrgicas con gasa y algodón hidrófilo. Entre las operaciones que practicaban, el historiador de la medicina R. L. Moodie cita la amputación, las incisiones, la trepanación, el trasplante de huesos, las cauterizaciones y «otros medios menos evidentes». Operaciones de este género se ven representadas con precisión en la cerámica preincaica y precolombina.

Poseemos indicios sobre la utilización del hipnotismo como anestésico antes de una operación. Todo esto es tan diferente de cuanto conocemos de los otros primitivos, que es forzoso hacerse ciertas preguntas. Aún hoy existe en Bolivia una casta de sacerdotes médicos que poseen los anti-

guos secretos. Se les llama Collahu Aya. Por desgracia, son impenetrables. Viajan por toda América del Sur curando a los enfermos y llevan consigo, en cajitas, medicamentos que no han podido ser identificados. También en este caso debe tratarse de una supervivencia.

En cuanto a los visitantes de Nasca, que debieron de ser los primeros en llegar, dejaron rastros que vemos aparecer en gran número de culturas peruanas diferentes entre sí y en distintas épocas.

Por mi parte, considero que la de Nasca es anterior a cualquier otra civilización peruana y que la llegada de los visitantes se sitúa, lo más tarde, en los años 15.000 antes de nuestra Era, o acaso antes.

Las hipótesis más fantásticas inducen, sin duda, a preguntas más fantásticas aún. ¿Por qué motivos escogieron las Inteligencias Palestina y el Perú para efectuar sus intervenciones? Confieso que es de todo punto imposible contestar, por el momento, a esta pregunta. Acaso, algún día, métodos muy perfeccionados en el estudio de la Geofísica nos permitirán fijar la historia de los cinturones de irradiación que rodean a la Tierra, y saber si tales cinturones presentan algún hueco en determinados períodos aún recientes. En la actualidad, existen estos huecos en los polos, y otro encima de África que, al parecer, no tiene ninguna utilidad. Todo esto en el supuesto de que los cinturones de irradiación puedan obstaculizar una operación de gran importancia sobre la Tierra, lo que es cierto dentro de las limitaciones de nuestras técnicas, pero no lo es en absoluto si imaginamos un dominio de las fuerzas naturales muy superior al nuestro.

Por desgracia, no podemos imaginar nada fuera del cuadro de nuestros conocimientos y de lo que nos es permitido hacer. Faltos de tal posibilidad, llegamos a predicciones ridículas, tales como ese viaje a la Luna a bordo de una astro-

nave tirada por gansos salvajes, o bien esa televisión, que describe Wells en *Cuando el durmiente despierta* y que el escritor estimaba posible en el siglo XXIII, y que consiste en el uso de espejos sobre los que la luz llega mediante tubos y del que ningún humilde mensajero hubiera querido saber nada en 1925.

Dentro del cuadro, pues, de nuestras posibilidades, intentaré imaginar y describir lo que ocurrió en Nasca. Si algún día llegamos a conocer la verdad, mi versión seguramente parecerá ridícula, pero no puedo evitarlo.

Esta descripción presenta dos variantes:

1. El uso, para fijar los trazados de Nasca, de un vehículo análogo a algunos de los nuestros, el aerotrén por ejemplo. Volando a dos o tres metros del suelo, este artefacto, que la población debió de contemplar con una mezcla de admiración y de miedo, levantó los guijarros aspirándolos, para arrojarlos después a los lados del trazado y dejando para la población el trabajo de colocarlos en su sitio. Mediante una tecnología de este orden, bien pudieron establecerse, probablemente en un mes, los trazados de Nasca.

Después de ello, el artefacto, probablemente teleguiado, remontó el espacio y fue recuperado por una astronave o una cápsula en órbita. En el Perú existen numerosas leyendas de este género, pero los especialistas, como es bien sabido, rehúsan tomar en serio tales leyendas.

2. Una segunda versión nos hace suponer que los trazados fueron hechos por la población local siguiendo las órdenes, si no directamente de las Inteligencias, sí, por lo menos, de la raza superior que les representaba. Esto plantea algunos problemas: si los trazados sólo son visibles desde lo alto, ¿cómo hacer comprender a las poblaciones locales lo que tenían que hacer? El profesor J. Alden Mason, sabio muy distinguido, *curator emeritus* de la Universidad

de Pensilvania, sugiere que los trazados de Nasca pudieron ser hechos teniendo a la vista un modelo reducido, un dibujo por ejemplo. Pero, ¿quién realizaría ese dibujo? Además, esta hipótesis no tiene en cuenta la enorme dificultad que significa hacer trabajar a los primitivos según un plano o una fotografía. Esto se ha intentado, sobre todo durante la Segunda Guerra Mundial, para la construcción de aeródromos, y nadie consiguió el menor éxito. Creo que la hipótesis del profesor Mason debe ser rechazada.

Podemos imaginarnos una escena bastante parecida a algunas de la Biblia y de las leyendas:

Después de cierto número de milagros, una voz se hace oír, el pueblo se reúne y cada obrero recibe instrucciones concretas sobre lo que debe hacer en un sitio determinado. El conjunto de la maniobra está dirigido desde un helicóptero, un globo o cualquier otro artefacto apto para mantenerse en un punto fijo y que nosotros no hemos inventado aún. La obra dura años, digamos decenios, y, cuando al fin está terminada, las Inteligencias o sus representantes se marchan. Habrán dado a conocer cierto número de técnicas, en particular el trabajo del platino, conocido prácticamente desde siempre en el Perú, y que los europeos sólo llegaron a dominar en 1730, usando métodos muy inferiores a los peruanos. Esto ha quedado bien determinado gracias a Bergsøe.

¿Y para qué serviría todo este trabajo? Sin duda, para construir una especie de cosmódromo adonde llevar —para que pudieran ser recuperados por artefactos relativamente sencillos, y autoguiados por medios ópticos—, los registradores que recogieron toda la información sobre lo ocurrido en la Tierra. Esto, por lo que se refiere a la parte del trazado parecida a un dibujo abstracto.

En lo tocante a la parte figurativa, que representa seres

no humanos y objetos extraños, pueden ser aducidas varias opiniones.

Puede tratarse de un simple hecho decorativo: el arte puede mezclarse con la técnica: en los aeródromos se suelen colocar plantas.

Esta parte figurativa puede representar también, de acuerdo con la época, las constelaciones celestes con que los visitantes querían aparecer asociados.

También cabe la posibilidad de que las interpretaciones sean completamente falsas. Lo que los arqueólogos denominan «animal desconocido» puede representar a los visitantes, y lo que llaman «ballena» quizá sea, de hecho, una astronave, etc.

Si un arqueólogo, contemporáneo incluso, viera una representación del vehículo *LEM* que se ha posado sobre la luna, quizá llegaría, sin vacilar, a la conclusión de que se trata de un insecto. Será necesario, sin duda, descifrar con mucha atención las figuras «abstractas» para saber si las espirales corresponden a nebulosas conocidas, como es el caso de las espirales análogas descubiertas en Siberia.

Hasta el presente, estas figuras parecen ser las únicas en esa región. La observación del Perú por medio de satélite quizá nos proporcione informaciones interesantes. Cabe esperar que, un día, pueda sobrevolar el Perú un satélite arqueológico que tome buen número de fotografías.

También ha sido hallado cerca del río Nasca, en Cahua-chi, un singular paraje, bautizado con el nombre de «Stonehenge de madera». Se trata de un conjunto de columnas y horcas de madera, de una altura media de dos metros con varios milenios de antigüedad, y en las que algún tratamiento especial conservó la madera. Al lado, se encuentran tumbas pertenecientes a la cultura Nasca. La hipótesis más probable, aunque prosaica, es que este conjunto de colum-

nas y de horcas sostenía un gran toldo de tienda que cubría un campo de deportes o un lugar de reunión.

Podría tratarse, asimismo, de algo muy distinto. Los nascas fueron cortadores de cabezas, como puede apreciarse en sus cerámicas y en sus tejidos; ¿se ornaron acaso los pilares y las horcas de su Stonehenge de madera con cabezas enemigas después de cada victoria obtenida?

¿O se trata, quizá, de algo que no podemos imaginar?

No resulta evidente que exista aquí una relación con los trazados de Nasca. Sin embargo, el pensamiento nasca parece muy distinto al nuestro. Así, por ejemplo, se trata del único pueblo conocido cuyas tumbas aparecen en forma de botella. En estas tumbas ha sido hallada cerámica que representa felinos con casco de escafandrista. Resulta seductor imaginar que tales cerámicas representen a los visitantes de Nasca, pero la verdad es, sin duda, mucho más complicada.

Los nascas no alzaron pirámides ni edificios megalíticos ciclópeos. Por este motivo, parece poco probable que la llamada cultura nasca, que puede situarse seguramente entre los años 300 antes de nuestra Era y 400 años más tarde, tenga algo que ver con los trazados de Nasca. Éstos ya debían de existir. No olvidemos que el hombre aparece en América del Sur, por lo menos diez mil años, si no más, antes que en Europa.

La determinación de las fechas mediante el radiocarbono no sirve en América del Sur, y el profesor J. Alden Mason, antes citado, escribe: *Si un fecha obtenida por el radiocarbono parece del todo disparatada a un experto en Arqueología y no se corresponde con las otras más cercanas, tiene el derecho de rechazarla y esperar los resultados obtenidos según otros métodos.*

El eminente sabio no nos dice si lo recíproco es también

aceptable, si tenemos el derecho de rechazar las fechas obtenidas por métodos clásicos cuando aquéllas no coinciden con las proporcionadas por la Física o la Química. Y a veces, resulta muy tentador hacerlo.

En los Andes, mezclados en las tumbas con huesos de mastodontes, han sido encontrados cráneos de una raza hasta ahora desconocida, con una antigüedad de, por lo menos, veinte mil años. Resulta posible, entonces, pensar que estos hombres realizaron o vieron realizarse, hace cosa de unos quince mil años, los trazados de Nasca.

Sin duda, podríamos llegar a precisar más si pudiéramos fechar los trazados de Nasca analizando su parte abstracta con un ordenador, como se ha hecho con Stonehenge. Claro que si así se obtiene una fecha muy anterior a las civilizaciones conocidas, los arqueólogos van a poner el grito en el cielo, por no concordar semejante realidad con sus teorías. Y, no obstante, se vieron obligados a admitir el calendario lunar paleolítico establecido por Alexander Marchak utilizando piedras pulidas y huesos, calendario que tiene, por lo menos, treinta mil años.

Suponiendo que se trate de un calendario, el de Nasca sería, probablemente, más antiguo.

Resulta imposible datar con radiocarbono los objetos de oro o de platino, y muchos y muy extraños se encuentran en el Perú; trabajados con métodos que, como escribió J. Alden Mason, fueron hallados en el propio Perú, o bien proceden «no se sabe de dónde».

Y sería interesante saberlo. No se piense en Egipto: los egipcios no conocían el platino... Por desgracia, los españoles fundieron la mayoría de estos objetos para transformarlos en lingotes, de más fácil transporte a España.

Probablemente será más fácil dar con las principales explicaciones sobre los trazados de Nasca, aunque se nos es-

capen algunos detalles, que conseguir la prueba de que ciertas técnicas se difundieron a partir de Nasca. Conviene no olvidar que, como los españoles, los incas eran conquistadores, y destruyeron las civilizaciones anteriores. Debido a esta doble destrucción, nos queda mucha menos información sobre las civilizaciones preincaicas de lo que comúnmente se cree.

La Historia conocida de los incas empieza muy recientemente, en 1438 a. de Jesucristo, con el emperador Pachacuti, que sucedió a un personaje medio legendario, Viracocha, a cuyo hijo destronó. Pachacuti comenzó la formación de un inmenso imperio que se extendía hasta el Ecuador por el norte, y cuyo centro estaba en Chile. Este Imperio, de una longitud de 5.000 km, comprende un territorio de cerca de un millón de km². Pachacuti puede ser comparado a Alejandro el Grande, Gengis Jan y Napoleón. Como ellos, fue un gran destructor, hizo quemar documentos, destruyó poblados, arrasó monumentos, y alzó otros en su lugar.

Sus sucesores continúan esta política de conquista por toda la América del Sur. También hacen la guerra a una civilización hasta hoy desconocida por nosotros, y que, a veces, ha sido situada en las islas Galápagos, otras, en las llamadas Santiago o Floreana. Este último punto de vista es el de Thor Heyerdhal, pero, como ocurre con frecuencia en su caso, los hechos casan mal con su fértil imaginación.

Ignoramos, por lo tanto, cuál fue esta civilización insular. Parece haber desaparecido por completo, y es una verdadera lástima: nos gustaría saber si tenía o no la costumbre de trazar inscripciones dirigidas hacia el firmamento.

El emperador Pachacuti abdicó a la inverosímil, pero auténtica, edad de ciento veinticinco años, y colocó en el trono a su hijo. Bajo su reinado, el Imperio inca absorbió los restos de civilizaciones hoy absolutamente desconocidas. No es

fácil hacerse una idea acerca de lo que pudo ser este Imperio antes de la llegada de los españoles. En el momento de la invasión española, el Imperio inca comprendía un territorio tan grande como Francia, los países del Benelux, Suiza e Italia juntos.

Hacia el año 1523, los indios se organizaron lo bastante como para atacar el Imperio. Contaban con un aventurero español, Alejo García, llegado allí a consecuencia de un naufragio. Este fue el primer europeo que conoció a los incas. Pizarro sólo llegó diez años más tarde y, según los cronistas de la época, si García hubiera podido escribir sus Memorias antes de ser muerto en combate, hubiese podido contarlos maravillas, pues poseía fuentes de información aparte de las de los incas. Su muerte en el Paraguay fue, sin duda, una de las grandes ocasiones malogradas de la Historia.

Los incas, su clase dirigente por lo menos, no sentían curiosidad histórica alguna y no parecen haberse preocupado gran cosa por los misterios que hallaron en los países conquistados. Estaban al corriente, no obstante, de las profecías existentes sobre el retorno de los «Grandes Antiguos», que debían presentarse con unos hombres de rostro pálido y acompañados de extraños animales. Por desgracia para ellos, tomaron a los españoles por esos semidioses de vuelta del Exterior, y esto permitió a ciento ochenta españoles conquistar un Imperio de dieciséis millones de habitantes.

Semejante conquista no tiene parecido en la Historia. Acaso se vea reproducida si, algún día, los habitantes de la Tierra son atacados por los dioses ancestrales, desde otro planeta.

Es lamentable que las gentes incultas que conquistaron el Imperio inca no se interesasen por las ciudades megalíticas ni por las inscripciones que miraban al cielo. Más tarde, un sacerdote, Bernabé Cobo, escribió en 1653 una Historia

del Nuevo Mundo en cuatro volúmenes, y ésta es, actualmente, nuestra principal fuente de información sobre los incas y los preincas. No se ha hecho aún ninguna criba o examen minucioso de esta obra, por lo que se refiere al realismo fantástico y a las intervenciones de seres extraterrestres.

Por el contrario, todos los locos de la creación se precipitaron, durante la primera mitad del siglo XX, sobre las ciudades megalíticas del Perú. Por fortuna, Nasca se les escapó, y el primer libro en serio sobre el tema, el de María Reiche, pudo ser publicado en 1949. Por lo que a Nasca se refiere, queda mucho trabajo por delante antes de que podamos disponer de los elementos indispensables para entablar discusión. Creo que es seria la hipótesis adelantada por mí, pero es evidente que otros descubrimientos son posibles.

Es muy de lamentar que, en su expansión, los incas hubiesen vencido a los chimus, pueblo más refinado, que vivían en ciudades organizadas por barrios, divididos, a su vez, en calles muy bien estructuradas, y que poseían, en fin, una vida social bastante compleja. Los chimus manifestaban un gran interés por el mundo en que vivían. Su idioma, llamado yunga, nos es desconocido. Su capital, arrasada por los incas en los años 1500 de nuestra Era, se llamaba Chanchan. Tenía las dimensiones de París, y la formaban estructuras de habitaciones de 350 a 380 metros. Existía un Gobierno central organizado, pero no se ha encontrado ninguna señal de religión.

No es verosímil que una civilización capaz de construir ciudades de estas dimensiones y dirigida por un Gobierno fuertemente centralizado, no contase con unos medios de registrar la información, aunque aquéllos no fueran los de la escritura. Pero nada sabemos de esos medios. La ciudad

está llena de bajorrelieves geométricos, cuya significación ignoramos. Bien puede admitirse que fueron los antepasados de los chimus, no los de los incas, quienes realizaron los trazados de Nasca, pero con esto no hemos adelantado gran cosa.

Entre 1000 y 1500 de la Era cristiana, levantaron ciudades, descubrieron las técnicas del bronce y la manera de fundir en molde los metales. Todas estas invenciones son, no obstante, relativamente modernas, y más bien nos parecen hallazgos esporádicos e independientes que el reencuentro de secretos perdidos.

Aparte de los extravagantes, aún queda un pequeño número de prestigiosos arqueólogos que creen en un Imperio megalítico fundado en torno a Tiahuanaco. Si este Imperio existió, sería anterior no sólo a los incas, sino también a los chimus. Con todo, numerosos extremos de esta hipótesis continúan siendo discutibles, en particular, por lo que a las técnicas se refiere. Por ejemplo: algunos de los bloques megalíticos de Tiahuanaco están unidos por garfios de cobre, y ésta es una técnica completamente original, que no se encuentra en ninguna otra parte del Perú. Evidentemente, aquí podemos ver, una vez más, la huella de los secretos técnicos por parte de los visitantes de Nasca, pero también, quizás, una ingeniosa invención, independiente de aquélla.

Tan sólo ahora empieza a ser explorado el subsuelo de Tiahuanaco, donde aún no se ha hecho ningún descubrimiento sensacional. Pero no todo termina ahí. Que yo sepa, ninguna excavación análoga ha sido hecha en Nasca. Quizá se encontrasen allí criptas donde se depositarían ciertos objetos antes de ser lanzados al cielo. Existen, en la actualidad, dispositivos electrónicos, derivados del detector de minas, que permiten advertir cavernas o cavidades artificiales. Es-

peremos que, algún día, nos sirvamos de ellas para explorar el Perú.

Resulta extraño que nadie haya asociado ninguna de las trazas de Nasca a un cometa. Los incas tenían un miedo especial a los cometas y renunciaron a su lucha contra los españoles en cuanto se les apareció un cometa. ¿No tendrá esto que ver con algún recuerdo de extraños fenómenos relacionados con el cielo?

Existe, es cierto, una relación entre las trazas de Nasca y el calendario venusino, e incluso quizá con el propio sistema solar.

Se ha intentado interpretar ciertos bajorrelieves y algunas cerámicas del Perú como mapas del mundo, del que Tiahuanaco resultaría ser el centro. Esto concierne a todas las teorías que pretenden considerar a Tiahuanaco como el origen, no sólo de las civilizaciones sudamericanas, sino de todas las civilizaciones del mundo. Lo mismo podría hacerse y decirse con respecto a Nasca, pero dudo mucho que fuera de provecho alguno: el fenómeno de Nasca es extraño, pero no parece que haya tenido resonancias.

LAS CARTAS DE LOS REYES DEL MAR

La extraña historia de las cartas de navegación de Piri Reis aún no ha terminado. Empezó exactamente el año 1929, en Estambul, llamada entonces Constantinopla, al ser encontrada una carta de navegación dibujada sobre pergamino. Esta carta llevaba la fecha del mes de Muharram del año 919 de la Hégira, es decir, en 1513 de la Era cristiana. Firmaba la carta Piri Ibn Hagi Memmed, nombre completo del almirante Piri Reis.

Éste fue decapitado en El Cairo, en el año 960 del Islam. De origen griego y cristiano, era sobrino del famoso pirata Kemal Reis. Participó en numerosas expediciones de piratería, sobre todo, bajo el mando del célebre Khair Eddin Barbarroja. Ocupó el alto puesto de Kapudan, equivalente, en la época, a gobernador de Egipto. Saquéó Adén, y más tarde, a Mascate. Puso sitio a Ormuz, que levantó después de recibir una fuerte suma del Gobierno local. Enemigos suyos lo denunciaron a la Sublime Puerta, fue detenido y decapitado, según dijimos, en El Cairo. Los habitantes de Ormuz intentaron en vano recuperar su rescate.

Piri Reis explicó sus viajes en libros y en atlas. Una de sus cartas de navegación parece que fue utilizada nada menos que por Cristóbal Colón. En cuanto a la carta descubierta el año 1929 en la biblioteca Seray, de Estambul, por Khalil

Eddin Bey, nos muestra las dos orillas del Atlántico y proporciona una representación muy clara de América.

Esta carta llamó la atención de un primer investigador americano, Arlington Mallery. Éste demostró, mediante cálculos que se vieron más tarde plenamente confirmados, que esa carta exigía conocimientos muy completos de trigonometría esférica, y que procedía de una época muy antigua, una época en la que los hielos del Antártico no cubrían aún la región de la Tierra de la Reina Maud.

Los trabajos de Mallery llamaron la atención del profesor Charles H. Hapgood, del «Keene State College», en Keene, New Hampshire, Estados Unidos. El profesor Hapgood era ya conocido como autor del libro *La corteza deslizante de la Tierra*, que apareció con un prefacio de Albert Einstein, quien había comprobado y aprobado personalmente todos los cálculos de Hapgood. Fragmentos de este libro fueron traducidos al francés y publicados en *Le Figaro*.

Fue precisamente el profesor Hapgood quien denominó «cartas de los antiguos reyes del mar» a la de Piri Reis y otras análogas. Probó su considerable antigüedad y demostró que su confección había exigido probablemente el uso de un aparato volante (¿acaso el mismo que trazó las figuras de Nasca?).

Aparte del profesor Hapgood, podemos citar, entre los eminentes especialistas que se interesaron en el problema, al Rvdo. Padre Daniel L. Linehan, S. J., director del Observatorio del «Weston Boston College», que confirmó, por lo que al Antártico se refiere, los cálculos hechos por Mallery. Lo mismo podemos afirmar del explorador francés Émile Victor. Los estudios continúan en la actualidad. Cuando, en 1967, fui admitido en la Sociedad Americana de Geografía, pedí una opinión escrita sobre los trabajos de Hapgood. Se me contestó que, «aunque exagerados, eran sumamente in-

teresantes»: lo que no está del todo mal tratándose de una respuesta de la Ciencia oficial.

El 26 de agosto de 1956, la Universidad americana de Georgetown organizó, en una emisora de radio, una mesa redonda sobre el misterio de Piri Reis. Conocí el texto de la discusión: la mayoría de especialistas coincidieron en considerar este descubrimiento como muy importante.

Antes de profundizar en el misterio de los portulanos y de los reyes del mar, es menester rendir homenaje a los estudiantes del «Keene State College», quienes, durante años, trabajaron con el profesor Hapgood, hicieron complejos cálculos y prepararon una formidable bibliografía.

Por otra parte, declaro que las opiniones expuestas en el presente capítulo lo son bajo mi exclusiva responsabilidad, y no comprometen en absoluto a los sabios antes mencionados.

Dicho esto, empecemos a viajar en el pasado. A partir del siglo XIV, los navegantes poseían portulanos. Como su nombre indica, se trata de cartas o mapas que debían permitir la navegación desde un puerto a otro. Los que utilizaron esas cartas no poseían teoría alguna sobre la naturaleza de la Tierra, no se preguntaban si ésta era plana, redonda o de cualquier otra forma. El explorador noruego A. E. Nordenskiöld fue el primero que pensó, en 1889, que esas cartas no eran medievales, sino mucho más antiguas. Imaginó también que fueron copiadas de un original cartaginés, o de alguno aún más antiguo. Se trató de explicar las líneas geométricas que se encuentran en estas cartas como referentes al magnetismo terrestre y a la brújula, sin éxito alguno.

Con ocasión del descubrimiento del portulano de Piri Reis, Arlington Mallery afirmó que estas cartas de navegación reproducen el Antártico, América del Norte y del Sur con una desconcertante, por no decir imposible, precisión.

Demostó, también, que la carta de Piri Reis sólo es la copia de una carta o de una serie de cartas más antiguas y que ya no poseemos. Estos mapas fueron trazados en un lejano pasado, acaso quince mil años antes de nuestra Era, por un pueblo marítimo que conocía la redondez de la Tierra, la trigonometría esférica, y que poseía aparatos aéreos (¿o bien ingenios espaciales?).

Mallery, oficial, ingeniero y matemático, compara el mapa de Piri Reis a un mapa de la flota americana que se empleó durante la Segunda Guerra Mundial. Esta última utilizaba el principio de la proyección polar equidistante y situaba el centro de proyección en El Cairo, donde se encontraba durante la guerra una importante base de los Estados Unidos. El parecido con la carta de Piri Reis resulta sobrecogedor y nos prueba que quienes la confeccionaron conocían bien la trigonometría esférica y la estructura general del Globo.

Sobre la carta de Piri Reis, notamos en particular el Amazonas, el golfo de Venezuela, América del Sur, desde Bahía Blanca al cabo de Hornos, y por fin, la Antártida. Obsérvese que este último continente no se descubrió hasta 1818. No obstante, el portulano de Piri Reis y otros portulanos lo describen con precisión. Seguramente, ciertos cartógrafos eminentes anteriores a 1818, incluso el propio Mercator, creyeron en la existencia de un gran continente antártico, pero esta creencia aún no había sido corroborada por ninguna expedición.

La Antártida dibujada en las cartas de Piri Reis corresponde, no sólo con lo que nos muestran los mapas modernos, sino también con el perfil, obtenido con recientes métodos geofísicos, del continente, según se encuentra debajo de los hielos. La conclusión lógica a que llegamos es que el original del portulano de Piri Reis fue trazado *antes* de que

los hielos cubriesen la Tierra de la Reina Maud. Lo que nos obliga a retroceder quince mil años, si no más.

El parecido es demasiado grande para que se trate de una simple coincidencia. Alguien confeccionó este mapa en un pasado muy lejano, y han llegado hasta nosotros copias del mismo, como es el caso del de Piri Reis o el de Oronteus Finaeus, hecho en 1531. En este último, las dimensiones del continente antártico equivalen muy bien a las de los mejores mapas modernos. Es cierto que cuando fueron confeccionados tales mapas, había hielos en la parte oeste de la Antártida, pero no cubrían todo el continente. Ahora bien: los modernos métodos de la Geofísica nos han demostrado que, hace seis mil años, existían aún regiones templadas en la Antártida, principalmente, hacia el mar de Ross.

Esta es la fecha más reciente a que se han podido atribuir los originales de los portulanos, pero todo induce a creer que tenemos que remontarnos, por lo menos, a quince mil años.

Una carta de navegación turca de 1559, la de Hadji Ahmed, nos muestra también una Antártida, y una costa del Pacífico, en los Estados Unidos, con extraordinaria precisión. Pero aún hay más: ¡esta carta nos muestra una tierra desconocida que forma puente entre Siberia y Alaska a través del estrecho de Bering! Este pasaje terrestre explicaría la población de las Américas por hombres del Paleolítico llegados a pie desde Asia. Pero lo cierto es que este puente desapareció hace, por lo menos, treinta mil años. No se alcanza a comprender cómo una civilización terrena, conocida o no, pudo llegar a saber del mismo.

En cambio, se puede admitir —y ésta será mi tesis en este capítulo— que fotografías de la Tierra, tomadas desde un aparato volador y traducidas bajo forma de mapas comprensibles para los primitivos, vueltos a copiar más tarde,

nos den una explicación más plausible del misterio, que la hipótesis de una gran civilización hundida bajo los hielos de la Antártida y de la que no se hubiera encontrado rastro. Por lo demás, ambas hipótesis no son, ni mucho menos, contradictorias.

Acaso una inspección llegada del Exterior, en la época de Nasca, al advertir la existencia de esta civilización tomó contacto con ella. E incluso es posible que miembros de esta civilización fuesen salvados y llevados fuera. ¿Quién sabe?

En todo caso, lo primero que hay que hacer, y esto intenta el equipo de Hapgood, es establecer qué relación puede haber entre el portulano de Piri Reis y los otros portulanos.

El portulano Dulcert, de 1339, es el primero en su género, y los demás parecen ser copias del mismo. La precisión de este portulano, por lo que se refiere al Mediterráneo y a Europa, es algo incomprensible. Desde Irlanda al Don, el portulano demuestra una información que nadie podía poseer en los siglos XIV, XV y XVI. Su ejecución parece haber exigido conocimientos matemáticos en total desproporción con los de su tiempo. Todas las pruebas coinciden en afirmar que debió de ser copiado, y más de una vez, partiendo de un original que se remonta a los tiempos más lejanos.

Una carta de navegación del Renacimiento, la de Camerio, de 1502, confirma este punto de vista y se acerca a los portulanos ya conocidos. También parece haber sido hecha sobre un cuadrículado, utilizando la trigonometría esférica y, acaso, un ordenador; verificaciones cuantitativas hechas sobre treinta y siete puntos de la carta de Camerio lo confirman.

La carta veneciana de 1484 utiliza, al mismo tiempo, el sistema de los portulanos y el de fijación medieval por los doce vientos. También presenta precisiones totalmente inve-

rosímiles dados los conocimientos de la época.

Idénticos parecidos se encuentran en el caso de un mapa de origen desconocido, y del que sólo sabemos con exactitud que fue grabado sobre piedra por los chinos, en el año 1137 de nuestra Era. Se encuentra allí el mismo cuadrículado que en el mapa de Piri Reis y en los otros portulanos. Parece proceder, pues, en su origen, de la misma fuente desconocida.

El estudio matemático de Hapgood contiene demasiadas fórmulas para ser reproducido aquí. Sin embargo, su conclusión merece ser citada íntegramente: *Creo que la prueba aportada por este mapa chino demuestra la existencia, en tiempos remotos, de una civilización que debió de cubrir el mundo entero, de una civilización cuyos cartógrafos trazaron los mapas de toda la Tierra con un nivel general uniforme en la técnica, métodos similares, los mismos conocimientos matemáticos y, probablemente, los mismos instrumentos. Considero este mapa chino como la piedra básica del edificio que he levantado. Para mí, deja resuelta la cuestión de saber si la antigua cultura que penetró en la Antártida y que está en el origen de todos los portulanos occidentales fue, realmente, una cultura a escala planetaria.*

Aunque estoy completamente de acuerdo con Hapgood, quisiera, no obstante, hacer observar que un satélite de cartografía, que sólo invierte un centenar de minutos en dar la vuelta a la Tierra, puede, en algunas vueltas, saber mucho más que una civilización que abarcara el mundo entero. Esto ha sido ampliamente demostrado por los varios satélites lanzados desde 1957 hasta la fecha.

La hipótesis de una intervención extraterrestre no me parece que esté en contradicción con la de las grandes civilizaciones desaparecidas. Yo diría que casi se trata de la misma hipótesis.

La intervención de los extraterrestres en la Historia pudo

muy bien acelerar el desarrollo de ciertas civilizaciones que más tarde desaparecieron por su propia culpa o a consecuencia de cataclismos naturales. Si la carta de marear china aporta una piedra al edificio de Hapgood, también aporta una al mío: hace diez mil años, quizá quince mil, o incluso más, alguien que tenía acceso a todas las regiones del Globo, que poseía excelentes medios técnicos, y que conocía las matemáticas, trazó mapas de la Tierra. Dada la precisión de estos estados topográficos, no me parece desatinado afirmar que este «alguien» conocía la fotografía y disponía de máquinas volantes o de satélites.

Continuemos con la exploración de las viejas cartas de navegar, siguiendo a Hapgood y a su equipo. La carta de Zeno, de 1380, se refiere a un viaje de los venecianos a Groenlandia. Dada la precisión con que son indicadas en aquella las costas de Noruega, Suecia, Dinamarca, Alemania y Escocia, la exactitud de las posiciones en latitud y longitud de cierto número de islas, se tiene, una vez más, la impresión de que se trata de la copia moderna de una carta muy antigua. Aún se discute sobre este particular.

Mallery dice que se ven sobre esta carta islas que hoy ya no existen, sea porque quedaron sumergidas, sea porque las cubrió el hielo que bajó desde Groenlandia. Hapgood se inclina a creer que los venecianos, al copiar la antigua carta, cometieron algunos errores. Hace observar que los venecianos tomaron Constantinopla con ocasión de la cuarta Cruzada y piensa que, entonces, se apoderaron de cartas análogas a la de Piri Reis, y que, mejor o peor, las copiaron.

En las referidas cartas de navegación se encuentra, una vez más, un cuadrículado mal trazado y, probablemente, mal interpretado. Las cartas de Ptolomeo, tal como fueron rehechas en el siglo xv, nos muestran una Groenlandia aún no enteramente cubierta por los hielos, y una Suecia, en cam-

bio, con glaciares. Ahora bien: tales glaciares no existían ya en los tiempos de Ptolomeo, y mucho menos, en el siglo xv, o en nuestros días. No obstante, fue reconstruida la forma que esos glaciares tuvieron hace diez mil años, y así se les encuentra en las cartas de Ptolomeo tal como fueron reproducidas en el siglo xv. Una vez más, al parecer, fueron conocidas y copiadas, hace diez o quince mil años, cartas de una gran antigüedad.

El portulano de Andrea Benincasa, de 1508, es también muy interesante. En él se encuentran glaciares que la mayoría de quienes estudiaron tales portulanos antes que Hapgood identificaron con el mar Báltico. Es un caso muy extraño.

Podríamos multiplicar estos ejemplos. La primera conclusión general a que podemos llegar es la siguiente: nuestros mapas actuales aparecen cubiertos de un cuadrículado hecho de paralelos y de meridianos. En los portulanos se encuentra el cuadrículado de la carta más antigua, y de éste derivan todos los demás. Se puede demostrar matemáticamente que, en este cuadrículado, el grado de latitud es más largo que el grado de longitud, lo que implica un sistema de proyección. Una vez en posesión de ese sistema, que ha sido hallado, se observa, por ejemplo, que la latitud y la longitud de las islas del archipiélago de las Antillas aparecen determinadas con gran precisión. Es casi seguro que quienes hicieron esas cartas poseían conocimientos matemáticos, sobre todo, de trigonometría esférica, comparables a los nuestros.

Obsérvese que, al propio tiempo que la trigonometría esférica, vemos empleado en estos mapas el sistema de los doce vientos, que corresponde a los doce signos del Zodíaco y a la división del círculo en trescientos sesenta grados. Esta división sería, en consecuencia, anterior a la civilización

abilónica, y Babilonia habría heredado, por lo menos, algo de ella.

¿Qué nos muestran estos documentos? Una Tierra más antigua que la nuestra. Una Tierra, por ejemplo, en la que el delta del Guadalquivir prácticamente no existe, cuando, en la actualidad, tiene 50 km de anchura por 75 de largo. Ahora bien: son necesarios, por lo menos, veinte mil años para que la erosión del río llegue a formar un delta de esta magnitud.

También se encuentran en el Mediterráneo islas mucho más grandes que las que nosotros conocemos. Es decir, que el mar las ha ido desgastando desde la época (hace veinte o treinta mil años), en que estas cartas de marear fueron trazadas.

Nos señalan en Suecia, en Alemania, en Inglaterra, en Irlanda, glaciares que ya no existen, pero cuya forma hemos podido reconstruir: estos glaciares nos trasladan diez mil años atrás.

Y, sobre todo, estas cartas nos muestran una Antártida templada, donde no hay hielos. La mayoría de los geólogos afirma que los hielos de la Antártida existen desde hace millones de años, desde el mioceno o el plioceno. Pero no todos están de acuerdo sobre este extremo, y algunos creen que, hace diez mil años, la Antártida gozaba de un clima cálido, que se prolongó en algunos sitios hasta hace seis mil años. El propio Hapgood es de este parecer y ello confirma su teoría sobre el deslizamiento de los continentes terrestres.

Mediciones hechas en la Antártida parecen confirmar la existencia, hace seis mil años, de un período de clima templado. Algunos de estos cálculos demuestran que ese período templado, que hace seis mil años estaba tocando a su fin, duraba, por lo menos, desde hacía veinte mil años. Hapgood supone que una poderosa civilización existió en

aquella época, para desaparecer más tarde.

Por mi parte, imagino que, en esa época, la Tierra fue visitada, y que los portulanos de Piri Reis son una huella de la visita en cuestión. Repito que, a mi parecer, las dos hipótesis no son contradictorias.

Continuando en mi razonamiento, creo que las figuras de Nasca preceden al original de los portulanos de Piri Reis y proceden de la misma fuente. Creo que el mismo Zodíaco podría ser encontrado en los trazados de Nasca y en los portulanos, y esto se verá cuando haya sido efectuado un análisis. Creo que, después de la época de Nasca, fue hecho un estudio detallado del Globo y una carta de marear.

Los dos problemas que se plantean son: ¿cuándo y por quién?

Por lo que al primero se refiere, vimos ya que un mínimo de diez mil años parece impuesto por los datos geológicos que proporcionan las antiguas cartas de marear. Esto es lo mínimo, puesto que también podríamos hablar de veinte o de treinta mil. En resumen: digamos que algunas decenas de miles de años.

¿Por quién? Hapgood y otros creen en una civilización desaparecida, destacadamente marítima. De ahí la expresión: las antiguas cartas de los reyes del mar. Recuérdese, en esta hipótesis, las sugerencias de algunos sabios que creen que los sumerios fueron un pueblo marítimo, cuya civilización reposaba en ciudades flotantes y no terrestres. También conviene compararla con la teoría de los arqueólogos soviéticos, según la cual ciertos pueblos misteriosos (que nos han dejado tumbas en las que se encuentran sólo dos cosas: un oso enterrado en posición vertical y un ovillo de fino hilo de oro enrollado en un soporte de cerámica) habrían habitado exclusivamente sobre el Volga. Sus ciudades habrían sido inmensas almadías. Dejaron estas tumbas miste-

riosas por causas que desconocemos.

Esta hipótesis es evidentemente interesante y no me opongo a ella *a priori*, aunque me permita completarla con otra hipótesis. Hasta nuestros días han llegado leyendas sobre los reyes del mar, más antiguos que los vikingos. De ellas se habla en obras de novelistas bien documentados como Jean Ray o John Buchan.

Otra hipótesis, y ésta se encuentra en *El retorno de los brujos*¹ y en numerosas imitaciones: la existencia de una o varias civilizaciones terrestres desaparecidas. Con frecuencia se me pregunta por qué motivos no se encuentran restos de estas civilizaciones. A esta pregunta puede darse una doble respuesta.

En primer lugar, esta civilización pudo existir en el extremo norte (donde los sabios soviéticos pretenden hoy haber descubierto los restos de un continente hasta el momento totalmente ignorado, el Ártido) o bien en el extremo sur, es decir en la Antártida. Las sombras de H. P. Lovecraft y de Erle Cox, así como mi amigo, éste bien vivo, René Barjavel, se regocijarán en cuanto se encuentren los rastros de una civilización avanzada en la Antártida. Será uno más entre los innumerables casos de videncia del futuro por parte de escritores inspirados.

Por otra parte, lo cierto es que se han encontrado huellas de civilizaciones desaparecidas. Véase la historia detallada de la de Anticitera. Anticitera es una isla del archipiélago griego frente al cual se hundió, hacia el siglo I a. d. J.C., una galera griega. En 1901, unos buzos bajaron a ella y allí recogieron un objeto indefinible, corroído por el agua del mar. Fue llevado al Museo Nacional de Atenas y en este lugar se fue llenando de polvo. Sobrevino la Segunda Guerra Mundial, y a su término, en una Europa desprovista de

¹ Publicado por Plaza & Janés en esta misma colección.

todo, se fueron recogiendo muchos útiles e instrumentos de arar completamente corroídos y llenos de herrumbre por haber estado muchos años abandonados. Americanos astutos inventaron, entonces, unos métodos de desenmohecimiento electrolítico que, por un procedimiento inverso de la electrólisis, permitieron sustituir los óxidos metálicos por el metal original, incluso tratándose de un mecanismo muy delicado: así se encuentra de nuevo la forma exacta del objeto corroído. Hacia 1960, un eminente sabio de la Universidad de Yale, el profesor Derek de Solla Price, reconstituyó por este procedimiento el objeto de Anticitera. Y constató que se trataba de un planetario en miniatura, de una máquina que permitía calcular la posición de los planetas.

Esta máquina es tan precisa como la que pueda hacerse hoy en día, representa lo mejor existente en mecánica, y, para obtener mejores resultados que los que aquélla proporciona, sería necesario un ordenador. Después de describir sus trabajos en el *Scientific American*, el profesor Derek de Solla Price termina así su artículo: *resulta muy impresionante*. Y así es, porque semejante máquina nos fuerza a admitir que los antiguos griegos fueron adelantados técnicos, lo que es contrario a su mentalidad abstracta, filosófica, y a su desdén por las máquinas; o bien a reconocer que, antes de los antiguos griegos, existió una tecnología hoy perdida y que nada tenía que envidiar a la nuestra; en particular, en cuanto a la fabricación de bronces especiales y al cálculo de los engranajes.

En lo referente a las civilizaciones desaparecidas, hayan sido marítimas o terrestres, yo pretendo que han sido vigiladas o quizás ayudadas por seres extraterrestres. Por el momento, no me pronunciaré sobre si se trataba o no de las mismas Inteligencias que encendieron y apagaron después la estrella que mató a los dinosaurios, o bien de intermedia-

rios entre ellas y nosotros, de razas más avanzadas que nosotros que servían a las Inteligencias. Sostengo que esas razas y esas Inteligencias continuaron y continúan atentas a nuestro planeta.

Creo que uno de los signos de estas Inteligencias es el uso de las matemáticas, que se inclinan a enseñar cuando resulta posible.

Sólo en América del Sur, atribuyo a esas Inteligencias el calendario fantásticamente preciso de los mayas: el año maya tenía una duración de 365,2420 días: la cifra exacta, determinada por los medios más modernos, es de 365,2423. Los mayas precisaron con una diez milésima de día de diferencia, y determinaron también la duración del ciclo lunar con una diferencia de cuatro milésimas de día. Semejante precisión exige unas matemáticas muy adelantadas.

Atribuyo a las Inteligencias las figuras de Nasca, así como las fortalezas megalíticas y los edificios ciclópeos del Perú. Pienso que se encontrarán sus huellas en los bajorrelieves de Marcahuasi, cuando éstos hayan sido totalmente analizados.

En América Central, les atribuyo la pirámide de Cuicuilco, en México. Esta pirámide, cubierta por la lava y fechada según métodos geológicos infalibles, tiene, por lo menos, siete mil años. No presenta semejanza con ninguna otra arquitectura de la región, y ha sido objeto de culto desde los tiempos más remotos de México. El estudio de esta pirámide, emprendido por el americano Byron S. Cummings y dos mexicanos, el doctor Manuel Gamío y José Ortiz, ha llevado a excavaciones gracias a las cuales han sido encontrados varios objetos pertenecientes, sin duda alguna, a una civilización más adelantada que las mexicanas conocidas. Más tarde (estos trabajos se iniciaron allá por el año 1920), la radiactividad nos llevó a la conclusión de que la erupción

volcánica que cubrió de lava esta pirámide y motivó su abandono como lugar sagrado, debe atribuirse a 200 a. d. J.C. Las búsquedas continúan en la actualidad y se confía en encontrar criptas bajo la pirámide. Quizá se hallen ahí las momias de quienes, hace siete mil años, la construyeron y se sirvieron de ella como observatorio astronómico perfeccionado. Ha sido puesta al descubierto la calzada de hormigón que llevaba a la pirámide: demuestra un elevado nivel técnico. Quizá la recorrieran vehículos: el hecho de que ni los incas ni los aztecas conocieran la rueda no significa que les ocurriera lo mismo a sus antecesores.

Es posible que los olmecas descendan de quienes levantaron estas pirámides. Los descubrimientos sobre este pueblo se suceden ahora con ritmo acelerado y acaso sepamos a qué atenernos dentro de diez años.

El problema de las pirámides, una vez descartado el delirio que provocó, es, desde luego, un problema interesante. Un humorista decía: «La forma misma de las pirámides sirve para probarnos que también en el antiguo Egipto los obreros trabajaban cada vez menos.» Hablando en serio, y éste es el objeto de nuestro libro, numerosos investigadores rusos opinan que las pirámides son una representación de la luz zodiacal. Esta luz consiste en una nube de polvo que sigue a la Tierra en su movimiento, como la cola de un cometa, y, en efecto, tiene la forma de una pirámide. Es difícilmente perceptible para el ojo humano, pero puede ser observada con la ayuda de instrumentos.

Quienes trazaron las cartas de Piri Reis poseían tales instrumentos, y es muy posible que la contemplación de esta luz zodiacal, gigantesca pirámide luminosa en el firmamento, originara un culto y la construcción de diversas pirámides, las de Egipto como la de Cuicuilco, que parece haber sido la más antigua.

No se excluye la posibilidad de que varias estructuras geométricas, las pirámides, Nasca, y muchas otras sean representación de objetos existentes pero sólo visibles con el uso de instrumentos, o bien únicamente detectables por satélite, como la luz zodiacal o los cinturones de irradiación que rodean el Globo.

Si las cartas de los antiguos reyes del mar representan la Tierra, quizás otras inscripciones, u otros monumentos, representen la geometría visible e invisible del sistema solar.

Desde este punto de vista, resulta interesante examinar a qué corresponde esta división en doce del círculo, que suele aparecer con frecuencia, en particular, en las cartas de Piri Reis, y que se atribuye tradicionalmente al Zodíaco. El Zodíaco es, sin duda, una mitología que no responde a nada: porque, en efecto, el eje de la Tierra ha basculado desde los tiempos de la civilización babilónica, y los signos zodiacales ya no corresponden a la realidad física.

Pero no está prohibido buscar una explicación más sencilla. El planeta Plutón no corresponde a las deducciones teóricas que permitan prever la existencia de un décimo planeta, más allá de Neptuno. Pero quizás existe ese décimo planeta, y aun dos más, a mayor distancia. Si el sistema solar posee doce planetas, lo que sería de fácil comprobación para seres que lo observasen hace tiempo desde el exterior, parece bastante natural que esta revelación haya llevado a los terrícolas a dividir en doce, primero el cielo, y más tarde, el círculo en general.

La división en 360 grados se impuso como consecuencia, por razones de facilidad de cálculo; así lo demuestran los estudios sobre las matemáticas babilónicas.

Sería de interés volver a examinar los problemas de las cartas de marear a la luz de nuestros conocimientos más recientes sobre el sistema solar. Sería muy importante, a mi

juicio, trazar una carta del sistema solar con las tres lunas de la Tierra —he dicho tres: las otras son dos nubes de polvo, al principio previstas teóricamente, más tarde observadas y fotografiadas, los cinturones de irradiaciones, los diversos satélites de los planetas, el viento solar; y comprobar, después, si existe correspondencia entre esa carta y las varias cartas que conocemos del sistema solar. Si puede ser establecida una sólida correlación entre la estructura invisible, pero ya conocida, del sistema solar, y una carta antigua, tendremos la prueba de un contacto exterior o de la existencia de una antigua civilización adelantada.

El propio Piri Reis se designa a sí mismo como un «pobre copista» en las notas que acompañan a su obra, que reproduce mapas antiguos ya en los tiempos de Alejandro Magno. Es evidente que no se le pueden pedir conocimientos de astrofísica, cuando ignora incluso que la Tierra es redonda. Pero esto no es obstáculo para que quienes en su origen trazaron esas cartas tuvieran tales conocimientos. Según recientes estudios de Strachan, en el MIT, parece cierto que estaban familiarizados en la conversión de las coordenadas rectangulares en coordenadas polares.

Obsérvese que en las cartas de marear originales de Piri Reis aparecen constelaciones. Así, por ejemplo, en el lugar de la carta, en la Antártida, donde figura representada la región de la Reina Maud, se indica la constelación de la Serpiente, visible en el hemisferio Sur sólo en la latitud $70/72^\circ$, es decir, exactamente la latitud de la Tierra de la Reina Maud. Cerca de la costa argentina, figura, en el mapa, la constelación Navío Argos. En el centro del Brasil, la constelación de Tauro; y, hacia el Sur, vemos un lobo, del que nos preguntamos si significa una constelación u otra cosa.

El estudio de la relación entre el cielo y la carta de Piri Reis debería ser continuada, pero, por desgracia, el sabio

que principalmente se ocupaba de ello, Archibald T. Robertson, de Boston, murió hace poco. También sería interesante examinar, para tratar de descubrir en ellos mensajes secretos, los numerosos poemas de Piri Reis.

En términos generales, el «caso» de Piri Reis no ha hecho más que empezar y tendrán que ser consideradas muchas otras coincidencias. Yo no puedo creer, por ejemplo, que haya sido debido sólo al azar el hecho de que el principal historiador de Piri Reis, en el siglo XIX, fuera Von Hammer, que fue, asimismo, el historiador o cronista de la Orden de los Asesinos. La Orden de los Asesinos pretendió siempre poseer informaciones precisas sobre la estructura exacta de la Tierra y sobre otras tierras desconocidas.

Piri Reis pudo haber sido el heredero de una tradición distinta de las que han tomado cuerpo en los libros de Historia. Debería ser obligada una comparación entre los libros de Von Hammer y cuanto conocemos en el siglo XX sobre historia invisible.

De todas maneras, debería ser comprobada la forma cómo se transmite la información más allá de una cierta duración de años, en la Historia clásica. La destrucción de bibliotecas y de material impreso ha sido mucho más considerable de lo que uno suele imaginarse. En 146 a. d. J. C., los romanos, al destruir Cartago, incendiaron una biblioteca de quinientos mil volúmenes. Destrucciones sucesivas redujeron a la nada la biblioteca de Alejandría, la última y definitiva hecha por los árabes después de conquistar Egipto en el siglo VII. En Rusia, la enorme biblioteca del zar Iván *el Terrible* desapareció sin dejar rastro. Dejo al profesor Agrest la responsabilidad de la hipótesis de que fueron los extraterrestres quienes se llevaron esa biblioteca para documentarse sobre los acontecimientos de la Tierra. Todo es posible, sin duda, pero incluso escritores soviéticos favora-

bles a Agrest como es el caso de Igor Mochenko en su libro *Veintisiete milagros de más*, opinan que va demasiado lejos.

En cualquier caso, puede estimarse que sólo han llegado hasta nosotros menos de un cinco por ciento de los documentos, tratados, etc., de más de tres mil años de antigüedad. Quiero decir que «estén a la disposición de todos». Por mi parte, estoy dispuesto a considerar con todo respeto a quienes van a consultar documentos en monasterios inaccesibles del Tibet, a pesar de que esos monasterios no figuren en el mapa muy detallado que los chinos hicieron del Tibet. Por lo general, esta clase de información no sirve para nada.

Ciertos documentos aún no han sido encontrados: la historia de los manuscritos del mar Muerto nos lo demuestra. Pero, en su conjunto, la antigua tradición se ha perdido. Por ello resulta tanto más interesante analizar a fondo los documentos en que podemos depositar alguna confianza y los monumentos existentes. Y también es preferible limitarse a este género de informaciones para evitar ser fácilmente engañados por comentaristas poco serios e incluso delirantes, o por gentes que confunden la cienciaficción con la divulgación científica.

La mitad, por lo menos, de los comentaristas de la ciencia soviética, por ejemplo, confunden los relatos de cienciaficción y los artículos de divulgación que aparecen en URSS en los mismos periódicos; presentan, después, como un gran descubrimiento científico las fantasías de un relato de ficción.

Incluso en los Estados Unidos han ocurrido incidentes de esta clase, aunque allí las revistas de divulgación científica jamás publiquen narraciones de cienciaficción. Lo que no impide que algunos de estos autores digan que tal relato de cienciaficción «procede de una firma conocida en una revista científica».

Cuando se posee, en cambio, un conjunto tan rico en informaciones como los portulanos o las figuras de Nasca, me parece que se impone un análisis tan profundo como el que se prevé para las señales procedentes del espacio.

LA TERRAZA DE BAALBECK

Los misteriosos bloques de Baalbeck, en el Líbano, son enormes trozos de roca toscamente labrados. Alcanzan, a veces, veinte metros de longitud y llegan a pesar mil toneladas. Fueron elevados hasta una altura de siete metros. En el fondo de la cantera queda un bloque aislado, aún no totalmente desprendido de la roca: mide veintiún metros de largo, cuatro metros ocho de alto y cuatro metros dos de ancho.

Para desplazarlo hasta el lugar donde se encuentran los restantes bloques hubiera sido necesario el esfuerzo unido de cuarenta mil hombres.

Éstos son hechos bien comprobados ya desde 1896. Pero el inconsciente colectivo de la Humanidad tiene pozos tan inexplorados como el «Smithsonian Museum», y nadie se preocupó gran cosa por este problema. Como máximo, algunos «iniciados», mientras saboreaban su ajenjo en los cafés de París, a fines del XIX, afirmaban gravemente que los «Señores» habían colocado estos bloques en el lugar donde se encuentran, utilizando la fuerza única de su mente.

El asunto de Baalbeck cobró interés súbitamente cuando yo traduje al francés y publiqué los trabajos del profesor ruso M. Agrest. Éste afirma que la terraza de Baalbeck era el lugar de despegue de navíos interplanetarios o interestelares propulsados por energía nuclear. En tal caso, los

bloques servirían como broqueles biológicos para proteger a la población civil contra la irradiación producida en el momento del despegue. Esas astronaves partían de una base extraterrestre, exploraban el sistema solar y, después, regresaban para unirse a un aparato más importante que giraba en los extremos del sistema. Todo esto causó viva sensación en el mundo entero, sensación que aún perdura. La última vez, en 1968, que mantuve correspondencia con Agrest, éste me informó que partía «en misión especial» y que habría novedades. Esperemos a ver. Entretanto, lo cierto es que la hipótesis de Agrest merece ser considerada con atención.

No es menos cierto que los bloques presentan huellas de sierra. Se estimó que estas huellas podrían utilizarse para oponer una objeción concluyente a la hipótesis de Agrest. Pero no es cosa tan sencilla: los bloques, abandonados después de haber sido cortados con láser, pudieron muy bien ser trabajados de nuevo con métodos primitivos en la época romana. Podemos imaginar que por el hecho de estar rodeados estos bloques de un aura de terror sagrado fueron precisamente utilizados de nuevo en la construcción de templos.

Después de la caída del Imperio romano, y tras la partida de los cristianos, los árabes atribuyeron la construcción de Baalbeck a los yinns evocados por el rey Salomón. Esta leyenda, por ser posterior a la construcción y reconstrucción del templo, no nos resulta de ninguna utilidad.

¿De qué otras certidumbres disponemos? En primer lugar, está el nombre de Baalbeck, o Baal beck, que significa la ciudad de Baal. Pero el templo primitivo, acaso anterior a los bloques, no fue un templo dedicado a Baal. Estaba consagrado a Haddad, dios arameo del rayo, el trueno y los temblores de tierra. Los arqueólogos serios nos dicen que los romanos cortaron estos bloques para construir en for-

ma muy sólida, puesto que la comarca estaba sujeta a los temblores de tierra. Otros, menos serios, dicen que la tradición de los temblores de tierra en esta región se basa en el recuerdo de otras explosiones, acaso atómicas.

He aquí que encontramos tres enlosados cubriendo los subterráneos de un templo. Los romanos eran lo bastante buenos ingenieros para no debilitar una construcción perforando debajo subterráneos enormes, lo que hubiese sido la mejor manera de provocar una catástrofe en caso de temblor de tierra. Por esto resulta difícil confirmar la aludida explicación por la solidez necesaria a los fundamentos del templo.

Por lo que se refiere al cuarto enlosado, no se adivina por qué razón hubiera sido abandonado. La versión oficial nos dice que los romanos se dieron cuenta en el último momento de que no conseguirían transportarlo. Esto es risible. ¿Por qué hubieran esperado veinte años, tiempo mínimo necesario para la talla de este enlosado, hasta advertir que no podrían desplazarlo? Tanto más cuanto que para el templo de Júpiter, en la misma Baalbeck, que ellos llamaban Heliópolis, los romanos llevaron de Assuán cincuenta y cuatro columnas de granito. Estas columnas bajaron el Nilo en balsas y, para pasarlas a través de las montañas del Líbano, los romanos las colocaron en lechos cilíndricos de madera que ellos hacían rodar. Lo que quiere decir que estaban perfectamente al corriente de lo que podían o no podían transportar.

La hipótesis de Agrest, que explica la presencia de estas losas por el abandono brusco del trabajo por parte de los extraterrestres, obligados a marcharse por determinadas razones, astronómicas o de otro género, parece mucho más plausible.

Cierto número de las columnas romanas de Baalbeck

fueron arrebatadas por los cristianos y colocadas en la iglesia de Santa Sofía, en Constantinopla. No llegaron, naturalmente, a apoderarse de las locas, que no hubieran podido transportar.

A propósito de la relación entre Baalbeck y Constantinopla, señalemos que, en el año 673 de nuestra Era, el arquitecto Kallinikos, huyendo de Baalbeck, llegó a Constantinopla portador de la fórmula secreta de un arma terrible: el fuego griego. Comunicó esta fórmula al emperador Constantino IV. Esta arma, un producto viscoso que ardía en contacto con el agua, no ha podido ser nunca reproducida, ni siquiera por los especialistas modernos del napalm. Los griegos la utilizaron contra los árabes en 674 y en 716; después, los rusos en 941 y en 1043. El arma era terriblemente devastadora: en la batalla de 716, ochocientos navíos de guerra árabes fueron totalmente destruidos. Los griegos divulgaron la leyenda de que los secretos de este arma fueron revelados por un ángel al emperador Constantino I. Sólo en nuestra época hemos llegado a conocer la historia del viaje de Kallinikos. No fue un alquimista, sino un arquitecto que *hacía excavaciones*. Por lo que vemos, el secreto de las losas está lejos de ser el único secreto de Baalbeck.

Tampoco debemos olvidar que, no muy lejos de Baalbeck, en Bagdad, han sido encontradas pilas eléctricas fechadas en el siglo II de la Era cristiana. Decididamente, hubo en esa región una infiltración técnica sorprendente.

El templo construido sobre las losas de Baalbeck fue considerado durante siglos como un templo del futuro. Los emperadores romanos iban allí para recibir predicciones con frecuencia nefastas, pero que se cumplían. Después, Baalbeck cambió su nombre por el de Heliópolis, lo que no deja de ofrecer numerosas correlaciones esotéricas.

El emperador Antonino Pío (138-161 d. d. J. C.), fue quien

ordenó la sustitución del antiguo templo de Júpiter por uno nuevo que comprendería las tres losas gigantes que los especialistas en arquitectura bautizaron con el nombre de Trilitones. Ningún documento de esta época nos indica con certeza si las losas fueron talladas en tiempos de Antonino Pío, si formaban parte del antiguo templo, o si procedían de una antigüedad más remota. Que yo sepa, no ha sido utilizado para estas losas ninguno de los métodos modernos de fechado, termoluminiscencia o paleomagnetismo.

Mi eminente amigo, el profesor François Bordes, que los lectores de cienciaficción conocen bien bajo el nombre de Francis Carsac, me asegura que dos modernos métodos de investigación permiten encontrar agujeros producidos por estacas de tienda de hace más de veinte mil años¹. Me inclino humildemente ante la precisión de tales métodos y me gustaría que fueran utilizados para fechar las losas de Baalbeck. Mientras no se haga esto, considero que la hipótesis propuesta por Agrest debe ser mantenida.

Uno quisiera saber más sobre el tesoro de Baalbeck, formado sobre todo según los libros de época, por cierto número de piedras negras sagradas. Estas piedras negras son generalmente meteoritos, como la famosa piedra de Kaaba en la Meca. Mahoma, que destruyó un gran número de ídolos, perdonó la piedra negra, que era objeto de veneración desde tiempo inmemorial. Otra piedra negra envuelta en los vestidos de ceremonia de una momia fue descubierta en México. Otra continúa siendo venerada en nuestros días en la India y cubierta de flores. Personalmente, me inclino a relacionar estas piedras negras con registradores. Y sería curioso saber si se van a encontrar también en la Luna.

A fin de cuentas, y contrariamente a lo que se ha dicho

¹ Incluso me ha enviado uno de sus trabajos sobre este tema: «Emplacement de tente périgordien supérieur au château de Cordiac, près Bergerac, Dordogne.» (La revue des Musées de Bordeaux, 1968.)

con frecuencia, nada prueba que las losas de Baalbeck hayan sido talladas por los romanos o por cualquier raza conocida. Evidentemente, es posible que la explicación de Agrest sea ingenua, pues siempre es imprudente atribuir a extraterrestres o a seres muy antiguos conductas o motivos fundados en la tecnología según la conocemos en el siglo xx. Nada prueba que las Inteligencias, o las razas que las sirvan, utilicen aeronaves ni la energía nuclear. Puede que posean técnicas menos primitivas. Y tanto la construcción como el uso de las losas de Baalbeck pueden responder a conceptos que nos escapan en su totalidad.

Sea como fuere, lo cierto es que los romanos carecían de aparatos para levantar y manipular a gran distancia losas de mil toneladas. Sin duda, encontraron estas losas en las inmediaciones del sitio donde levantaron el templo. En cuanto a saber quién, en su origen, fabricó estas losas, puesto que el uso de la sierra data de los romanos, ya es otro cantar.

Es de desear que sean efectuadas en la región excavaciones. Porque la conservación de secretos durante largo tiempo es una característica del Próximo Oriente. Ya conocemos la historia de los manuscritos del mar Muerto. El caso de las pilas eléctricas resulta aún más subyugante.

Unas primeras pilas fueron descubiertas en 1936 en Juyut Rabu, cerca de Bagdad. Otras diez fueron halladas más tarde en Ctesifonte. La mención de estas pilas en *El retorno de los brujos* provocó enorme curiosidad y dio lugar a una encuesta. La encuesta nos permitió saber que si bien las pilas descubiertas procedían del siglo II de nuestra Era, orfebres de Bagdad utilizaban un procedimiento análogo a principios del siglo xx. El secreto había sido bien guardado.

Estos orfebres continuaban, sin embargo, efectuando el dorado electrolítico, utilizando la corriente del sector y un transformador.

Por ello es interesante examinar de nuevo los otros fenómenos registrados en la región. No hablaremos a este respecto de la Biblia, pues ya se ha escrito un libro: *La lune, clé de la Bible*, por Jean Sendy. Digamos tan sólo que las ruedas de Ezequiel merecen el examen detallado que de ellas se está haciendo en la actualidad, pues su descripción hace pensar mucho en un aparato volador dirigido.

En cambio, es interesante hablar de nuevo de la versión eslava del *Libro de Enoch*. El *Libro de Enoch* es un libro apócrifo que no se admite como formando parte del Antiguo Testamento. Aparece en Occidente en el siglo xviii, pero ya antes se le encuentra, en diversas fechas, en los países eslavos, y la más antigua se sitúa por los alrededores del siglo x. En este libro nos cuenta Enoch: *Recibi la visita de dos hombres de gran estatura, como jamás los vi sobre la Tierra. Sus semblantes brillaban como el sol, y sus ojos eran como lámparas ardientes. Y el fuego brotaba de sus labios. Sus vestidos parecían como de plumas. Sus pies eran de púrpura. Sus ojos brillaban más que la nieve. Me llamaron por mi nombre. Enoch visita así siete mundos distintos del nuestro. Ve en ellos seres que vuelan, con cabeza de cocodrilo y pies y cola de león. En el séptimo mundo encuentra al creador de los mundos en persona, que le explica la formación de la Tierra y del sistema solar. Determinados sabios soviéticos opinan que esto puede tratarse del relato deformado de la visita de unos extraterrestres a la Tierra, y del regreso de un hombre que viajó con ellos. E insisten sobre el hecho de que Enoch afirma que, para él, el viaje duró pocos días, si bien a su regreso a la Tierra, advirtió que habían transcurrido varios siglos. Esto es lo que la relatividad explica como un viaje interestelar efectuado a una velocidad parecida a la de la luz. Y el libro de Enoch, incluso aceptando la fecha del siglo x, aun admitiendo que no sea*

contemporáneo de la Biblia, se publicó mucho antes de que se descubriera la relatividad.

Los cálculos realizados por el astrofísico americano Carl Sagan nos demuestran que, en principio, las visitas interestelares podrían tener una frecuencia aproximada de mil años. Por mi parte, siento algún escepticismo ante tales cálculos, porque se basan en la velocidad mínima de la luz y no creo que ese límite sea una ley natural invariable ni que pueda aplicarse con rigor a una civilización superior a la nuestra.

No puede excluirse, en todo caso, la posibilidad de que el *Libro de Enoch* no contenga la descripción de los visitantes de Nasca, de quienes trazaron las cartas de Piri Reis, de quienes cortaron las losas de Baalbeck. Cuando conozcamos de verdad el contenido de los manuscritos del mar Muerto, de los que ninguna versión no censurada ha sido publicada hasta hoy, sabremos probablemente más sobre la guerra interplanetaria entre las fuerzas de la Luz y las fuerzas de las Tinieblas de que nos habla el Maestro de Justicia.

Los manuscritos nos dicen, al parecer, que se trata de un combate librado en el cielo, más allá de la órbita de la Luna. Pero, en el actual estado de cosas, nos faltan elementos en que basar una opinión fundamentada.

Tampoco podemos excluir la posibilidad de que sean encontrados en cavidades de la región manuscritos y objetos dejados por los extraterrestres. El sabio americano Frank Drake opina que habrá en dichas cavidades isótopos radiactivos, de forma que sólo puedan ser descubiertos por una civilización muy avanzada. Razón de más para esperar que la bomba atómica, que contaminaría en el plano radiactivo a toda la región, no llegue a ser nunca utilizada en el conflicto del Próximo Oriente.

En el estado actual de la arqueología es difícil conocer

las relaciones que pudieron existir entre Baalbeck y las ciudades perdidas de Arabia, contemporáneas del primer templo, hace aproximadamente unos 4.000 años. Digamos que, por el momento, el desierto de Rub el Jali continúa casi totalmente inexplorado.

Según Silaki Ali Hassan, un erudito árabe contemporáneo, existiría en el desierto una población desconocida, El Yafri, construida con enormes bloques ciclópeos como los de Baalbeck. Ningún infiel llegó jamás allí. No la confundamos con la ciudad maldita de Irem, de Lovecraft, puesto que éste murió cuatro años antes de que las primeras revelaciones de Silaki Ali Hassan aparecieran publicadas en los Estados Unidos.

Philby, padre del espía del mismo nombre, en su viaje a través del desierto de Rub el Jali, pretende haber pasado a menos de 500 km de El Yafri y haber hablado con árabes que conocían la ciudad. Está prohibido sobrevolar esta región, pero puede que los satélites tomen una foto de la ciudad perdida. En el desierto de Hadhramaut (nombre que significa la «muerte verde») han sido hallados rascacielos pertenecientes a una civilización desaparecida.

En esta región de Wadi Hadhramaut existieron varias civilizaciones desaparecidas. Sobre una de ellas por lo menos, la de la Arabia Feliz, que se desarrolló entre el siglo II a. d. J. C. y los primeros siglos de la Era cristiana, poseemos, desde 1969, algunas certidumbres. Se ha encontrado un templo llamado de Mahram Bilquis, bastante comparable con el de Baalbeck, la ciudad de Timna y muchos otros centros. En Hadhramaut se han advertido algunos lugares prehistóricos, algunos con setenta y cinco mil años, y, apesar de la dificultad de las búsquedas en un país en plena guerra civil, se han localizado más de cien. De ellos salieron civilizaciones que desaparecieron sin dejar rastro alguno, por lo menos,

según los datos de que disponemos hoy en día.

Hacia el año 1500 a. d. J. C., vemos aparecer bruscamente en la región una civilización semita, que vivía, sobre todo, de la exportación de incienso, del que el mundo antiguo hacía un fantástico consumo. Con ocasión de los funerales de Popea, esposa de Nerón, ardió con sus restos la producción de incienso de todo un año en la Arabia Feliz. Como la producción era inferior a la demanda, los precios eran elevados, y el niño Jesús, junto con el oro y la mirra, recibió incienso. Las flotas del rey Salomón, que salían de Eziongeber con tripulaciones fenicias, llevaban el incienso al mundo entero. Según demuestran las excavaciones, hacia el primer milenio a. d. J. C., la Arabia Feliz comprendía cinco reinos: Saba, Quatabán, Hadhramaut, Ma'in, Hausan. Estos reinos estaban gobernados por sacerdotes brujos, los Mukkarib. La existencia de tales reinos y de sus señores es un hecho demostrado, lo que resulta raro en esta región. Poseían un lenguaje escrito con un alfabeto semita, conocían la cerámica y la metalurgia, construyeron enormes canales e importantes presas, en particular, la de Marib. Sus inscripciones nos explican leyendas relativas a Rub el Jali, a sus desaparecidas ciudades ciclópeas y a sus civilizaciones perdidas. Pero no parece que los habitantes de la Arabia Feliz se atrevieran a explorar la región. Su civilización parece que tuvo pocos contactos con el Próximo Oriente clásico. Allí hubo sucesivamente un reino judío, una ocupación etíope, después una ocupación persa, y, por fin, ocurrió el hundimiento del que ignoramos las causas.

Las búsquedas continúan y acaso nos permitirán conocer algún día los exactos motivos de la desaparición de la Arabia Feliz. Ciertos especialistas, como es el caso de Gus W. van Beck, creen que se debió a una enfermedad. Otros reconocen su ignorancia.

El Islam se apoderó después de esta región, pero no hizo allí ninguna investigación arqueológica. En todo caso, los cinco reinos de la Arabia Feliz vivieron en paz entre ellos y sus ciudades no estaban fortificadas. No fue, pues, la guerra la causa del hundimiento.

Han sido halladas y se encuentran en curso de traducción varios millares de inscripciones. La mayoría de los templos están dedicados al Sol o a los planetas, y, detalle ciertamente curioso, los creyentes que iban al templo debían, antes de entrar en él, atravesar una piscina llena de agua. En términos generales, el agua no faltó en esta región hasta la destrucción de la presa de Marib, en el siglo VI de nuestra Era. Se encontraba ya en pleno período de decadencia, debida evidentemente a causas económicas: el cristianismo consumía mucho menos incienso que las antiguas religiones. Los historiadores marxistas de la Arabia Feliz insisten, naturalmente, sobre este echo, que nos parece insuficiente para explicarlo todo. En todo caso, la decadencia precedió a la llegada del Islam, en el siglo VII, y aquél no puede ser considerado como responsable de la misma.

Los mapas de la región nos demuestran que los cinco reinos estuvieron situados muy cerca de las costas del mar Rojo y del golfo de Adén. Hoy, sólo algunos nómadas penetran en Rub el Jali y lo que nos explican no es muy digno de crédito. Las constantes guerras civiles en la región impiden prácticamente sobrevolarla. Si, según los relatos de los nómadas, puede pensarse que existen en Rub el Jali grandes ciudades ciclópeas hechas con bloques parecidos a los de Baalbeck, aún no tenemos ninguna prueba de ello. Acaso nos la proporcionarán las inscripciones halladas cuando hayan sido traducidas y hecho público su contenido. En este momento, la desaparecida civilización de la Arabia Feliz es

muy poco conocida y, según los expertos, la menos conocida del Próximo Oriente.

Los rascacielos que existen aún en las ciudades de Hadhramaut permiten que nos hagamos una idea de lo que pudieron ser las ciudades de los cinco reinos. Tienen una altura de nueve pisos, y los tres primeros están fortificados y no poseen ventanas, sino aspilleras. En estos primeros pisos estarían almacenados los víveres y las armas. Los pisos habitables empiezan en el cuarto y llevan ventanas. Las calles son muy estrechas. Si un rascacielos se hunde, se le reconstruye exactamente igual. En el siglo XX, los habitantes emigran en gran número, a la India o a Singapur.

Según los textos árabes, estos rascacielos son imitaciones a escala reducida de los de las ciudades perdidas de Rub el Jali. Quizá sí. Entretanto, separados del mar por 200 km de uno de los más terribles desiertos del mundo, se alzan hacia el cielo, parecidos a HLM¹ modernos, de color rosa o blanco. Se ha dicho de ellos que son el más extraño espejismo del mundo: un espejismo que existe. Hasta allí llegan, no obstante, caravanas que atacan los bandoleros, los revolucionarios o los ejércitos gubernamentales.

Si no se cree en las ciudades perdidas de Rub el Jali, podemos imaginar que son los rascacielos de Hadhramaut quienes dieron a los árabes, siempre propicios a las leyendas, la idea de las ciudades perdidas. Pero estas leyendas resultan demasiado persistentes para admitir semejante explicación. Mientras desde el cielo no se haya fotografiado Rub el Jali, kilómetro cuadrado por kilómetro cuadrado, no podemos negar *a priori* la existencia de un segundo Baalbeck.

Este, como el primero, debió de ser construido por un

¹ Siglas de «Habitation à loyer modérés».

reino anterior al de Saba, en posesión de medios tecnológicos que le permitirían manipular piedras enormes, o bien que estuvieran en relación con seres que poseían tales medios. La presa de Marib sería una supervivencia de tales técnicas.

El reino de Saba, admitiendo incluso las teorías más aventuradas, no se remonta más allá de 2 000 a. d. J. C. El Imperio, o la organización social que le precedió, debe remontarse a unos 5 000 años a. d. J. C. Puede ser que las ciudades perdidas, legendarias hoy, fuesen el centro de este Imperio. Sea como fuere, sólo se encuentran en Baalbeck y en la presa de Marib ejemplos de manipulación de estos enormes bloques.

Estas técnicas están completamente olvidadas, y la Arabia de hoy es el país de la sed. Los historiadores islámicos jamás nos hablaron de las enormes presas y de los fantásticos canales de la Arabia Feliz. Los mismos romanos parecen haber olvidado las unas y los otros. Se trata, ni más ni menos, de una civilización perdida, de una civilización anterior al camello, anterior al dátíl y, no hay que decirlo, al propio Islam. Una civilización que encontró la manera de tener en el desierto toda el agua que necesitaba y que poseía una tecnología que los conquistadores sucesivos, etíopes, persas, árabes, fueron incapaces de imitar. Estos conquistadores se encontraron en la situación de los marcianos de varias novelas de cienciaficción: herederos de una red de canales que ellos son incapaces de poner en marcha, porque tales canales fueron construidos por una poderosa civilización desaparecida. La Historia se parece a la cienciaficción con más frecuencia de lo que uno se imagina.

El aislamiento de esta civilización con respecto a las demás civilizaciones contemporáneas no tiene nada de sorprendente: sólo Etiopía estaba en condiciones de mantener rela-

ciones marítimas con esta región. Por eso, su hundimiento no llamó la atención, y sólo desde 1961 se puede hablar de excavaciones sistemáticas; queda aún mucho por hacer. Ello merecería la pena aunque no fuera más que para determinar el sitio exacto del contacto con una civilización y una tecnología superiores. Este contacto pudo muy bien haber tenido lugar en Baalbeck, pero Baalbeck puede también haber sido un lugar de contacto secundario, dependiente de otro principal que se hallaría en Rub el Jali. Cierta número de textos árabes están de acuerdo en citar, en el siglo I d. d. J. C., un superrascacielos levantado por un rey en Ghumdan, en el Yemen. Según parece, este rascacielos no ha sido hallado. Dicen las crónicas que todo un pueblo, perseguido por los nómadas, podía encontrar refugio en él. Este imponente edificio tenía veinte pisos y estaba construido con granito, pórfido y mármol. En pleno desierto árabe y en el siglo I de nuestra Era, tal arquitectura resulta sorprendente y nos recuerda singularmente la tecnología de Baalbeck. Si llega a encontrarse este rascacielos, será interesante ver si contiene inscripciones, identificar el granito que se utilizó en su construcción para verificar si procede de la región de Baalbeck o de las canteras de Assuán; saber, en fin, si hubo un observatorio en lo más alto del edificio.

Esto nos permitiría comprobar si los constructores de aquél se interesaban también por las cosas del cielo. Uno de los aspectos curiosos de las civilizaciones de la Arabia Feliz es que, mientras no estimularon en modo alguno a los visitantes extranjeros, enviaron misiones comerciales hasta muy lejos, posiblemente hasta China. Importaban cerámica, objetos de bronce y tazas del sur de Rusia. Es una pena que no exportaran documentos referentes a su Historia. Acaso lo hicieron y estos documentos ardieron con la biblioteca de Alejandría.

Varios centenares de miles de libros de esta biblioteca fueron arrebatados por Julio César en el año 48 a. d. J. C. Más tarde, la biblioteca fue incendiada en 272, 295 y 391 de nuestra Era. Quedaron aún muchos libros, un millón acaso, en forma de rollos. Los musulmanes los echaron al fuego en el año 646. Los cristianos se vengaron, a su vez, arrojando a las llamas no menos de cien mil rollos árabes cuando la toma de Trípoli en 1109. Es muy posible que buen número de rollos escritos en alfabeto semita y parecidos a los milares de inscripciones que nos quedan de la Arabia Feliz y podemos descifrar, desaparecieran en las llamas. Al aludido lenguaje se le denomina semítico meridional. Está escrito en muy hermosos caracteres y todas las inscripciones ofrecen un aspecto artístico.

Quizás algunos de esos rollos se encuentren aún en Baalbeck y sean descubiertos algún día. Ello nos revelará el secreto del troceo de las losas gigantes, el secreto del fuego griego y tantos otros.

Los secretos del uso de las disponibilidades locales con respecto al agua han sido desvelados en su casi totalidad. Consistía en la recuperación íntegra de las lluvias, raras, pero torrenciales, en la región. Canales de barro cocido impedían la filtración del agua en el suelo, distribuían esas lluvias torrenciales en derivaciones primeras, en otras después, en unas terceras, etc. Las presas ayudaban a esa distribución cuando tenía lugar, pero no servían para conservar el agua. La de Marib regaba cuatro mil acres de tierra. Además, un sistema de pozos, en conexión con el conjunto de canales, proporcionaba un suplemento de agua, débil, pero no negligible. Resulta muy difícil creer que un sistema tan complejo haya podido ser elaborado sin conocimientos matemáticos. Conocimientos de este mismo género eran también necesarios para la navegación.

Y, no obstante, ninguna huella de las matemáticas en la Arabia Feliz ha llegado hasta nosotros, aunque conocemos bastante bien las matemáticas babilónicas. Lo que prueba, una vez más, que todo el conjunto de ciencias y técnicas de una civilización puede desaparecer un día. Todavía en nuestros días el sistema de irrigación de la Arabia Feliz no ha sido restablecido. Lo será cuando se instale en el mar Rojo o en el golfo de Adén una fábrica que convierta en dulce el agua del mar. Esta instalación podría entonces distribuir el agua dulce a través del antiguo reino de Saba y por toda la región, que así, con un coste relativamente pequeño, se convertiría de nuevo en un país próspero y fértil.

Llegará día en que las guerras locales terminen y en que se pueda realizar la exploración metódica de la región. Por medio de satélites, aviones y helicópteros, primero; después, mediante vehículos volantes sobre almohadillas de aire, aparatos perfectos para el desierto. Llegado este día, el misterio de las losas gigantes de Baalbeck dejará de serlo, y las pruebas de una relación entre Baalbeck y las civilizaciones de la Arabia Feliz será un primer paso para la solución de los misterios en esa región.

Un segundo paso podría consistir en la exploración de Rub el Jali, donde podría encontrarse quizás una gran ciudad que no hubiera sido totalmente saqueada. Baalbeck lo fue, y aún más, Babilonia. Lo fue de tal modo, tanto por los habitantes para construir sus casas como por los arqueólogos que arrebataron los tesoros para llevarlos a los museos europeos y americanos, que, prácticamente, ya no queda nada. Después, los indígenas se han dado cuenta del valor de los viejos documentos, como lo demuestra la aventura de los manuscritos del mar Muerto. Cualquier nueva fuente de objetos antiguos es inmediatamente saqueada en cuanto se la descubre.

Si aún fuera posible encontrar un poblado inaccesible que no hubiera sido saqueado y confiar las excavaciones a una comisión científica internacional, tendríamos, quizá, sorpresas al lado de las cuales el descubrimiento de las tumbas egipcias sería de poca importancia.

Se encontrarían quizás inscripciones como la de Behistun, que, afortunadamente, aparece redactada en tres lenguas: el viejo persa, el babilonio y el elamita. Esto permitió, en 1802, descifrar, primero, esta inscripción, y, más tarde, muchas otras similares. En 1948, se consiguió no sólo fotografiar la referida inscripción, sino incluso sacar vaciados de ella. Algunas inscripciones de este género nos permitirían quizá desvelar los múltiples secretos de Baalbeck.

Porque no se trata, y esto es lo que quise demostrar en este capítulo, tan sólo de Baalbeck. Se trata de un conjunto de tecnologías superiores que se mezclan, como ocurre con frecuencia, con un conjunto de leyendas. Tratándose de Baalbeck y del complejo hidrológico de la Arabia Feliz, uno advierte grandiosas manipulaciones de la piedra y del barro cocido, sin ninguna finalidad artística, pero usando medios técnicos comparables con los nuestros, y, a veces, superiores.

Incidentalmente, permítaseme decir que me consideraría muy dichoso si viera una foto aérea del sistema hidráulico de la Arabia Feliz. Desde luego, tal fotografía no existe ni puede existir. Pero, no obstante, me hubiese gustado saber si, uniendo lo útil a lo agradable, aquellos que realizaron este sistema de canales no enviaron al mismo tiempo hacia el cielo una señal parecida a la de Nasca. Es posible que algún día pueda ser trazado un detallado mapa de este sistema; por el momento, sólo lo hicieron, en lo que al sistema existente alrededor de la presa de Marib se refiere, Richard Le Baron Bowen y Frank P. Albright, pero es probable que,

algún día, sea efectuada en su totalidad. Será entonces muy interesante compararla con las figuras de Nasca.

A propósito de H. P. Lovecraft

Este libro es una relación de hechos comprobados en la mayor extensión posible. Ahora bien: entre sus lectores se encontrarán, sin duda, apasionados de la ciencia ficción deseosos de saber qué relación existe entre los misterios que acabamos de exponer y los mitos creados por Lovecraft y que se refieren a la misma región.

Lovecraft alude, en más de una ocasión, a la ciudad perdida de Rub el Jali, que él llama Irem. La constituyen, según su descripción, bloques ciclópeos, y destaca en ella un arco sobre el cual ha sido esculpida una mano gigantesca. Esta mano, según Lovecraft, trata de alcanzar la famosa llave de plata que abre la puerta de los otros Universos.

También en Arabia, según Lovecraft, vivió el árabe demente Abdul al Ahzred, que debió de hacer una enciclopedia de todo lo malo, enciclopedia denominada *Necronomicon*.

Todo esto se relaciona en tal forma con los misterios a que acabamos de referirnos, que aún hoy existen investigadores que piden el *Necronomicon* en la Biblioteca Nacional o en el British Museum.

Intentemos separar lo verdadero de lo imaginario. El propio Lovecraft me escribió en 1935, y lo confirmó después a muchos otros corresponsales, que el *Necronomicon* fue invención suya. Por lo que se refiere a la ciudad perdida, las cosas resultan más complicadas. El colaborador de Lovecraft en *A través de las puertas de la llave de plata*, E. Hoffmann Price, es un gran orientalista, conoce el Islam mejor que nadie y lee en todas las variantes del árabe. Lo cierto es

que proporcionó a Lovecraft una documentación muy sólida, por lo que no puede descartarse que la ciudad de Irem exista, así como también el arco ciclópeo y la mano gigantesca grabada sobre la vuelta.

No es, pues, imposible que cuando Rub el Jali se abra a la exploración, se acabe por comprobar que una parte, por lo menos, del mito de Lovecraft es auténtica.

LOS VISITANTES DE LA EDAD MEDIA

El 13 de agosto de 1491, Facius Cardan, padre del matemático Jérôme Cardan, anotaba la siguiente aventura: *Cuando había terminado con los ritos de costumbre, hacia las veinte horas del día aproximadamente, se me aparecieron siete hombres, que llevaban vestidos de seda parecidos a las togas griegas, y calzados resplandecientes. Llevaban, también, armaduras, y debajo de estas armaduras se veían ropas interiores de color púrpura de una fastuosidad y belleza extraordinarias. Dos de ellos parecían pertenecer a un rango más noble que los demás. El que parecía ser su superior tenía el rostro de color rojo oscuro. Manifestaron tener cuarenta años, pero ninguno de ellos aparentaba más de treinta. Les pregunté quiénes eran, y contestaron que eran hombres en cierta manera formados de aire, y sometidos, como nosotros, a nacer y a morir. Su vida era más larga que la nuestra y podía alcanzar hasta tres siglos. Les pregunté sobre la inmortalidad del alma, y me contestaron que nada sobrevive. Al pedirles por qué razón no revelaban a los hombres los secretos de su sabiduría, contestaron que existía una severa ley que les imponía graves penas en el caso de que revelasen a los hombres cuanto ellos sabían. Permanecieron con mi padre durante tres horas. El que parecía ser su jefe negó que Dios hubiera hecho el mundo para toda la eternidad. Por el contrario, agregó, el mundo era creación de cada*

instante; de manera que si Dios se cansaba, el mundo perecería inmediatamente.

Los visitantes de Facius Cardan parecen haber sido los últimos de una serie que aparecen a lo largo de la Edad Media. Lo que tienen de particular, es que se puede hablar con ellos, que no pretenden ser ángeles en modo alguno, que no aportan ninguna revelación; por el contrario, su actitud se asemeja a nuestro moderno racionalismo. Los visitantes de Facius Cardan niegan incluso la inmortalidad del alma y sostienen una especie de teoría de la creación continua del Universo.

Los alquimistas y los místicos de la Edad Media han intentado evidentemente relacionar a esos visitantes con los varios espíritus de que nos hablan la Biblia y el Corán, pero se trata con seguridad de una elaboración mitológica. De hecho, hubo, al parecer, contactos con seres «fabricados», «hechos del aire», según los visitantes de Cardan. Estos visitantes insisten en las penas a que se exponen si llegan a revelar ciertos secretos.

Esta tradición perdurará hasta el siglo XVIII, en el que, según veremos, llegaron a ser revelados ciertos secretos.

En otras regiones, estos seres se aparecen más tarde que en Europa: a fines del siglo XVIII, en el Japón y a los indios de América del Norte. En esta época, los indios de California nos hablan de seres humanoides, luminosos, que paralizan a las personas con el uso de un pequeño tubo. La leyenda india precisa que las gentes así paralizadas tuvieron la impresión de haber sido bombardeadas con puntas de cactus. En Escocia e Irlanda se habla de apariciones como éstas desde tiempos inmemoriales, hasta el siglo XIX, y a veces, aun en el XX. En el siglo XIX nos encontramos con la huella de un extraño personaje llamado Springheel Jack, luminoso en la noche, capaz de saltar o de volar, y que in-

tentó entrar en comunicación con los hombres. Su primera aparición tuvo lugar en noviembre de 1837 —de la que los testimonios son más seguros y precisos—; otra, el 20 de febrero de 1838, y la última, en 1877. Esta vez, el extraño visitante cometió la imprudencia de aparecerse cerca del campo de maniobras de Aldershot. Dos centinelas disparan, el visitante contesta con una proyección de llamas azules que dejan un olor de ozono. Los dos centinelas se desvanecen. La aparición no será vista ya más.

Quizá se trate de supervivencias. En efecto, la intensidad del fenómeno fue muy superior en la Edad Media, durante la cual prácticamente no transcurría año sin la aparición de extraños seres luminosos. Estos extraños aparecen en todos los relatos como inseparables de la idea del fuego: la noción de energía aún no ha sido descubierta. Cuando se les interroga, contestan invariablemente que no son salamandras ni criaturas del fuego, sino humanos de otra especie.

Resulta tentador atribuirles la extraña serie de incendios que, durante la gran peste de Londres, destruyó súbitamente todas las casas que habían sido contaminadas, evitando así que la epidemia se propagase y acabara con la población de Inglaterra. Sería un interesante caso de intervención bienhechora.

También resulta impresionante el hecho de que estos visitantes aparezcan siempre relacionados, no sólo con el fuego, sino también con poderes más o menos ligados con el fuego, en particular, el poder de transmutación de los metales.

Toda la Edad Media aparece sembrada de leyendas e incluso de la sólida convicción en la posibilidad de firmar pactos con los aludidos visitantes. Por desgracia, nos resulta muy difícil comprender la mentalidad medieval.

La idea racionalista, tan cara a M. Homais, de la Edad

Media como un período de tinieblas, es sólo una caricatura, de la que debemos prescindir. La Edad Media es una época de rápidos progresos, más rápidos quizá que los nuestros, pero en direcciones muy distintas. Hemos perdido la noción de aquel tiempo, la mentalidad de un hombre del año 1000 o del año 1200 y comprender su actitud hacia los visitantes, a quienes él consideraba como formando parte normalmente del mundo en que vivía. Es preciso insistir en que esos hombres de la Edad Media, que creían en los visitantes, eran espíritus esencialmente racionalistas, y nada tenían que ver con la brujería o la Inquisición, fenómenos totalmente distintos. No puede excluirse la posibilidad de que hayan existido contactos e intercambios de informaciones entre estos visitantes y hombres como Roger Bacon, Jérôme Cardan o Leonardo da Vinci. En todo caso, la Edad Media admite prácticamente sin discusión la posibilidad de establecer contactos con seres provistos de armaduras luminosas a los que llaman demonios. La palabra «demonio» no comporta forzosamente los atributos peyorativos del mal, de lo diabólico que hoy tiene en nuestro lenguaje. Nos recuerda más bien el sentido de los demonios de Sócrates, que discutían con él y le sugerían ideas.

Jérôme Cardan, que al parecer reflexionó mucho acerca de la existencia de los demonios e incluso afirma haberlos encontrado, escribe a este propósito: *De la misma manera que la inteligencia de un hombre es superior a la de un perro, la de un demonio es superior a la de un hombre.* John Dee describe detalladamente su lenguaje y su alfabeto. Para estudiar esto último adquiere, en 1562, un manuscrito del tratado de criptografía de Tritemo, que no había sido aún publicado oficialmente. Invirtió diez días en recopiar este manuscrito de su propia mano.

Los demonios, según aparecen descritos en la Edad Media, no hacen proposiciones de poder ni nada tienen que ver con Dios o con el diablo. Al parecer, se interesan particularmente en los progresos de los hombres en filosofía natural, y les animan en la idea de la posibilidad de conocer los secretos del Universo mediante la experimentación. Sólo se manifiestan a hombres muy bien formados y más o menos protegidos contra las acusaciones de magia negra. El fenómeno de estas visitas no parece, pues, tener ninguna relación con la brujería, y, mucho menos, con la magia diabólica.

La Edad Media no se inquieta gran cosa por el lugar de procedencia de los demonios. Algunos pretenden que vienen de algún país desconocido de la Tierra; otros aventuran ideas muy próximas a lo que hoy nosotros llamamos, según el léxico de la cienciaficción, «universos paralelos», es decir, universos desconocidos que coexisten con el nuestro. Por más inverosímil que pueda parecerse, se encuentra esta hipótesis en los textos de la Edad Media, mucho antes de que los matemáticos nos hablaran de una cuarta dimensión. En varias ocasiones, en fin, nos encontramos con la hipótesis de visitantes interplanetarios.

C. S. Lewis, en las notas de su trilogía, se refiere reiteradamente a textos medievales a propósito de seres luminosos y de la relación de estos seres con los planetas. Hasta el presente, no ha sido considerado un nuevo estudio de la Edad Media bajo el aspecto de las visitas extraterrestres. Y, no obstante, se encuentran, al parecer, un número bastante importante de documentos que pueden ser interpretados en este sentido; pero este trabajo, repito, no ha sido hecho. Notemos que, en pleno Renacimiento, Kepler consideraba como lo más natural del mundo hacerse llevar a la Luna por un demonio acogedor que quiere ayudarlo en sus

pesquisas. Este es el tema de su novela de cienciaficción, el *Somnium*, que consideraba como su obra fundamental.

Ya hicimos observar el interés que sienten estos demonios luminosos por la filosofía natural y por la experimentación, que es algo completamente nuevo en la Edad Media. A propósito de este concepto de experimentación, citemos aquí el retrato que nos hace Roger Bacon de su maestro parisiense, Pierre de Mariscourt, que pretendía haber tenido contacto con los demonios:

Se trata de un solitario que teme a la muchedumbre y las discusiones y que rehúye la gloria; le horrorizan las disputas por nimiedades de nombres y siente gran aversión por la metafísica; mientras se discute con ardor sobre lo universal, él se pasa la vida en su laboratorio fundiendo los metales, manipulando cuerpos, inventando instrumentos útiles para la guerra, para el campo y para los oficios de artesanía. No obstante, no es un ignorante: posee obras en griego, árabe, hebreo, caldeo; cultiva la alquimia, la medicina: aprende a usar de sus manos igual que de su inteligencia.

Y es esta nueva mentalidad la que los «demonios» tratan de estudiar. Sólo con gentes de esta clase, y sólo con ellas, procuran establecer contacto. No se trata de pactos, sino de misiones de estudio. Jamás se hablará de estas visitas en los procesos por brujería.

¿Desde cuándo efectúan los demonios su encuesta? Desde largo tiempo; por descontado, desde antes de Jesucristo. Tanto para los gnósticos como Ireneo, como para los cabalistas, los mensajeros de Dios tienen tres atributos:

- la doble faz;
- el vestido de luz;
- la corona del rey de gloria

Este último atributo es un fenómeno relacionado con lo que en el Antiguo Testamento se llama la Gloria del Señor, gloria radiante que nimbaba el Arca de la Alianza y que los no iniciados no tenían el derecho de ver. Este resplandor, así como la luminosa aureola que envuelve al Mensajero, se une en el espíritu de los iniciados a una fuente de luz y de energía de origen extraterrestre, y que Claros, en el siglo III, describió así: *Existe, y se encuentra muy por encima de la envoltura supraceleste, un fuego sin límites, siempre en movimiento; es una eternidad sin límites. Los bienaventurados no pueden verlo, a menos que Él, el Padre Soberano, cuando lo haya estimado así en su Consejo, les permita hacerlo.*

Nada impide que interpretemos este resplandor y los vestidos de luz de los demonios según los términos de nuestra mitología del siglo XX. Podemos imaginar la «doble faz» como una escafandra espacial, el «vestido de luz» como una barrera de fuerzas que producen una irradiación luminosa por fluorescencia o excitación. Pero no olvidemos que aquí estamos sustituyendo a una mitología por otra. Acaso sea más prudente decir que se trata de un fenómeno nuevo.

Después de sus apariciones al principio de la Era cristiana, los demonios luminosos surgen de nuevo con las primeras manifestaciones de la francmasonería, en los siglos XIII-XIV. A causa de ellos, los francmasones se hacen llamar «Hijos de la Luz» y contarán los años, no a partir del nacimiento de Jesucristo, sino de un año-luz, que se obtiene añadiendo 4 000 al año cristiano.

Empiezan a relacionarse con ellos aspectos más o menos interplanetarios. En 1823, el doctor George Oliver, historiador de la francmasonería, escribe: *La antigua tradición masonica —y tengo mis buenas razones para ser de esta opinión— dice que nuestra ciencia secreta existía ya antes de la creación de este globo terrestre y que había sido amplia-*

*mente divulgada a través de otros sistemas solares.*¹

Fue en la Edad Media, pues, cuando tuvieron lugar el mayor número de apariciones de seres con vestidos de luz. Estos mensajeros iban al encuentro de los rabinos, con quienes discutían largamente sobre la Cábala, los poderes divinos, el conocimiento y la exploración del tiempo, etc. Afirmaban conocer a los guardianes del cielo, pero que no formaban parte de ellos. También se les ve aparecer cerca de los monjes y de los santos del Islam. Se les describe siempre de la misma forma, su actitud intelectual es siempre racionalista. Hablan de geometría y de una sabiduría racional a la que el propio Dios está sometido.

Sabríamos más sobre ellos si los archivos de los templarios y de los ismaelitas hubiesen llegado a nosotros; pero por desgracia, no es éste el caso. A pesar de ello, tenemos la certeza de que, como los templarios, los ismaelitas tenían la misión de guardar la entrada de una Tierra Santa que de ninguna manera debe identificarse con Palestina. Una Tierra Santa que no es localizable en nuestro tiempo ni espacio, que procede de una geografía sagrada distinta a la nuestra y que han estudiado, sobre todo, dos franceses: Guénon y Henri Corbin. También aquí podemos intentar sustituir la antigua mitología por una mitología moderna, no hablar ya de Tierra Santa, sino de una puerta que se abre sobre otras dimensiones aparte de las tres dimensiones conocidas, de una estructura de la Tierra más compleja que la redonda bola que se ve desde un satélite y en la que nuestro tiempo cree de una forma tan poco crítica como otras civilizaciones creyeron en una Tierra plana.

Nada nos lo impide, pero, en realidad, no hacemos más

¹ Esta observación del doctor Olvier influyó probablemente en Léo Taxil, quien, a su vez, influyó en Lovecraft. A propósito de esta relación Léo Taxil-Lovecraft, véase el interesante número especial *L'Herne* dedicado a Lovecraft.

que sustituir una mitología tradicional por otra mitología salida de la cienciaficción y de las historietas gráficas. Es posible que, en definitiva, no ganemos nada con ello. En términos generales, es preciso desconfiar del simbolismo.

René Alleau escribe: *Podemos relacionar este símbolo con las dos serpientes que figuran en el caduceo de Hermes, símbolos del poder que destruye y edifica, es decir, del doble poder de las llaves de un mismo fuego sagrado.* Esto es muy bonito. Pero también se puede decir, y lo he dicho en otro sitio, que el caduceo de Hermes simboliza la doble hélice del ADN. Tiene, por lo menos, las mismas probabilidades. Más que contentarse con símbolos, es mejor, creo yo, admitir que existen en el mundo fenómenos que no son debidos tan sólo a la ciega actividad de la Naturaleza o a la obra voluntaria del hombre. Y estudiar, después, estos fenómenos con una idea preconcebida, sí, pero sin pretender que esta idea proceda de la revelación de maestros desconocidos o bien de manuscritos existentes en un monasterio tibetano que no existe en los mapas, y presentar, en fin, esta idea preconcebida como un dogma. No tengo la pretensión de opinar con una autoridad absoluta sobre el origen y la constitución de esos demonios luminosos. Diré sólo que, a mi parecer, se trata de investigadores enviados por seres capaces de encender y apagar las estrellas a su voluntad, unas estrellas creadas acaso por estos mismos seres. Creo que su origen inmediato puede estar en la Tierra misma, pero en una región difícilmente localizable en un mapamundi o en una carta de marear.

Lo cierto es que, después de haberse manifestado con frecuencia en la Edad Media, continúan sus actividades durante el Renacimiento. Visitan a Cardan, así como a su casi contemporáneo J. B. Porta (1537-1615), que escribió, por su parte, una enciclopedia *Magia Naturalis*, cuya primera edi-

ción lleva la fecha de 1584, y donde, según el propio autor, éste trata de unir a las ciencias experimentales una sabiduría procedente de una fuente sobrenatural. De ahí el título de *Magia natural*. Porta fue el primero en estudiar científicamente la lente, en describir un telescopio, en predecir la fotografía. Con merecida justicia ocupa un sitio en la Historia de las Ciencias. Pero ha sido menos estudiado en el aspecto que aquí nos interesa.

El cardenal De Este, que se apasionaba por sus trabajos, fundó, en 1700, una organización, que se reunía en su casa y se llamaba, muy significativamente, Academia de los Secretos. Muchos ven en ella la primera Academia de Ciencias. Por mi parte, lo considero más bien como un organismo intermediario entre las agrupaciones desconocidas de la Edad Media y de los primeros tiempos del Renacimiento, y el Colegio Invisible de que tanto hemos hablado. Observamos, de paso, lo que sobre los Rosa-Cruz, cuyos escritos mencionan constantemente a los demonios, así como las lámparas perpetuas que los demonios les dejaron, ha escrito Fulcanelli, a mi entender con razón: *Los adeptos portadores del título sólo son hermanos por el conocimiento y por el éxito de sus trabajos. Ningún juramento les obliga, ningún contrato les une entre sí, ninguna otra regla que la disciplina hermética libremente aceptada y voluntariamente observada influye sobre su libre albedrío... Fueron y continúan siendo solitarios, trabajadores dispersos en el mundo, buscadores «cosmopolitas» según la más restringida acepción del término. Como los adeptos no reconocen ningún grado de jerarquía, se deduce que la Rosa-Cruz no es un grado, sino la sola consagración de sus trabajos secretos, la de la experiencia, luz positiva de que una fe viva les reveló la existencia... Jamás existió entre los poseedores del título otro lazo de unión que el de la verdad científica confirmada por la*

adquisición de la piedra. Si los Rosa-Cruz son hermanos por el descubrimiento, el trabajo y la Ciencia, hermanos por sus actos y sus obras, esto es a la manera del concepto filosófico, que considera a todos los individuos como formando parte de una sola familia humana.

Esto equivale a decir que no creo en absoluto en una organización estructurada de los Rosa-Cruz, con logias y células. Creo en sus encuentros como investigadores libres, y que algunos de entre ellos fueron visitados por los demonios. Muchos demostraron poseer conocimientos extraños, y podemos preguntarnos de dónde habría sacado Cyrano de Bergerac la idea de un cohete espacial o de un receptor de radio.

Si los demonios no divulgan sus conocimientos, si los trasladan acaso de un investigador a otro. Quizá mantengan, fuera del alcance de cualquier Inquisición, un centro del saber donde estarían conservados todos los manuscritos. Se encuentran conceptos de este género en el esoterismo judío de la Edad Media.

Estas criaturas de luz, muy activas entre los años 1000 a 1500, desaparecen totalmente: Muy pocos en el XVII, ninguno en el XVIII. Después, nada, salvo una curiosa visión de Goethe, visión que, por otra parte, se produjo en un momento en que el escritor se encontraba muy enfermo.

Los demonios nos han legado extraños objetos. Esa esfera metálica, por ejemplo, de que nos hablan los templarios en sus confesiones. Al parecer, habría emitido no sólo luz, sino irradiaciones hasta hoy desconocidas. En Chipre, habría destruido varias ciudades y muchos castillos. Cuando fue arrojada al mar, inmediatamente se alzó una tempestad, y en este paraje ya no se encontró más pescado.

Existen, también, las lámparas perpetuas, que se encuentran tanto en la tradición judía de la Edad Media como en

la del Islam o de los Rosa-Cruz: lámparas que pueden arder por tiempo indefinido, sin aceite ni cualquier otro elemento que arde y se consume. Estaba prohibido tocarlas so pena de provocar una explosión capaz de arrasarse toda una ciudad. También aquí encontramos el uso de fuerzas, de energías, físicas al parecer, y que no tienen ninguna relación con los conocimientos de la época. Varios textos judíos nos dicen que estas lámparas proceden de los vigilantes del cielo.

Por desgracia, ninguno de estos relatos de los tiempos del Renacimiento o de más tarde y que aluden a lámparas de esta clase halladas en tumbas de Alemania o de Inglaterra, ha podido ser confirmado. En Lascaux se hallaron lámparas muy extrañas y muy bellas, pero se ignora cómo funcionaban.

Una tradición tenaz afirma que el origen de la creación de la masonería inglesa fue debido al descubrimiento de una tumba secreta que contenía una lámpara perpetua. Este descubrimiento precedería en pocos años a la iniciación de Elias Ashmole, en Warrington, el año 1646. Nada lo confirma. En términos generales todos los intentos para relacionar la francmasonería con tradiciones anteriores al 1600 fracasaron hasta el momento presente.

Se intenta demostrar, sobre todo, que la Orden de los Templarios no debió ser tan perseguida en Inglaterra como en el resto de Europa, y que los supervivientes de la Orden debieron fundar la masonería inglesa, y que tradiciones de la Orden fueron llevadas por ellos a esa fundación, que se sitúa hacia 1600. Muchos masones sinceros creen en esta tradición, pero nada he encontrado que la confirme plenamente. Peseamos documentos auténticos que nos prueban que las logias masónicas existían en Escocia en 1599. No existe nada anterior. Que se hallen relaciones entre los masones y los «seres de la luz», venidos para enseñar, parece cosa

cierta. Pero no se sostiene que de ello pueda deducirse que la masonería continúa la tradición de los «guardianes del cielo».

Esta tradición se relaciona con apariciones precisas, humanamente incontrolables, y que determinan una fase concreta de la serie de intervenciones hipotéticas que estudiamos en este libro. Para un hombre de la Edad Media, cristiano, musulmán o judío, resultaba tan natural conversar con un ser de luz como recibir la visita de un viajero llegado de tierras lejanas. Si tales criaturas inspiran curiosidad y, a veces, codicia hacia los conocimientos que poseen, nunca inspiran miedo u horror. A partir de cierto nivel de cultura, parece que un cristiano, un musulmán o un judío hayan creído con toda naturalidad en la existencia de un Centro donde la alta sabiduría estaba conservada y desde donde los visitantes llegaban hasta ellos. Por este motivo, por ejemplo, la visita de los embajadores procedentes del reino del Preste Juan provocó curiosidad, pero no sorpresa.

En nuestros días, ciertos eruditos del Islam creen aún en la existencia de estos Centros, pero casi nadie cree en ellos en Europa o en América. Por el contrario, en la Edad Media, la existencia de este Centro y de un Rey del mundo que gobernaba desde allí era corrientemente admitida, y se consideraba muy natural que este rey enviase mensajeros. (Véase *Bêtes, hommes et dieux*, de F. Ossendowski.) Tan natural como resulta para los primitivos, hoy, ver posarse aviones, procedentes de los Estados Unidos o del Japón, en Tierras de Nueva Guinea o América del Sur, donde no existe contacto con una civilización adelantada. Los habitantes de estas regiones saben que existe uno o varios centros de civilización más evolucionada que la suya. Pero tienen de esto unas ideas muy vagas, aunque tales visitas hayan dado origen a las que llamamos religiones o «cultos de cargo».

De la época de los demonios luminosos nos queda un

manuscrito que acaso pudiera revelarnos sus secretos, si supiéramos descifrarlo. Se trata del famoso manuscrito Voynich.

Unas breves palabras antes de hablar de este manuscrito. La criptografía, arte de confeccionar mensajes secretos, se desarrolló paralelamente a la alquimia y al esoterismo. Para no poner más que dos ejemplos, diremos que Tritemo y Blaise de Vigenère fueron a la vez dos grandes alquimistas, dos grandes brujos y pioneros de la criptografía. Si gracias a ellos la criptografía progresó hasta convertirse en una ciencia exacta, el arte de la descripción criptográfica, es decir, el arte de hallar el sentido de un mensaje sin conocer el código o las cifras, ha progresado mucho menos. Ciertamente que los grandes ordenadores facilitan el trabajo, pero no lo hacen por sí mismos. Un gran descifrador trabaja gracias a algo parecido a una percepción extrasensorial, que le hace aparecer la información a través de un caos de letras y de cifras.

Testimonio de ello es la siguiente anécdota vivida por mí. Uno de los grandes descifradores criptográficos franceses, del que no puedo citar el nombre, estaba asediado por un sacerdote que pretendía haber descubierto un método de cifraje invulnerable a cualquier intento de descripción criptográfica. Finalmente, el descifrador consintió en recibirlo. Yo asistí a la entrevista. El sacerdote se sentó y tendió a mi amigo una hoja de papel cubierta de grupos de cinco letras. El descifrador lanzó sobre el papel una simple ojeada de no más de cinco segundos, y dijo:

—Señor cura, el texto puesto en claro de vuestro mensaje es: *Dos palomos se amaban con tierno amor*, de La Fontaine.

El cura se persignó y se marchó aterrorizado. Yo pregunté al descifrador:

—¿Cómo le fue posible?

Y me contestó:

—Yo mismo lo ignoro. Algo en la estructura de este mensaje me ha recordado *Dos palomos se amaban con tierno amor*.

Si esta chispa de genio no brota, la descripción criptográfica no es posible. Una idea muy sencilla puede hacerlo indescifrable, porque el descifrador no piensa en ella. Por este motivo, la Gestapo no consiguió jamás, después de trabajar dos años en ello con los mejores especialistas, descifrar una serie de mensajes míos en los que empleé una frase clave en dos lenguas: *And if we can fix old Hitler's graft, das wird ja wirklich fabelhaft*. Lo que quiere decir por lo que a la frase inglesa se refiere: *Y si se puede conseguir la piel del viejo Hitler*; y a la frase alemana: *Sería realmente maravilloso*.

Ahora estamos en condiciones de afrontar los misterios del manuscrito Voynich. Este manuscrito puede ser suyo si se quiere usted gastar en él un millón cien mil francos fuertes. Contiene doscientas cuatro páginas; otras veintiocho se perdieron. No se puede descifrar una sola palabra. Entonces, ¿por qué este precio astronómico, por qué se le atribuye tanto interés?

Cuando el coleccionista de libros raros Wilfrid Voynich descubrió este manuscrito en 1912, había adquirido en el Colegio de jesuitas de Mondragone, en Frascati, Italia, documentos auténticos de la Compañía. Documentos sensacionales. Una carta de 19 de agosto de 1666, firmada por Johannes Marcus Marci, rector de la Universidad de Praga, encomendaba el manuscrito a la atención del padre Atanasio Kircher, el más célebre criptógrafo de su tiempo. El rector Marci afirmaba que el manuscrito era de Roger Bacon, y que había sido ofrecido, hacia 1585, al emperador Rodolfo II por el alquimista y brujo John Dee, quien no consiguió descifrarlo, pero que estaba persuadido de que contenía los

secretos más sensacionales. Voynich llevó el manuscrito a los Estados Unidos, donde los mejores descifradores, comprendidos los del Ejército americano, se lanzaron sobre él sin ningún éxito.

En 1919, Voynich entregó fotocopias del manuscrito al profesor William Romaine Newbold, gran criptógrafo que había prestado considerables servicios al Gobierno americano. El profesor de Filosofía, Newbold, que tenía entonces cincuenta y cuatro años, era un hombre de una cultura prodigiosa. Se decía, en su tiempo, que era la única persona en el mundo que sabía dónde se encontraba el Santo Grial.

En abril de 1921, Newbold comunicó sus primeros resultados. Algo fantástico. Según los textos, Roger Bacon identificó la gran nebulosa de Andrómeda como una galaxia, conocía los cromosomas y su función, había construido un microscopio, un telescopio y muchos otros instrumentos. Esto causó sensación en el mundo entero, pero muchos otros descifradores no estaban de acuerdo con la solución de Newbold. Ésta, de todas maneras, era sólo parcial y no se refería más que a una cuarta parte del manuscrito. Parece incluso que, en un momento dado, el método clave del manuscrito cambia, como ocurre con el ejemplo que antes di al pasar de la parte en inglés a la parte alemana de la frase.

Era preciso encontrar la totalidad de la solución. Newbold no alcanzó a conseguirlo antes de su muerte, ocurrida en 1926. Continuó su trabajo uno de sus colegas, Rolland Grubb Kent, quien publicó en 1928 algunos resultados, bien recibidos por ciertos historiadores, no tan bien por otros. La más importante objeción que se hizo a los descifres de Newbold fue que Roger Bacon no podía conocer en su época ni las nebulosas espirales ni la constitución del núcleo celular. Yo no estoy en absoluto de acuerdo con esta objeción: si Bacon

mantuvo contactos con el exterior, muy bien pudo conseguir informaciones procedentes de su futuro e incluso de nuestro propio futuro.

En 1944, el coronel William F. Friedman, quien, durante la Segunda Guerra Mundial, había descifrado el código japonés, organizó un grupo multidisciplinario que comprendía matemáticos, historiadores, astrónomos y especialistas en criptografía. Este grupo utilizó máquinas muy perfeccionadas, pero no consiguió descifrar el manuscrito. No obstante, dio con la razón del fracaso: el manuscrito no está escrito en inglés o en latín, sino en una lengua artificial, inventada no se sabe por quién (las primeras lenguas artificiales datan del siglo XVII y son, por lo tanto, posteriores a Bacon), y que no se corresponde con ninguna lengua humana conocida. En estas condiciones, ¿cómo pudo Newbold descifrar por lo menos una parte del manuscrito? Por una intuición genial, que le llevó al sentido a través del lenguaje artificial, pero que sólo tiene aplicación a esta parte del manuscrito. Las investigaciones continúan. Todo el mundo conviene en que este manuscrito tiene un sentido y que no se trata de un bromazo ni de una mixtificación.

Voynich murió en 1930, su esposa en 1960, y sus herederos vendieron el manuscrito a un librero de Nueva York, Hans P. Kraus, que pide hoy por el mismo un millón cien mil francos. Kraus declaró recientemente que esta cifra no era muy elevada y que, una vez descifrado, el manuscrito valdría varios millones de dólares.

Desde luego, se han propuesto métodos de descifre basados en el «lenguaje de los demonios luminosos», según los describe John Dee con cierta precisión. Estas tentativas fracasaron. Uno de los objetivos de la INFO (Internacional Fortiana), que continúa la obra de Charles Fort, es el de descifrar el manuscrito Voynich. Hasta el momento, no se ha

conseguido. El secreto de los demonios, y acaso otros más extraordinarios, aún se hallan en estas páginas llenas de una escritura medieval.

Terminemos con la siguiente nota, destinada a los amantes de lo fantástico: el escritor inglés Colin Wilson, llamado el «Camus inglés», se interesa muchísimo en los temas objeto de este libro y a propósito de ellos ha escrito ensayos tales como *La fuerza de soñar*, y novelas como *La piedra filosofal* y *La caja de vidrio*. Colin Wilson acaba de escribir un relato, *El regreso de los Lloigor*, en el que propone un desciframiento imaginario del manuscrito Voynich. El título del manuscrito así descifrado es el siguiente: *Necronomicon*.

7

LA MÁSCARA DE SIR CAVENDISH

Si existen, entre los extraños, seres no humanos que pretendan a toda costa hacerse pasar por humanos, deben de comportarse como el hombre que se hacía llamar Sir Henry Cavendish. Pretendía ser descendiente de una gran familia anglonormanda, y había nacido en extrañas circunstancias en Niza, el 10 de octubre de 1731. No se sabe por qué razón se intentó ocultar este nacimiento en Niza. Se ha hablado de sustituciones de recién nacidos y de cosas más extrañas aún. Los grandes contemporáneos de Cavendish, Cuvier por ejemplo, imaginaron que se quería ocultar el hecho de que un sabio inglés tan importante hubiera nacido fuera del territorio nacional. Explicación sorprendente, por no decir del todo inverosímil.

Nacido, pues, en Niza en 1731, falleció en Clapham el 24 de febrero de 1810. Después de una juventud pobre, deja, a continuación de una vida repleta de actos generosos, mil quinientos millones de nuestros francos fuertes. Nadie conoce el origen de esta fortuna: hubo sus contradictorios dimes y diretes, después desmentidos, sobre herencias obtenidas. Lo que sí en cambio es cierto, y poseemos documentación escrita a este propósito, es que no fue gracias a su Banco que fructificó tal fortuna. El Banco le escribió, en efecto, aconsejándole que colocara las enormes sumas de que

disponía. A los banqueros no les gusta ver dormir el dinero. Cavendish contestó, y poseemos esta respuesta, rogando al banquero que se metiera en lo que le importaba y no le estorbara nunca más. Y añadía que si para el Banco era un estorbo tener tanto dinero en depósito, él estaba dispuesto a retirarlo. Y terminaba así: *Una última advertencia: si me molestan de nuevo, retiro todo mi dinero.*

Encontraba siempre excelentes formas de gastar su dinero, ya que no de hacerlo producir: cada vez que le presentaban una lista caritativa de suscripciones, entregaba un cheque por un importe equivalente a la suma más elevada que figuraba en aquélla. Un estudiante que empleó para que ordenara su biblioteca sufrió apuros financieros: le envió en seguida un cheque de diez mil libras esterlinas, o sea de unos doscientos mil francos nuevos. Así continuó durante toda su vida y, no obstante, dejó, a su muerte, mil quinientos millones, un canal que había adquirido, varios edificios, etc. Es decir, algo así como la bolsa sin fondo de los cuentos de hadas. Que él fuera alquimista es, evidentemente, una simple coincidencia.

Llegado a Inglaterra poco después de su nacimiento, continuó sus estudios en Cambridge hasta el 23 de febrero de 1753. Detalle sorprendente en quien fue uno de los mayores sabios de todos los tiempos: no consiguió diploma alguno. Ignoramos por qué razón. Algunos pensaron que quizá se deba a que, en aquella época, para obtener un diploma en Cambridge el candidato debía manifestarse creyente, cristiano y miembro practicante de la Iglesia de Inglaterra. Y Cavendish declaró más tarde, en varias ocasiones, que nunca llegó a comprender en qué consistía la religión. Esta explicación, como todas cuantas le conciernen, tiene poca consistencia.

Hay cosas más sorprendentes. Este hombre sin títulos, y

que en aquel momento no había publicado ningún trabajo científico, es admitido en la Real Academia de Ciencias, en 1760. Es algo increíble, pero irrefutablemente cierto. Que yo sepa, no existe en la historia de la Ciencia hecho parecido en ningún otro país del mundo.

¿Qué explicación podemos darle? ¿La reputación adquirida en Cambridge de poseer un saber prodigioso? Es posible, pero para quien conoce, como yo, las intrigas feroces de las academias científicas, la elección de un personaje sin títulos, que no ha publicado nada, sólo porque es prodigiosamente inteligente, parece como un milagro improbable.

Y la historia no hace más que empezar. Hacia 1773, veinte años después de irse de Cambridge, Cavendish era excepcionalmente rico. No sabemos por qué. Compró varias casas y se instaló por último en los arrabales de Clapham Common, donde la calle que habitó lleva hoy su nombre. Y este hombre, de cuarenta y dos años, empezó a manifestar entonces, con respecto a la especie humana, una indiferencia por lo menos sorprendente. Detestaba que le dirigieran la palabra. Si alguien a quien él no conocía, casi siempre un forastero, osaba hacerlo, él se inclinaba sin contestar, le volvía la espalda, pedía un coche y se volvía a casa. Manifiestamente, no era capaz de sostener la conversación más normal.

Consideraba a las mujeres como de otra especie, una especie que no quería ni ver. En la parte posterior de su casa mandó construir una escalera, y el personal femenino debía pasar sólo por ella. Si se encontraba con una sirvienta, ésta era inmediatamente despedida. Entre otras mil anécdotas, se explica la siguiente: *Una noche, con ocasión de una de las comidas del «Royal Society Club», vimos a una joven muy bonita, que desde una ventana del piso superior de la casa de enfrente, contemplaba a los filósofos mientras cenaban. Esta actitud nos llamó la atención y, uno tras otro, nos le-*

vantamos de la mesa y nos aproximamos a la ventana para contemplar a la hermosa jovencita. Cavendish, creyendo que contemplábamos a la Luna, se levantó también para unirse a nosotros, pero al darse cuenta del motivo de nuestra contemplación, volvió la espalda y se alejó lanzando una exclamación de fuerte desagrado.

Sin embargo, Cavendish sabía superar su terror a las mujeres cuando se trataba de proteger a una de ellas. Un día, en Clapham, vio que una desgraciada era perseguida, en un prado, por un toro furioso. Se interpuso entre la mujer y el toro, miró al animal y le hizo emprender la retirada. Después, volvió la espalda a la mujer y regresó a su casa.

No sabía cuántos pies tiene un cordero. Y envió a su ama de gobierno, con quien sólo se comunicaba por escrito, la nota siguiente: *Quiero que a cada uno de los caballeros a quienes invito se le sirva un pie de cordero. No sé exactamente cuántos tiene un cordero, arréglese como quiera.*

No resultaba nada fácil hablarle, porque se os volvía de espaldas. Tenía algunos amigos de quienes nada conocemos, cuando sería interesante saber si se le parecían. Los recibía en un *pub*, «El gato y la gaita», hoy inexistente ya y sobre el cual no poseemos ninguna información. Durante treinta años llevó una vida secreta, de la que lo ignoramos todo. Vestía un traje violeta completamente desteñido y una peluca como las que se usaban en el siglo XVII. Trataba en lo posible de ocultar su rostro, hacía misteriosas salidas al campo, en un coche provisto de un contador de su invención que nos hace pensar en el moderno taxímetro.

Una noche, agitó una campanilla y se presentó un servidor. «Escuchad bien lo que voy a deciros —le dijo Cavendish—. Voy a morir. Cuando esté muerto, pero no antes, iréis a avisar a Lord George Cavendish.» Media hora más tarde, llamó al criado de nuevo para decirle: «No estoy se-

guro de que me hayáis comprendido bien. Repetid lo que os dije hace media hora.» El criado lo repitió y se ofreció a insinuar algo sobre los sacramentos de la religión. «No sé de qué me estáis hablando —contestó Cavendish—. Traedme agua de lavanda y volved cuando esté muerto.» Y así lo hizo el criado.

Los herederos de Cavendish, que no lo veían desde hacía mucho tiempo, ordenaron examinar sus papeles y se dieron cuenta de que había sido el principal accionista del Banco de Inglaterra. Para alguien que no había ganado un cuarto en su vida y que repartía generosamente a su alrededor, no está nada mal. También se encontró un testamento en el que legaba toda su fortuna a su familia. El testamento exigía que fuera tapiada inmediatamente la tumba donde estuviera enterrado y que no señalara su existencia ninguna inscripción. Esto sucedió el 12 de marzo de 1810 en la catedral de Derby.

Jamás se hicieron ni examen del cadáver ni autopsia. No se conserva ningún retrato suyo. No se sabe exactamente a qué trabajos se entregaba en sus distintos laboratorios. Lo esencial de sus publicaciones no fue impreso hasta 1921, más de cien años después de su muerte. Hoy, en 1970, aún quedan varias maletas llenas de papeles manuscritos y de instrumentos cuyo uso se desconoce.

Pero lo que se sabe de cierto resulta ya extraordinario. Quien se hacía llamar Henry Cavendish empleaba constantemente los símbolos de la alquimia para designar los metales y los planetas, pero realizó trabajos con varios siglos de adelanto sobre su tiempo. Así, dos siglos antes de Einstein, calculó la desviación de los rayos luminosos por la masa del Sol y encontró un resultado numéricamente muy próximo al de Einstein. Determinó con precisión la masa de la Tierra. Aisló los gases raros del aire.

No le preocupaba en lo más mínimo publicar ni conse-

guir prioridad alguna. Realizó experimentos de una extraña originalidad para su época. Así, el 27 de mayo de 1775, este recluido invitó a siete sabios ilustres a un experimento: había reproducido artificialmente un pez torpedo y produjo en sus visitantes shocks eléctricos idénticos a los que produce normalmente ese pez. Y dijo a sus visitantes, adelantándose a Galvani y a Volta, que esta nueva fuerza cambiará el mundo. ¿Cómo puede saberlo? En la misma época, da con el modo de medir el voltaje eléctrico por la intensidad del shock experimentado al tocar un circuito. Esto denota una constitución fisiológica bastante sorprendente. Consideraba que la electricidad era como un fluido único en una época en que se desconocía el electrón. Cifró la densidad media de la tierra en 5,48, cuando la cifra moderna es de 5,52. Tratándose de alguien que sólo disponía de un laboratorio que creemos muy rudimentario, no puede negarse que el resultado es asombroso. Se interesaba por las antiguas ciencias hindúes, y, en particular, por el calendario hindú. Consiguió cierta cantidad de éstos para estudiarlos numéricamente y establecer comparaciones con la ciencia china. Era singularmente moderno.

Creo que todo esto no es más que lo superficial de búsquedas en extremo profundas que no llegó a revelar. Se sabe que conocía la conservación de la energía, de la que fue el primero en enunciar el principio. También es posible que llegara hasta la equivalencia materia-energía que Einstein enunciaría más tarde.

Y todo esto, en el lenguaje de los alquimistas y utilizando con frecuencia sus símbolos. En Cavendish se da un encuentro muy extraño entre el pasado y el futuro. No obstante, su momento presente y los negocios de los hombres lo dejaban tan indiferente como la moda del vestir. Durante cuarenta años, su sastre le fue haciendo siempre el mismo

traje. No parece que demostrase nunca el más mínimo interés por la Revolución francesa ni por Napoleón. Se ocupa sólo de sus investigaciones científicas y de asuntos que desconocemos.

Por lo que se refiere a la admirable precisión de sus búsquedas, citemos este pasaje del trabajo original de Lord Rayleigh y de William Ramsey sobre el descubrimiento del argón (31 de enero de 1895), en el que se rinde homenaje a Cavendish en la forma siguiente: *La identificación del «aire conteniendo flogisto» con el constituyente del ácido nítrico, se debe a Cavendish, cuyo método consistió en hacer saltar una chispa eléctrica sobre una delgada columna de gas confinado con potasa sur de mercurio, en el extremo superior de un tubo en forma de U invertida.*

Las tentativas para repetir este experimento a la manera de Cavendish no han hecho sino aumentar la admiración que sentimos por aquélla. Trabajando con cantidades de materias casi microscópicas, y con operaciones que duraban días y semanas, estableció así uno de los hechos más importantes de la Química. Y, lo que es más interesante a este respecto, advirtió tan claramente como nosotros las cuestiones esenciales que nos plantea esta experiencia.

Así, pues, según la opinión de los sabios más importantes, Cavendish se revela como un experimentador extraordinario. Anticipa, además, admirablemente, y sus investigaciones se hunden en las mismas raíces de la alquimia.

Si añadimos a todo esto su extraordinaria indiferencia hacia la especie humana, su inmensa fortuna, cuyo origen continúa siendo inexplicado, su habitual actitud, nos encontramos delante de un personaje que no podemos explicarnos sólo por la excentricidad. También resulta excesivo calificar de misántropo a un hombre cuya generosidad y espíritu caritativo queda bien demostrado, y de misógino a

un hombre que arriesga su vida por una mujer.

Las cosas no son, no, tan sencillas. Uno siente la tentación de citar a Lovecraft: *O bien nació dentro de una sombra extraña, o bien encontró el medio para pasar la puerta prohibida. E incluso: Este rostro es una máscara. Y lo que cubre no es humano.*

Sería fácil hacer del de Cavendish un caso único si, en efecto, hubiera sido el único en el siglo XVIII en beneficiarse, sin otra explicación, de una considerable ayuda material y de conocimientos secretos. Pero sabemos de otros ejemplos del mismo fenómeno. Este es el caso del jesuita Roger Boscovich, quien, en 1756, publicó un tratado en el que se encuentran indicados no sólo un resumen de la relatividad y de la teoría de los cuantos, sino incluso de ciencias que hoy desconocemos aún, tales como el viaje en el tiempo, la anti-gravitación y la bilocación.

Saint-Germain, el inmortal (Véase *Saint-Germain, le Rose-Croix immortel*, por Moura y Louvet), es otro ejemplo. Otros no tienen la misma calidad. Así, uno podría sentir la tentación de escribir la historia del siglo XVIII en la forma siguiente:

1 — Primera introducción, a mediados del siglo XVIII, de una fuente X de informaciones. El acontecimiento puede situarse hacia 1730. *Alguien* (uno o varios) no se limita ya a informarse y a averiguar, sino que aporta informaciones importantes, sobre todo, en lo que afecta a la Física y a la Química, en Europa.

2 — Primera difusión de estas informaciones. Se efectúa por medio de mensajeros — resulta tentador pensar que Cavendish fue uno de ellos — o bien por conducto de hombres de alto valor moral, que no pretenden conseguir provecho material del saber que difunden. Entre ellos figuran

Boscovich, Saint-Germain, Benjamín Franklin, Priestley, el conde Rumford.

3 — Difusión de informaciones por hombres de menos valor, parásitos de los poseedores de tal información: el ejemplo más significativo es el de Mesmer.

4 — Última fase: aparición de charlatanes, que explotan para su provecho fragmentos incoherentes y, sin duda, robados de la sabiduría. Cagliostro es el hombre tipo de los protagonistas de esta última fase, que dura hasta principios del siglo XIX.

En 1810, parece que todos los poseedores auténticos del saber han muerto o desaparecieron. Del mismo modo que una tal y súbita aparición de informaciones importantes no se encuentra en Europa antes del siglo XVIII, después ya no la encontramos de nuevo.

En el caso de Cagliostro, resulta obvio que determinadas indiscreciones con respecto a fuentes secretas fueron cínicamente explotadas por un charlatán. Este hombre exhibió manuscritos que contenían la doctrina secreta, pero se ha comprobado que estos manuscritos los adquirió él mismo en librerías de ocasión, en Londres. Imitó el hipnotismo de Mesmer y efectuó demostraciones valiéndose de máquinas electrostáticas copiadas de las de Cavendish.

Detenido en Roma por la Inquisición y amenazado con la tortura, lo confesó todo. Y murió no se sabe cuándo, quizás en 1795. Cuando los franceses, en 1797, se apoderaron del fuerte de San Leo, donde se encontraba prisionero, y le buscaron, no se le encontró.

Basta compararlo con Cavendish, que obtuvo dinero en cantidades ilimitadas, no pidió nunca nada a nadie, y que llevó una vida tan oscura como le fue posible, para ver qué diferencia existe entre la realidad y la imitación, entre el iniciado y el mono. El gran historiador inglés Carlyle

hace hincapié, con toda justicia, en que *el mundo está lleno de semi-Cagliostros, tan numerosos como las arenas en el mar. Se trata de híbridos imperfectos, de impostores fracasados, de los que Cagliostro es el ideal inaccesible y el ejemplar típico.*

Así, pues, Cagliostro representa la última fase. Después de él, la información procedente de esta fuente digamos X se dispersa hasta tal punto que se hace prácticamente inutilizable. Pero, en el origen, sólo por medio de Cavendish, nos explica la relatividad, la electricidad dinámica y la energía atómica; de Bosovich, la relatividad, los cuantos, la ubicuidad o bilocación, el viaje en el tiempo, los universos paralelos; del conde de Saint-Germain, el aluminio, por el que solicita privilegio de invención, y un proyector de ultrasonidos paralizante que el inmortal Rosa-Cruz denomina «la pistola filosófica». Todo esto, al mismo tiempo. Y viene confirmado dos siglos más tarde por nuestra ciencia más desarrollada y por nuestras más avanzadas técnicas.

Estos conocimientos enlazan con la alquimia, pero la superan, y, para designarlos, propondría de buen grado, y por analogía, el nombre de alfísica. Sus primeros portadores viven al margen de la masa de los mortales, acaso para ocultar ciertas diferencias fisiológicas. La segunda serie de esos divulgadores de la información: Franklin, Lavoisier, la forman gente más cercana a nosotros, más humana; Franklin, por ejemplo, es uno de los escritores más fecundos en escritos pornográficos de su tiempo, lo que contrasta con la pureza y castidad de los tres primeros.

No obstante, posee la sabiduría secreta. En 1780, escribe a Joseph Priestley: *Es imposible imaginar la altura a que llegarán, dentro de mil años, los dominios del hombre sobre la materia. Aprenderemos a privar de su gravitación a grandes masas de materia, y a procurarle una gran lige-*

reza para hacer más fácil su transporte. El agricultor trabajará menos, y verá doblada su cosecha. Todas las enfermedades, incluso la vejez, serán evitadas o curadas. Nuestras vidas se verán prolongadas según nuestro deseo, incluso más allá de la duración que tuvieron antes del diluvio. Y espero que la ciencia moral se perfeccione también, que el hombre cese de ser un lobo para el hombre y que los seres humanos aprendan, al fin, a practicar lo que hoy llaman, erróneamente, el humanitarismo.

Esto se escribió en 1780. Pero lo escribió un hombre que conoció a Cavendish, que tuvo correspondencia con Bosovich. A través suyo, habla una sabiduría más humana, existe una predicción fundamentada, sin duda, en conocimientos que no poseemos aún, pero que algún día llegaremos a tener.

¿De dónde procede esta sabiduría? Más o menos directamente, de esas Inteligencias que pueden encender o extinguir las estrellas según su voluntad. Una sabiduría esencialmente racional, ofrecida sin contrapartida y que no exige adhesión a religión alguna. Una sabiduría que debió llegar a Swift para que éste predijera las lunas de Marte, y también a Voltaire cuando describió en *Micromégas* el infrarrojo y el ultravioleta, y cuando escribió a La Condamine: *La materia posee, quizás, otras mil propiedades que desconocemos.*

Resulta imposible establecer, por el momento, la lista completa de las personas «serias» que se beneficiaron de informaciones procedentes de la fuente X: son demasiado numerosas. Están en curso estudios sobre este tema, en particular, por parte del escritor americano Murray Leinster, que reúne todos los inventos que aparecieron prematuramente entre 1750 y 1800. Yo mismo he formado una lista que no coincide del todo con la suya.

Desde ahora, pueden ya citarse algunos casos extraordinarios. Así, se ha constatado que el matemático inglés Cayley inventó el avión alrededor de 1800. Han sido encontradas varias publicaciones, entre ellas sus comunicaciones a la Real Sociedad de Ciencias, cuyo resumen ha publicado Gibbs Smith en su *Historia de la aviación*. Cayley tenía la seguridad, nos gustaría saber por qué y cómo, de que algún día sería inventado un motor lo bastante potente para propulsar un aparato más pesado que el aire. Partiendo de este principio, realizó estudios matemáticos que le permitieron describir en 1800 el avión moderno. Gibbs Smith se preguntó: «Si el avión de Cayley hubiese sido construido en 1850, ¿adónde habríamos llegado hoy?»

Sería interesante saber dónde adquirió Cayley tal certidumbre. Como Cavendish, y acaso por mediación de Cavendish, estuvo en relación con James Watt, inventor del condensador para máquinas de vapor. Pero Watt no pretendió nunca que pudiera ser construida una máquina de vapor lo bastante ligera para accionar un aparato volador. ¿Partió Cayley simplemente de una afirmación de Cavendish? Es posible, pero no podemos afirmarlo. Su obra, demasiado adelantada para su tiempo, había sido olvidada; pero poseemos todas sus publicaciones. ¿Estaba Cavendish al corriente de los trabajos efectuados en aquel tiempo en Europa sobre el motor de aire caliente, que hubieran podido, de ser continuados suficientemente, conducir a la construcción de una máquina voladora? Nadie puede decirlo.

Lebon, inventor del gas del alumbrado, fue probablemente discípulo suyo. Su descubrimiento es producto directo de la síntesis del agua realizada por Cavendish, así como de su idea de que era posible producir calor y luz partiendo de los gases inflamables.

¿Conocía Cayley los estudios efectuados en el siglo an-

terior por Huyghens y Denis Papin sobre un motor de émbolo, utilizando pólvora? Estos trabajos, realizados en Marburgo (Alemania), habían sido ampliamente difundidos. Cavendish, que lo había leído todo y que poseía en su biblioteca, que ordenaba con constancia, todas las publicaciones posibles e imaginables, los conocía sin duda. Si sabía, contando con las informaciones de la fuente X, que era posible la construcción de un motor ligero para máquina volante, y la iluminación de las ciudades mediante el gas, muy bien pudo estimular a Cayley como a Lebon.

Para elevar un poco el tono del debate, preguntémosnos por qué motivo, en lugar de reservarse secretos que más tarde demostraron ser en extremo peligrosos, la fuente X y sus discípulos procuraron divulgarlos. Para esta pregunta existen varias respuestas. Yo creo que la decisión de publicar ciertos secretos fue tomada, en Inglaterra y en el siglo XVII, por una organización de la que sólo hoy empezamos a advertir la importancia, el «Colegio Invisible», que contaba entre sus miembros a sabios tan eminentes como John Wilkins (1614-1672), Sir Christopher Wren (1632-1723), Thomas Sydenham (1624-1689) y Robert Boyle.

El Colegio Invisible también estaba en relación con Isaac Newton y Elías Ashmole (1617-1692), que consiguió y salvó la mayor parte de los secretos de la alquimia e hizo publicar una colección de libros bajo el título de *Theatrum chemicum britannicum*. El «Colegio Invisible» decidió, hacia 1660, «revelar al mundo cierto número de secretos» por medio de una organización que él creó y recibió su carta del rey Carlos II de Inglaterra en 1662: la Real Sociedad de Ciencias. La importancia de esta sociedad fue reconocida inmediatamente, y, en 1666, Colbert fundaba en París la Academia de Ciencias.

Sólo ahora empezamos a darnos cuenta de la importan-

cia del «Colegio Invisible». Sus miembros establecieron una discriminación entre los secretos demasiado peligrosos para ser revelados y los que parecía útil publicar. Por este motivo, la Real Sociedad de Ciencias adoptó la divisa: *Nullius in verba*, es decir, «No creer a nadie bajo su palabra». Esta Real Sociedad de Ciencias verificó cierto número de hechos que uno de sus historiadores, el holandés R. J. Forbes, estimó increíbles e indignos de verificación experimental para un sabio del siglo XX.

A mi juicio, a partir del año 1662 la caja de Pandora estaba abierta. A partir de este momento, toda comunicación de secretos a hacer públicos debía realizarse por conducto de sociedades doctas: la Real Sociedad de Ciencias, la Academia de Ciencias y, desde su fundación a fines del siglo XVIII, la Academia de Ciencias de Nueva York. Esta última, de la que tengo el honor de formar parte, mantiene un espíritu muy abierto y se le pueden enviar comunicaciones sobre temas que muy difícilmente aceptarían otras academias: por ejemplo, la presencia de vida en los meteoritos. Si alguna vez llego a conseguir, tras muchos esfuerzos, el descubrimiento de pruebas irrefutables de la huella de intervenciones extraterrestres, podré sin duda presentarlas a la Academia de Ciencias de Nueva York, pero no en otro sitio. Por lo menos, por lo que se refiere a nuestro lado del telón de acero. Porque, como ya subrayé, los soviéticos consideran como un argumento de propaganda antirreligiosa la intervención de los extraterrestres y se muestran dispuestos a aceptar todas las pruebas posibles. Por desgracia, las aceptan con demasiada facilidad y no siempre resultan muy convincentes.

Entre las numerosas ideas procedentes de la fuente X, y que demuestran un neto adelanto a su época, cabe citar la explotación del caucho. En aquella época, nadie podía saber

que el caucho se haría indispensable en la fabricación de neumáticos para los vehículos. No obstante, tanto Bosovich como Cavendish alentaban la explotación, en el Amazonas, de una materia de la que, en Europa, se dispone sólo de cantidades ínfimas. Para alentar estas explotaciones, era preciso un don poco común de previsión del porvenir o bien conocimientos de procedencia superior.

Asimismo, parece ultramoderna la idea, alimentada tanto por Bosovich como por Cavendish, de un año geofísico internacional, que no se celebró hasta 1956.

Otra idea procede de la misma época, pero ya se encuentra su origen en Newton: la de un satélite artificial de la Tierra. A fines del siglo XVIII, sin duda gracias a la influencia conjugada de las ideas de Newton y las procedentes de la fuente X, el proyecto de un satélite artificial de la Tierra lanzado al espacio por un cañón, toma cuerpo rápidamente. Aparece en particular en Choderlos de Laclos, que no es sólo el autor de *Las relaciones peligrosas*, sino también un especialista en balística. En el siglo XIX, este tema será discutido en los anales de la Escuela Politécnica y, conocido por Julio Verne, éste lo utilizará en *De la Tierra a la Luna* y *Viaje alrededor de la Luna*.

Cavendish, por lo que parece, había dejado muy bien entrever las posibilidades de un satélite destinado a la exploración científica del espacio. Pero se interesó también, con la ayuda de globos, por el estudio de la atmósfera. En 1785, hizo realizar por el aeronauta francés Blanchard, a quien acompañaba Jeffris, médico inglés originario de las colonias americanas, la primera ascensión en globo con un objetivo científico. Blanchard y Jeffris llevaron consigo botellas llenas de agua, que vaciaron en altitudes bien definidas y llenaron después de aire. Cavendish analizó este aire:

es el primer estudio de la composición de la atmósfera en función de la altura.

En el aire que traen los aeronautas, así como en el aire estudiado en la superficie de la Tierra, existen «burbujas inexplicables» que Cavendish recogió cuidadosamente. Estas burbujas no están compuestas por oxígeno ni nitrógeno, así como tampoco por ningún otro elemento atmosférico. Cuando serán aisladas, en 1895, se cometerá un error considerable al postular, *a priori*, que los gases que las componen: helio, neón, criptón, xenón, radón, no son aptos para entrar en las combinaciones químicas. Por ello se les llama «gases nobles».

Ahora, sabemos que esto es falso y que estos gases son capaces de constituir combinaciones químicas, en particular con el flúor y el oxígeno.

Durante más de sesenta años, se ha desalentado sistemáticamente a quienes intentaban hallar compuestos químicos de gases raros, diciéndoles que, por razones teóricas extremadamente sólidas, tales combinaciones son imposibles. Por desgracia, los gases raros ignoran la teoría y pueden combinarse perfectamente. Podemos preguntarnos si Cavendish, que sabía de esto mucho más que nosotros, no sabría también que estas combinaciones eran posibles.

Ello explicaría que hubiera podido aislarlos y también por qué fueron hallados, el año 1921, en maletas y en el laboratorio de Cavendish, tubos llenos de gases raros que él estudiaba atravesándolos mediante una descarga eléctrica. Parece, también, que sobre el estudio de los «gases nobles» no se haya dicho la última palabra y que, ahora, cuando las investigaciones sobre sus componentes químicos no están ya prohibidas, nos aguardan descubrimientos bastante sorprendentes. Se ha dicho que ciertos compuestos de gases raros proporcionan explosivos mucho más potentes que todos los

explosivos químicos conocidos. Es bastante comprensible que Cavendish recibiera instrucciones de no divulgar este aspecto particular de sus trabajos.

Observemos también que es un gas «noble», el argón, el que se encuentra en la base del «rayo de la muerte» o láser químico. Este aparato, que actualmente permite perforar, a una distancia de 12 km, una plancha blindada de 4 mm de grueso, es algo tan sencillo, que técnicos de la época de Cavendish hubieran podido construirlo, si hubiesen poseído los conocimientos necesarios. Parece cada vez más probable que Cavendish dominó estos conocimientos, pero que no los reveló.

Cada día nos damos cuenta de que la Naturaleza retiene secretos científicos muy simples, pero, a veces, muy peligrosos. Hoy, en 1970, quedan por explorar seis maletas de Cavendish; cuatro, llenas de documentos, las otras dos, de aparatos. Es de esperar que se haga de ellas un serio examen, lo que no se hizo hasta el presente.

Observemos, y es un extremo sobre el que conviene insistir, que este siglo XVIII supercientífico que se mueve en círculos concéntricos en torno de la fuente X, nada tiene de común con el siglo XVIII ocultista. De la misma manera que los demonios de vestido luminoso no figuran en los procesos por brujería, ninguna información de la fuente X se encuentra en Swedenborg, Martínez de Pasqually o Louis-Claude de Saint-Martin. Nos las habemos con dos siglos XVIII distintos, que prácticamente no se interfieren. Así, por ejemplo, mientras las informaciones procedentes de la fuente X sobre la existencia de Inteligencias extraterrestres se muestran muy prudentes, el siglo XVIII ocultista está cuajado de ellas; es el caso no sólo de Swedenborg, sino de personajes de más seria apariencia, como Emmanuel Kant, que abundan en informaciones sobre los habitantes de otros planetas. Kant,

en particular, afirma que estos habitantes son tanto más ricos en vida espiritual cuanto más se alejan del Sol. Por ello, según él, los habitantes de Mercurio y de Venus poseen tan escaso sentido moral que no se les puede hacer responsables de sus actos. En cambio, los pobladores de Júpiter se hallan, siempre según Kant, en un estado de perfección moral que les asegura una perfecta felicidad. Lo que es muy interesante, pero lo sería aún más si esto tuviera algo que ver con lo que la astrofísica nos enseña o con lo que se puede efectivamente observar en los planetas gracias a los cohetes sonda. Por otra parte, sería interesante saber de dónde obtenía Kant tales informaciones, pero jamás lo dijo.

Es bastante comprensible, si la hipótesis general de este libro merece ser retenida, que la fuente X haya mantenido un secreto absoluto sobre su origen. Para no ser, no obstante, demasiado duros con Kant, hagamos observar que la idea que él se hizo en 1775 del origen del sistema solar continúa siendo bastante sólida. Varias doctrinas modernas, al mismo tiempo que siguen recurriendo a las matemáticas, han vuelto a la misma idea general.

Debemos, por último, preguntarnos qué relación pudo existir entre la fuente X y las sociedades secretas aparecidas en tan gran número a finales del siglo XVIII. Creo que los rumores con respecto a la existencia de una fuente sumamente rica, tanto en saberes teóricos como en invenciones prácticas, empiezan a circular a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, como los rumores sobre la conquista del oro en el XIX. El gran maestro de la primera logia francmasona de Londres, Jean Théophile Desaguliers, francés de origen e inventor de un cañón capaz de disparar veintitrés cañonazos por minuto, sabio y matemático, parece anunciar la aparición de la fuente X. El libro que publicó en 1723 sobre la historia y las doctrinas de la francmasonería, insiste

en la importancia de las matemáticas y profetiza sobre el próximo advenimiento de una sabiduría universal traída del exterior del mundo. Es bastante comprensible que una sociedad fundada por Desaguliers —cuyo curso de Física, efectuado en Oxford, aparece saturado de ideas completamente modernas— se interesara por esa sabiduría procedente de la fuente X. Pero, al lado de la francmasonería, existieron otras sociedades bastante menos serias, a veces delirantes. La historia de las sociedades secretas en el siglo XVIII debería escribirse según los cuatro distintos niveles ya señalados por lo que respecta a la distribución de informaciones originarias de la fuente X. Que yo sepa, este trabajo no ha sido hecho aún.

Nota: el padre Boscovich

No será inútil citar aquí lo que del P. Boscovich dice René Alleau en su libro *Les sociétés secrètes: A fines del siglo XVIII, el genio universal del padre Boscovich asombró a Europa. Ante su obra se experimenta una sensación análoga a la que puede provocar, en el turista, el alineamiento ciclópeo de los menhires. Aparte las Memorias y las comunicaciones científicas, Boscovich escribió catorce libros de matemáticas puras, quince de Astronomía, veintiuna obras de Física, siete de Óptica, cinco de Arqueología y siete libros de poesía en latín. Anticipó ideas que sólo ahora han sido descubiertas de nuevo, y algunos consideran a este hombre, si no como un mutante, sí, por lo menos, como un espíritu del siglo XXI extraviado en el XVIII.*

KASPAR HAUSER

Kaspar Hauser no pertenecía a este mundo. Fue traído a nosotros, pero procedía de otro planeta, acaso de otro Universo. Quien así se expresa no es un escritor de ciencia-ficción contemporáneo, sino alguien que siguió muy de cerca la asombrosa aventura: Feuerbach. El mismo Feuerbach, tan combatido por Marx y Engels, y que fue un adversario de su misma talla.

¿Qué ocurrió tan fuera de lo ordinario para que este hombre, que vivió antes de Julio Verne y no conoció a Edgar Poe, y menos aún los platillos volantes y la cienciaficción, aventurara una hipótesis tan extraña? Recordemos los hechos.

Un día de mayo de 1828, en Nuremberg, un agente de policía advirtió un grupo de los que llamaríamos hoy jóvenes delincuentes. En el centro, un muchacho de unos dieciséis años, mal vestido, trataba en vano de hablar. El policía le habló, el muchacho imitó torpemente sus palabras, como lo pudiera haber hecho un loro, sin comprender. Resultaba evidente que el chico ignoraba que uno se sirve del lenguaje para comunicarse. Llevado a la comisaría, se le registró y se le encontraron dos cartas contradictorias. Una de ellas decía:

Cuidad de mi hijo. Ha sido bautizado. Su padre es un soldado del 6.º Regimiento de Caballería.

Un examen demuestra que la tinta de esta carta no era tan vieja como debiera, de haberse usado dieciséis años antes. Por otra parte, el 6.º Regimiento de Caballería acababa de llegar a Nuremberg y no había estado allí en la presunta fecha del nacimiento del muchacho. Era evidente que la carta era falsa.

La segunda no lo era menos. Escrita por una mano inhábil, decía que su autor, un obrero, había cuidado de Kaspar Hauser desde el 7 de octubre de 1812. Era tan sospechosa como la primera, y en particular las faltas de ortografía que había en ella parecían ser de la clase que un hombre instruido comete para intentar ocultar su cultura.

La Policía decidió considerar al joven como un vagabundo, con el objeto de poder estudiar el caso con mayor atención. Un examen más detenido demostró que apenas sabía andar, que si se colocaba cualquier obstáculo, una silla por ejemplo, delante de él, tropezaba con el obstáculo y se caía. Su visión era perfecta, su piel, blanca y, según todas las apariencias, nunca había trabajado. La planta de sus pies era suave como la de un bebé. Cuando fue hallado, calzaba unos zapatos de mujer de altos tacones que, evidentemente, no le sentaban.

Aprendió a hablar bastante pronto, y explicó que estuvo aprisionado bajo tierra, que lo alimentaban, que se le daban juguetes infantiles y que, al fin, había sido sacado del sitio donde se encontraba y colocado en un simón, para ser depositado en el corazón de Nuremberg.

Se hizo una investigación. Los policías dieron con un pescador que, en 1826, encontró una botella y en el interior de aquélla un mensaje pidiendo socorro, procedente de un prisionero encerrado en una celda a orillas del Rin. El mensaje iba firmado por Hares Sprauka. Uno de los policías identificó este nombre como un anagrama de Kaspar Hau-

ser. Se buscó al prisionero, sin resultado.

Entonces, se produjo una primera tentativa de asesinato contra Kaspar Hauser. Un desconocido penetró en su celda y le apuñaló en el lado izquierdo del pecho. El muchacho salió bien librado en esta ocasión. Empezó a despertar verdadero interés. Un noble inglés, el conde de Stanhope, encargó a un sabio, el profesor Daumer, que estudiara el caso. Hubo un gran número de conjeturas románticas; según ellas, Kaspar Hauser nació probablemente en el seno de una noble familia. Ninguna obtuvo confirmación. El 14 de diciembre de 1833, Kaspar Hauser fue asesinado en un parque, en Anspach, probablemente por un desconocido que lo citó con el pretexto de darle a conocer su secreto.

Todas las hipótesis románticas, que tan bien sentaban con la atmósfera general de la época, cuando los bastardos de familias nobles formaban parte del folklore popular igual que hoy la forma James Bond, naufragaron una tras otra. Pero el misterio continúa.

Kaspar Hauser no sabía qué era la leche. El profesor Daumer declaró que, la primera vez que estuvo en su casa, lo vio intentando atrapar la llama de una candela con su mano. No se daba cuenta de la existencia de la tercera dimensión; fue menester enseñársela. No fue posible encontrar el sitio donde estuvo secuestrado. Jamás se consiguió analizar el material sobre el que fueron escritas las dos cartas falsas. No se trataba de papel ni de pergamino, sino, sin duda, a juzgar por las descripciones, de una especie de cuero delgadísimo. Hubiese sido interesante efectuar un fechado con radiocarbono, pero, por desgracia, esta técnica aún no existía.

Se encargaron a varios pintores retratos de Kaspar Hauser, y éstos fueron distribuidos por toda Europa. Sin resultado: no se consiguió ninguna identificación que fuera vá-

lida. Alguna resultó romántica, como la de Kaspar Hauser con el príncipe heredero de Baden, arrebatado por un fantasma en el palacio de Karlsruhe, en 1812. En esta ocasión, el viento silbaba en las chimeneas y las ventanas del viejo castillo, y los servidores juraron que la aparición arrebató al niño y, después, se desvaneció en el muro. Es una bonita narración fantástica como otras que se pueden hallar en obras de Dumas o Féval, pero que nada tiene que ver con Kaspar Hauser. La gran duquesa Estefanía, madre del niño desaparecido, advertida por el profesor Daumer, buscó en vano a Kaspar Hauser, pues, entretanto, éste había sido asesinado.

Necesitaríamos un volumen para reproducir la bibliografía completa de las obras dedicadas a Kaspar Hauser. Y dos capítulos como éste para confeccionar la lista de las obras imaginativas a que dio origen su aventura. Las más interesantes son *Kaspar Hauser*, de Jakob Wassermann, y la novela que escribió Lovecraft.

Quizá sea posible proponer una explicación extraterrestre. A mi parecer, después del período de simple control y de registro de lo que ocurrió en la Tierra, iniciado hacía muchos siglos, las Inteligencias decidieron hacer experiencias. Estas experiencias consisten en introducir en nuestro medio a seres susceptibles de provocar en nosotros las más distintas reacciones, para estudiarlas a continuación, exactamente como se estudian las de los ratones en los laberintos artificiales.

Se me preguntará cómo puedo explicar que la experiencia Kaspar Hauser sea única. Pero resulta que, precisamente, no es única. Periódicamente se da el caso de gentes que no proceden de ningún sitio. En el siglo XVIII existió en Inglaterra una joven que pretendía ser la princesa Carabo, princesa de un país que no existe en ningún mapa. Al cabo de

algún tiempo, confesó algo que después se demostró era falso. Al fin, desapareció, y ya jamás se supo de ella.

Hubo, después, el caso del amnésico hallado en París a principios del siglo XX, que llevaba en sus bolsillos un mapa de una Tierra que no era la nuestra.

Más reciente aún es la historia del Tuared, tan interesante que no me canso de explicarla. En 1954, tuvieron lugar grandes disturbios en el Japón, disturbios tan violentos que, no pudiendo el Gobierno japonés garantizar su seguridad personal al representante del presidente de los Estados Unidos, a éste no le fue posible desembarcar. Queriendo demostrar el Gobierno que tales tumultos eran obra de agitadores extranjeros, ordenó la revisión de pasaportes de todos los extranjeros residentes en el Japón. En un hotel fue encontrado un individuo que poseía un pasaporte al parecer perfectamente en regla. No presentaba raspaduras ni enmiendas. La fotografía era exacta, así como las huellas digitales. Sólo había una dificultad, pero de peso: el pasaporte había sido expedido por el país de Tuared, país inexistente en toda la superficie del Globo.

Se le interrogó. Según dijo, el Tuared comprendía, en nuestro mapa, Mauritania y el Sudán y también buena parte de Argelia. En el Tuared estaba organizada la verdadera Legión Árabe, cuyo objetivo consistía en la liberación de todos los pueblos árabes oprimidos. Precisamente, había ido al Japón para adquirir armas.

Indignado por el hecho de que se pusiera en duda la existencia de su país, dio una conferencia de Prensa. Después, todos los periodistas se precipitaron sobre los atlas y, luego, a los teletipos. Se telegrafió a las Naciones Unidas, a la Liga árabe, a la UNESCO, a todo el mundo: nadie había oído hablar jamás del Tuared. No era más absurdo que

cualquier otro Estado africano, pero el hecho es que no existía.

No existía, por lo menos, en nuestro planeta. Antes de que se le internara en una clínica psiquiátrica japonesa, el emisario del Tuared concedió varias entrevistas, en particular, a los semanarios ingleses. No podía llegar a comprender por qué nadie le creía. El pasaporte, meticulosamente revisado, era normal. Estaba redactado en lengua árabe. ¡El único problema consistía en que el país que lo extendió era inexistente!

Este personaje, periódicamente interrogado por la Prensa, insistía en decir siempre lo mismo. Por supuesto, se pueden encontrar explicaciones racionales tanto para esto como para cualquier otra cosa. En otros tiempos se explicó que los meteoritos eran piedras corrientes que fueron heridas por el rayo. A todo puede darse una explicación, satisfactoria incluso, durante largo tiempo, en los medios científicos.

Por este motivo me siento algo escéptico por lo que se refiere a una explicación sólo psicológica de la historia de Kaspar Hauser o de la historia del Tuared. Y, a propósito de explicación psicológica, permítaseme referir una anécdota.

Hace cosa de unos quince años, tuvo lugar en Chicago un congreso de ingenieros aeronáuticos. Unos técnicos de la casa «Sperry» trajeron en una maleta un giroscopio que, como aparato de demostración, podía ser puesto en marcha sólo conectándolo con una toma de corriente ordinaria. Algunos bromistas, después de tomarse unos whiskies, pusieron en marcha el giroscopio, completamente silenciosos; después, quitaron la conexión y cerraron la maleta. Por último, indicaron a un empleado que sacara la maleta de la habitación. El empleado no tuvo ninguna dificultad en levantar la maleta, pero le era totalmente imposible volverse

para franquear la puerta. Y ello por la sencilla razón de que el giroscopio, una vez puesto en marcha, mantiene su plan de rotación en el espacio y se resiste a cualquier intento de modificarlo. Ello permite utilizarlo para estabilizar los navíos, los aviones y los cohetes.

El desgraciado portador estuvo, pues, luchando a brazo partido con una maleta al parecer embrujada, que rehusaba volverse para pasar a través de la puerta abierta. Después de varias tentativas inútiles, dejó caer la maleta, se volvió hacia los ingenieros y les dijo en tono irritado: «Gentlemen, están ustedes borrachos.» Esto me parece a mí una típica explicación psicológica aplicada a un hecho físico.

Si personajes como Kaspar Hauser son introducidos en nuestra civilización para suscitar así fenómenos psicológicos observables, ¿cuál es su origen? La respuesta a esta pregunta me parece sencilla: según distintas estadísticas policíacas, dos millones de personas desaparecen anualmente sin dejar rastro.

Algunas de estas desapariciones son tan sorprendentes que nos hacen pensar muy pronto en una explicación paranormal. El siguiente caso ocurrió en Gran Bretaña, en el País de Gales. Un muchacho de once años, llamado Oliver Thomas, se encontraba en la granja familiar. Además de sus padres, estaban allí varios invitados: un pastor con su esposa, el veterinario del lugar, un comisario-subastador. Gente seria, que no había bebido más de lo razonable; una velada familiar entre buenas gentes. Todas estas personas debían proporcionar más tarde sólidos testimonios. El hecho ocurrió en 1909, tiempos en que la instalación del agua corriente no existía aún en la región. A las once de la noche, el joven Oliver fue enviado a buscar agua fresca en el pozo, y salió con su cubo. Diez segundos más tarde se le oyó pedir socorro, y todos se precipitaron. El pastor tuvo la suficiente

serenidad para llevar consigo una linterna de parafina e iluminar el patio de la granja: allí no había nadie. Pero se oyeron gritos desde lo alto y la voz del joven Oliver: «¡Sólo huellas de los pasos de Oliver, que van desde la puerta hasta la mitad de camino hacia el pozo, y que allí se detienen de golpe.

La ciudad más próxima se llama Rhayader. Se acude allí en busca de la Policía. Esta busca meticulosamente en el pozo, registra todas las casas de la comarca, reparte por doquier fotografías del muchacho. Sesenta años más tarde, seguimos sin encontrar solución lógica para este caso.

Un cóndor gigantesco puede arrebatarse a un muchacho, como ocurre en *Los hijos del capitán Grant*, de Julio Verne. Pero ninguna ave de esta clase ha sido jamás vista en Inglaterra. Tampoco en 1909 había helicópteros. Imaginando que el chico pudiera quizás haber sido arrebatado con una cuerda pendiente de un globo, se hizo un censo de los globos existentes: ninguno sobrevoló la región ni tan sólo Inglaterra durante aquella noche. A los entusiastas de los platillos volantes, debo indicarles que ningún platillo volante ni flotante, ni aparato alguno no identificado pudo ser observado en Inglaterra en aquel año, ni en el anterior, ni en el que le siguió.

Casos como éste los hay en mayor número de lo que imaginamos, pero existe una tendencia a silenciarlos. No obstante, damos con ellos periódicamente, embellecidos con peripecias que desaparecen en cuanto se vuelve a los documentos originales. En el caso de Oliver Thomas, existe un solo detalle suplementario, pero patético: durante muchos años, en la pequeña iglesia local donde predicaba el pastor que estuvo presente en la desaparición del muchacho, se reó por «liberación de Oliver Thomas, aprisionado por hombres

u objetos desconocidos». Confiemos en que el joven Oliver no haya sido muy desgraciado, y que no lo sea si es que aún vive.

Recordemos, de paso, que es el temor a la desaparición sin huellas, temor que es tema permanente del folklore, el que determina y facilita la propagación de rumores como, por ejemplo, el de Amiens, en que se acusó de esas desapariciones a minorías religiosas o raciales.

Observemos también que esas desapariciones son relativamente más frecuentes en el mar: navíos o tripulaciones enteras han sido allí volatilizados. Y también aviones, en los aires o posados en tierra. Asimismo, ciertos derroteros del mar, en particular en el triángulo a lo largo de las Bermudas, son teatro de la mayoría de desapariciones: su frecuencia alcanza veinte o treinta veces la frecuencia normal.

No poseemos ninguna explicación de este fenómeno. A lo más, podemos imaginar que algunos de estos desaparecidos sufren en algún sitio un lavado de cerebro completo, para ser después reintroducidos entre nosotros, a título de experimento, y en circunstancias que tienen forzosamente que desconcertarnos. Si nos imaginamos, lo que no es difícil, técnicas de lavado de cerebro más perfeccionadas que las nuestras, podemos admitir la posibilidad de una transformación completa de la personalidad, y de una inserción de falsos recuerdos llamados a desconcertarnos. Después, nos echan un hueso: una explicación racional que nos satisfaga mejor o peor. Por otra parte, tenemos que confesar que no somos curiosos, mucho menos que los ratones en sus laberintos, que, al fin, conocen a sus experimentadores y les muerden cuando pueden.

A pesar de todo, se está extendiendo cada vez más una teoría que explica, en un nivel elevado de razonamiento, ciertos acontecimientos según experiencias que se hacen sobre

nosotros. Esta teoría ha sido defendida, por ejemplo, por un matemático inglés muy serio, Erving J. Good. No puede de los científicos, y entonces vamos a conocer tesis de doctorado sobre las intervenciones de extraterrestres en la Historia. Serán entonces estudiadas las desapariciones, las apariciones, las relaciones posibles entre ellas, y, finalmente, el retorno de ciertos desaparecidos desde hace siglos, pero para quienes sólo habrán transcurrido unos meses. La historia de Enoch merecería ser examinada de nuevo.

Tradicionalmente, es sabido que las personas raptadas por las hadas, regresan algunos siglos más tarde, aunque, para ellas, el tiempo transcurrido es sólo de algunos meses, quizá de algunos días. Estas leyendas existen desde hace miles de años, en todos los países y en todos los continentes. Por lo que se refiere a los tiempos modernos, existe un caso en particular sorprendente: el de la doble desaparición del soldado Jerry Irvin. Mientras estaba de permiso fue encontrado, el 2 de mayo de 1959, en estado inconsciente. Al parecer, había sido sometido a un tratamiento psicológico tan particular que se decidió retirarle la autorización que tenía para entrar en ciertas instalaciones militares reservadas. Abandonó el hospital; y se le encontró de nuevo el 19 de junio del mismo año, sin que pudiera explicar lo que había hecho durante este intervalo de tiempo. Fue objeto de una nueva revisión y, al fin, internado en la sección psiquiátrica de un hospital militar. El 1 de agosto de 1959 desapareció del hospital. No se le vio nunca más. Fue rápidamente declarado desertor y, bajo este concepto, buscado en vano.

La Edad Media está llena de casos así. El arzobispo de Lyon, Agobardo (779-840), hizo una encuesta y descubrió que unos desaparecidos pretendían haber visitado un país que ellos llamaban Magonia. Como era un arzobispo racionalista,

rehusó creerlo e incluso, en su presencia, hizo lapidar a tres hombres y una mujer que pretendían haber ido a Magonia en un navío aéreo. ¿Qué persona sensata podría creer en navíos aéreos?

Esos desgraciados pretendían que, para ellos, había transcurrido muy poco tiempo durante el viaje, y que había transcurrido mucho más para el mundo exterior. Vale la pena tener esto en cuenta: la contracción del tiempo para un objeto que se desplaza a gran velocidad es un fenómeno de laboratorio perfectamente establecido. No hay ninguna razón para manifestar ante este fenómeno el escepticismo del «estúpido siglo XIX».

Desde luego, no podemos esperar que podamos recuperar a todos los desaparecidos. Algunos, por razones que no están a nuestro alcance, pueden ser mantenidos fuera. Mi extraordinario y muy recordado amigo, el biólogo inglés J. B. S. Haldane, había reflexionado mucho sobre esta posibilidad de raptos por parte de extraterrestres e hizo pública sobre este tema una observación que siempre se me antojó sumamente inquietante. Había observado que nosotros, los terrestres, poseemos facultades que nosotros mismos desconocemos y que no se manifiestan en la Tierra, pero que pueden interesar a *alguien* más que a nosotros. Citaba el ejemplo de las focas, que tienen la facultad de mantener sobre su hocico un balón de fútbol. Una facultad que no tienen ocasión de demostrar en su medio natural ártico o antártico. Pero que divierte mucho a los hombres que se apoderan de los bebés focas, les enseñan a mantener los balones en equilibrio sobre su hocico y los exhiben después en los circos. Sin que las sucesivas etapas de esta operación puedan serles explicadas a las focas, cuyo lenguaje no contiene, sin duda, ninguna expresión que signifique circo o fútbol.

Es posible que sepamos, sin que de ello seamos conscientes, hacer cosas del todo incomprensibles e inexplicables, pero por las cuales merezcamos ser raptados. Esta conjetura es bastante inquietante, aunque difícil de rechazar, porque el ejemplo de las focas resulta convincente.

Estamos persuadidos de que ciertas cosas son para nosotros un imposible, pero otros pueden saber sobre nosotros más que nosotros mismos. A propósito de esto, recordemos el caso del español Gil Pérez. El 25 de octubre de 1593, aquel montaba la guardia ante el palacio del gobernador, en Manila. De golpe, se encontró trasladado a México. Se precipitó hacia los soldados que guardaban el palacio del Gobierno y les preguntó dónde se hallaba. No quería creer que se encontraba en México. Explicó su caso, y nadie quiso creerle. Entonces, les dio esta prueba: «En la noche última, don Gómez Pérez das Marinas, gobernador de Filipinas, ha sido muerto a hachazos. Cuando os llegue esta noticia, tendréis que constatar que no soy un embustero.»

Gil Pérez fue entregado en el acto a las autoridades eclesiásticas, pues se trataba, evidentemente, de un caso de brujería (dichosos los que saben trazar la línea entre la brujería y las leyes naturales). A los dos meses, llegó un barco procedente de Filipinas con las pruebas de la muerte del gobernador. Soltaron a Pérez, pero nunca se consiguió, ni en su tiempo ni más tarde, una explicación satisfactoria para esta aventura. ¿Se trató de un experimento de los extraterrestres? ¿O bien de una demostración de unos poderes humanos completamente desconocidos y normalmente no ejercitados?

No pretendo contestar a esta pregunta; pero sí pienso que los «hechos condenados» saldrán un día de los dominios de la simple colección para entrar en el dominio teórico. En-

tonces, se verá que un libro como éste no habrá sido totalmente inútil.

El interés del caso de Kaspar Hauser consiste en que ha sido muy bien estudiado, pero quizá no de la manera adecuada. Los estudios se centraron sobre la hipótesis puramente romántica de un hijo de buena familia, raptado por causa de un complot contra una dinastía, o bien por tratarse de un bastardo de origen noble que alguien deseaba ocultar. Sin duda será necesario rechazar, de una vez para siempre, este género de hipótesis que jamás pudieron ser probadas, rehacer los hechos según aparecen en numerosos estudios y admitir la posibilidad de las hipótesis más fantásticas.

Se ha dicho con frecuencia que el asunto de Kaspar Hauser constituía uno de los grandes enigmas clásicos, junto con el de la *Marie-Céleste*. A pesar del gran número de páginas que le fueron dedicadas, quizá no sea del todo inútil examinar de nuevo el último, dentro del espíritu del presente libro.

El 15 de diciembre de 1862, el navío *Dei Gratia* encuentra, en pleno Atlántico, y totalmente abandonada, la nave *Marie-Céleste*. La tripulación que partió de Nueva York, compuesta por siete hombres, el capitán, su esposa y un niño de pocos años, había desaparecido. Y esto a los 38°20' de latitud norte y 17°15' de longitud oeste, en la región de las Azores. Los desaparecidos no se llevaron nada de cuanto poseían, ni siquiera el dinero. No se encontró rastro alguno de motín.

Un buen millar de volúmenes propuso explicaciones más o menos racionales. Un pulpo gigante, por ejemplo, que aprisionaría a toda la tripulación. Los más importantes escritores de misterio y de cienciaficción, Conan Doyle, Herbert George Wells, publicaron relatos en que se ofrecían inter-

pretaciones ingeniosas, pero en modo alguno concluyentes. En nuestro tiempo, un escritor francés, Yves Dartois, en una novela titulada *Le démon des bateaux sans vie*, propone como explicación la de una especie de raro champiñón que se desarrollaría en la madera de los barcos y cuyas esporas emponzoñarían a la tripulación y a los pasajeros, que se arrojarían entonces al mar. Dartois presenta una lista de otros navíos, de madera todos, en los que se produjo un caso parecido. Indiscutiblemente, se trata de una de las más inteligentes hipótesis, pero no ha sido demostrada.

Además, han desaparecido también tripulaciones enteras en navíos modernos, metálicos. El último caso en fecha por mí conocida se produjo en el Pacífico, el año 1962. Otros, sin duda, habrán tenido lugar más tarde. Mientras no se obtenga información plenamente convincente, pruebas decisivas, creo con Charles Fort, Eric Frank y otros pensadores originales, que la tripulación del *Marie-Céleste* fue raptada. No es la única explicación posible, desde luego, pero figura entre las que pueden lógicamente admitirse.

Es el mismo caso de la tripulación de un globo utilizado en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial por el Ejército americano en la lucha contra los submarinos alemanes. Este globo, mantenido siempre bajo observación, fue, no obstante, hallado vacío: los tres hombres de la navecilla habían desaparecido. Disponían de radio y hubiesen podido dar la señal de alarma en caso de verse amenazados. No lo hicieron. Lo mismo puede decirse con respecto a la desaparición de treinta y tres militares americanos, cuyo avión se estrelló en las Montañas Rocosas. Los restos del avión fueron hallados sin dificultad, pero no se encontró rastro alguno de cadáveres ni de sobrevivientes. Por supuesto, estarán en algún sitio, ¡pero vaya usted a saber dónde!

Difícilmente podríamos incluir en esta lista los aviones

desaparecidos: su desaparición puede tener una explicación normal. Con frecuencia se encuentra más tarde la verdadera explicación. Así, por ejemplo, hace sólo dos o tres años se ha sabido que la aviadora americana Amelia Earhart, desaparecida en el Pacífico poco antes de estallar la Segunda Guerra Mundial, era un agente de los Servicios Secretos americanos, y, con toda probabilidad, fue fusilada por los japoneses. En cambio, podemos añadir un caso muy evidente a nuestra colección: el del pequeño poblado esquimal de Angikuni, cuyos habitantes desaparecieron en su totalidad en 1930. Esto ocurrió en el norte del Canadá. No sólo desaparecieron los hombres, las mujeres y los niños, sino que siete perros atados a un árbol murieron de hambre. Un esquimal nunca dejaría que un perro se muriera de hambre.

Cosa más extraña aún: las tumbas habían sido abiertas, y los cadáveres habían desaparecido. El análisis de las bayas halladas en las cocinas demostró que, dos meses antes de la llegada del trampero Joe Labelle, que fue quien descubrió el poblado desierto, éste aún estaba habitado, ya que las aludidas bayas sólo maduran durante un breve período perfectamente determinado. Los esquimales habían dejado sus fusiles, lo que es una prueba aun más convincente de que no se marcharon por su voluntad, pues estos fusiles significaban para ellos el más precioso de los bienes. Los desaparecidos eran unos treinta. Ninguna explicación pudo ser hallada. La famosa frase que nos dice que la policía montada canadiense no fracasa jamás, en esta ocasión se reveló como falsa. Los otros indios del país aseguran que los habitantes de Angikuni fueron arrebatados por el Wendigo, criatura de la selva canadiense que rehúsan describir.

No es éste el récord de las desapariciones masivas: en 1872, a las orillas de un gran río americano, el vapor *Iron Mountain*, ultramoderno para su época, desapareció como

el humo. Tenía una longitud de sesenta metros por diez de ancho y llevaba cincuenta y cinco pasajeros, aparte de la tripulación. Desapareció por completo *en una orilla*, y nunca se encontró el menor rastro. Otro caso, muy impresionante, data de 1928; es el del navío danés *Kobenhaven*. Muy moderno, equipado con radio, llevaba a bordo, además de una tripulación muy competente, cincuenta alumnos oficiales de la Marina de guerra danesa, todos ellos alumnos destacados y buenos marinos. El propio navío estaba en perfecto estado, y había sido meticulosamente inspeccionado por personal especializado. Zarpó del puerto de Montevideo el 14 de diciembre de 1928 y nunca más se ha sabido de él.

Poseemos menos documentos sobre una desaparición más importante todavía, y que acaeció durante la interminable guerra chino-japonesa, poco antes de la Segunda Guerra Mundial. El 10 de noviembre de 1939, después de la caída de Nankín, un regimiento de tres mil hombres, bajo el mando del coronel Li Fu Sien, fue destacado para detener el avance de los japoneses. Todo el regimiento desapareció, y sus aparatos de radio dejaron de funcionar. Fueron encontradas armas, y también restos de hogueras. Los archivos japoneses, que hoy pueden ser consultados, no registran nada sobre ningún regimiento capturado en aquellas fechas. Si el regimiento hubiera desertado en su totalidad, los familiares de los soldados hubieran sabido algo o hubieran oído hablar de ello.

Es una historia extraordinaria, pero uno quisiera estar seguro de que este regimiento existió de verdad, porque, antes de Mao, en el Ejército chino existía el despiste más espantoso. Si las cosas ocurrieron así, hay que reconocer que el hecho bate todos los récords de desaparición.

¿Qué seguridad tenemos de ello? Por mi parte, prefiero creer en los casos de desaparición en que las víctimas son

menos numerosas, pero en los que existe una razón para desaparecer, razón que se acerca más al objeto de este libro. Por ejemplo: la del buscador de oro americano J. C. Brown. En 1904, éste pretendió haber descubierto, en las montañas de la Cascada, en California, un túnel artificial. Según dijo, siguió este túnel hasta llegar a una cámara subterránea cuyos muros estaban recubiertos de cobre. Allí había esqueletos humanos, broques de oro y, en los muros, jeroglíficos que al buscador de oro no le fue posible descifrar.

Como no quería que lo tomaran por loco, Brown aguardó a ser rico para hablar: esto le llevó treinta años. En 1934, llegó a Stockton, California, una población muy cercana al aludido túnel, y reclutó gente para hacer una expedición. Cuando había reunido ya ochenta personas para este fin, desapareció. Era la noche del 19 al 20 de junio de 1934; nada más se supo de él.

La Policía hizo indagaciones para saber si había contraído deudas a liquidar con el tesoro que se disponía a buscar y cuyo hallazgo daría por hecho. Era una sospecha infundada: Brown no debía dinero a nadie. No había razón para que se esfumara, a menos que... A menos que no se hubiera aproximado demasiado a ciertos secretos e interesara eliminarlo ante el temor de que la Humanidad los conociera más pronto de lo debido.

Otro minero, llamado Tom Kenny, de Plateau Spring, hizo un extraño descubrimiento, a su vez, en 1936. Pero éste no desapareció. Se encontró, a cuatro metros de profundidad, un pasadizo pavimentado con pequeñas losas cuadradas de cerca de ocho centímetros de lado. Era algo que no tiene ejemplo en ninguna civilización conocida. En 1960 fue hallado en Blue Lick Springs, Kentucky, otro pasadizo parecido, enlosado también muy cuidadosamente. En ninguno de ambos casos las búsquedas están lo suficientemente

adelantadas para saber si los trazados en ambos pasadizos son parecidos a los de Nasca u otros caminos desaparecidos, incluso a los de los campos de aterrizaje o despegue.

Circulan, en las Antillas, numerosas leyendas relacionadas con vastos dominios subterráneos. Según ellos, los incas eran por lo menos diez millones antes de la llegada de los españoles. Cuarenta años más tarde, en 1571, un censo hecho por los conquistadores nos da la cifra de cerca de un millón de incas. Ciertamente morirían muchos incas luchando contra los españoles, y muchos más en trabajos forzados en las minas.

Pero, a pesar de todo, «nueve millones» de diferencia nos parece algo exorbitante. La hipótesis de un dominio bajo tierra donde los incas se habrían refugiado no nos parece, en principio, ningún disparate. En 1802, Alexander von Humboldt encontró descendientes de los incas que lo creían así.

Incluso en épocas históricas, numerosas e inexplicadas desapariciones constituyen un hecho lo bastante comprobado para que se pueda admitir a título de hipótesis la existencia de Inteligencias o de Experimentadores que capturan, para liberarlos después, experimentalmente, a ciertos seres humanos.

Como veremos en el próximo capítulo, en ciertos casos, estos Experimentadores dejan en libertad, en el medio humano, a seres que no parecen humanos, sino humanoides: criaturas verdes u hombres monos.

Con todo, el fenómeno Kaspar Hauser es suficientemente interesante en sí mismo.

Charles Fort recogió gran número de ejemplos de desapariciones misteriosas, y se encuentran muchas otras en otros libros más o menos serios.

Parece que casos como estos existieron siempre. Eviden-

temente, por lo que al pasado se refiere, eran más difíciles de comprobar que hoy. En el París o el Londres de la Edad Media, un hombre o una mujer sin conocimientos, oficio ni beneficio alguno, llamaban menos la atención.

En nuestros días, los pasaportes, los visados, las huellas digitales, los impuestos, significan otros tantos controles que permiten darse cuenta con mayor rapidez de los casos singulares.

No puedo resistir a la tentación de referir la siguiente pequeña anécdota, completamente veraz. Un amigo mío, que reside en París, conoce allí a un hombre venerable, un sabio hindú, tan viejo que resulta de edad indeterminada; pero la verdad es que tiene muchos años. Acaso es más que centenario.

Vive de pequeños trabajos de traducción y no molesta a nadie.

Sin embargo, por causas burocráticas, a este excelente hombre se le cita periódicamente en la prefectura de Policía para renovar el permiso de residencia. En cuanto sale de la prefectura, él rompe el papel, rehusando así toda relación con este mundo del orden.

La última vez que se efectuó este trámite, mi amigo acompañaba al hindú. Ambos, mientras aguardaban ante el despacho en que debían entrar, leyeron sobre la puerta del despacho inmediato la palabra *Eloignement* (alejamiento). En nuestro mundo policial, se dice *interpellation* (interpelación), en lugar de arresto, *éloignement* en lugar de expulsión. Nuestro sabio se levantó, abrió bruscamente la puerta del despacho, se encontró delante de un funcionario estupefacto y le preguntó:

«Perdón, señor, ¿alejamiento de dónde?»

Esta es la pregunta que debe uno hacerse al final de este capítulo:

«¿De dónde fueron *alejados* Kaspar Hauser y los demás?»

Sin duda, fueron expulsados de algún lugar; pero, ¿dónde está este lugar? Por ello resulta tan fácil dejarse llevar por las quimeras de la cienciaficción sobre los «grandes galácticos».¹

2

LOS NIÑOS VERDES

¹ El antropólogo Bernard Villaret ha descrito de una manera divertida lo que podría ser en el futuro un culto de los grandes galácticos: «Según mi amigo, el culto de los grandes galácticos podría contar en Francia con cinco mil adeptos, y unos cinco o seis millones en el mundo entero. En Francia, se reúnen periódicamente en los «centros Bergiers», del nombre del profeta fundador, de quien debieron, según imagino, modificar mucho las ideas. Creen que desde hace mucho tiempo, entidades sobrehumanas, venidas de planetas intra o extragalácticos, viajan permanentemente alrededor de la Tierra, dispuestas para intervenir en cuanto el influjo mental producto de los rezos haya conseguido la intensidad suficiente. Esta teoría parece ser bastante espiritual; pero el resto de la doctrina resulta ser puramente materialista. Los fieles aguardan incansables la llegada de gigantesco cohetes bien provistos de bienes de consumo y de extraordinarios objetos de uso que los más imaginativos AGG (*Arrivent les Grands Galactiques*: llegan los grandes galácticos) han descrito minuciosamente. Si, llegado este caso, los Grandes Galácticos quisieran tener la bondad de revelarme el sitio donde ocultan sus cobayos experimentales, ¡se lo agradecería muy de veras!»

LOS NIÑOS VERDES

Una tarde de agosto de 1887, cerca de la población de Banjos, en España, unos trabajadores del campo vieron salir de una gruta a dos muchachos, un chico y una chica, cuyos vestidos eran de un tejido desconocido por ellos y cuya piel tenía el mismo verde de las hojas de los árboles. Esto sería un buen principio para una novela de ciencia-ficción, pero el hecho es absolutamente cierto. Los muchachos se expresaban en un idioma desconocido. Especialistas llegados de Barcelona trataron en vano de identificar este idioma y de analizar el tejido de los vestidos. Entre aquéllos, un sacerdote, versado en idiomas extranjeros, tampoco consiguió identificar el que utilizaban los muchachos.

Fueron entregados al juez de paz local, Ricardo de Calvo. Éste trató de quitarles el color verde, pero no se trataba de un maquillaje, sino de la verdadera pigmentación de su piel. Se vio que las caras de los muchachos ofrecían ciertos rasgos negroides, pero los ojos, más bien de tipo asiático, los tenían en forma de almendra. Durante cinco días, se les ofrecieron los más distintos alimentos, pero los rehusaron todos. Finalmente, les presentaron judías verdes y aceptaron comerlas. El chico, muy debilitado, murió. La muchacha le sobrevivió. El color verde de su piel fue atenuándose hasta llegar a ser el normal en un ser de raza blanca. Aprendió un poco de español y trabajó como sirvienta en casa del juez.

Cuando se la interrogó, sus declaraciones acentuaron el misterio. Describió el país de donde venía: un país sin sol, en el que reinaba un crepúsculo permanente. Este país estaba separado por un ancho río de otro país luminoso alumbrado por el sol. Súbitamente, se produjo un torbellino, acompañado por un ruido terrible, que arrebató a ambos muchachos y los depositó en la gruta. La muchacha sobrevivió aún cinco años, para morir después.

El problema quedó sin solución. Tratándose de fines del siglo XIX, se propusieron explicaciones procedentes del campo de la mitología propia de aquel tiempo: los muchachos habrían llegado del planeta Marte, que entonces se creía habitable, y su pigmentación verde se debería a la débil iluminación solar en este planeta. Pero ahora sabemos que Marte, como es el caso de la Luna, prácticamente no tiene atmósfera y resulta imposible en él cualquier clase de vida, humana o no. Por otra parte, no resulta muy comprensible una tempestad o un tifón nacidos en el planeta Marte para depositar seres en la Tierra.

Conocemos la existencia de niños azules: se trata de una enfermedad bastante clásica. Parece que existen también niños verdes, cuyo color es debido a otra enfermedad más rara que la enfermedad azul y que tiene origen endocrínico. Resultaría tranquilizador saber que alguien, por razones desconocidas, habría abandonado a los dos muchachos en la gruta. La dificultad que se presenta para poder aceptar esta interpretación consiste en que no se encontró, en aquella época, ningún rastro de desaparición en los hospitales.

Es inútil insistir sobre las hipótesis más modernas que hacen intervenir la cuarta dimensión o nos hablan de la existencia de mundos paralelos. Se trata de la mitología de hoy, que, seguramente, no tiene mucho más que ver con la realidad que la creencia en la habitabilidad de Marte, tan

comúnmente admitida en el siglo XIX.

La hipótesis de un mundo subterráneo no es, en principio absurda, pero no tenemos ninguna prueba de ella. Nada nos permite creer que existen, a grandes profundidades, cavernas habitadas por seres humanos. Esta hipótesis reaparece periódicamente, pero es siempre desmentida por cuanto conocemos acerca de la corteza terrestre.

Es posible que en este terreno lleguen a descubrirse cosas sorprendentes y que las muy numerosas tradiciones y leyendas referentes a la existencia de mundos subterráneos (entre las que la tradición escandinava del *hadding land*, o tierra oculta, resulta particularmente detallada) correspondan a una realidad. Pero en el actual estado de cosas esto parece improbable.

Quedan muchas otras hipótesis, entre ellas, una relacionada con las ya expuestas en este libro: la presencia de estos muchachos verdes respondería a una experiencia para provocar reacciones en el ser humano. Si este es el caso, la verdad es que no provocó muchas. Cuando se trata de hechos verdaderamente desconcertantes, la gente no se muestra muy curiosa, y el relato de la historia de los muchachos verdes sólo se encuentra en oscuras recopilaciones hechas por los coleccionistas de lo raro.

Pero es interesante tenerla en cuenta, como conviene tener en cuenta también, en el cuadro de una serie de experiencias destinadas a dar la medida de la inteligencia y la curiosidad de nuestras civilizaciones, toda clase de apariciones muy curiosas. Entre estas apariciones, la del hombre de Neandertal, descubierto el año último en América por Bernard Heuvelmans e Yvan Sanderson, merece una mención especial. Me apresuro a añadir que ni Heuvelmans ni Sanderson aceptarían mi interpretación de su aventura.

A principios de 1969, los dos más importantes especia-

listas del «abominable hombre de las nieves» y de los distintos humanoides que se encuentran, o cree uno que se encontrarán en el planeta, de viaje por los Estados Unidos visitaron una feria y en ella vieron un barracón que ostentaba el siguiente letrero: «El hombre más antiguo de todos los tiempos, encerrado en un bloque de hielo.» Entraron para pasar el rato, y encontraron en el bloque de hielo el cadáver de un hombre de Neandertal mostrando la herida de una bala en la cabeza. ¡Huelga decir que en la época de Neandertal no eran conocidas las armas de fuego! El propietario de la barraca, un sujeto llamado Hansen, mostró espíritu de colaboración: permitió que se tomaran unas fotografías y explicó que había adquirido en China el ser encerrado en el bloque de hielo. Sanderson y Heuvelmans le ofrecieron sumas fabulosas por su atracción; rehusó al principio, pero, al fin, aceptó. Cuando, más tarde, los dos antropólogos volvieron con el dinero, facilitado por el «Smithsonian Institute» el hombre y su bloque de hielo habían desaparecido. En vano los buscaron por todas partes. No obstante, no es fácil desaparecer sin dejar rastro alguno cuando se es buscado en todo el territorio por el FBI y uno tiene que desplazarse con un bloque de hielo de doce metros cúbicos conteniendo los restos de un hombre de Neandertal. No es una clase de género que pueda pasar inadvertido.

A partir de este momento, nos hallamos en pleno folletín, y, en estos instantes, el folletín aún no ha terminado. El examen de las fotografías ampliadas nos demuestra que se trata de una especie no conocida de los antepasados del hombre y que corresponde aproximadamente con lo que conocemos del hombre de Neandertal. La herida por bala es innegable. Este ser debió de ser introducido en los Estados Unidos siguiendo el mismo circuito clandestino que lleva hasta allí la droga, y la Mafia tendría que ver con el asunto. Heuvel-

mans recibió muchas cartas amenazadoras. El bloque de hielo y su contenido fueron declarados monumento nacional americano, lo que permitió actuar libremente al FBI. Algunas autoridades, mezclando este asunto con la propagación de epidemias, manifestaron que este objeto, introducido ilegalmente en los Estados Unidos, había sido el que trajo a Occidente el virus de la gripe de Hong-Kong. Ciertos elementos intermediarios entre la Policía y el sindicato del crimen dejaron entrever que si el FBI no iba demasiado lejos en sus investigaciones cerca de determinados sectores, el bloque de hielo con su contenido podrían muy bien ser restituidos al «Smithsonian Institute» para su estudio. Esta es la situación por el momento.

A mi parecer, no se volverá a encontrar al hombre de Neandertal perdido; sucederá igual que cuando los ratones, en un laberinto experimental, no encuentran el trozo de queso que el experimentador, con la ayuda de un gancho, ha retirado a la tercera dimensión. Heuvelmans y Sanderson me dijeron que acaso su animal fue hallado flotando en el estrecho de Bering, muerto por un disparo de fusil. Según ellos, existiría aún hoy, a un lado u otro del estrecho, una tribu de hombres de Neandertal vivos todavía. Con todo el respeto que me merecen ambos antropólogos, me es imposible admitir esta hipótesis: las dos orillas del estrecho de Bering, las de Siberia y Alaska, son territorios sometidos a control militar que rusos y americanos vigilan sin cesar; hay allí un radar por centímetro cuadrado, y los policías, militares y agentes de toda clase tropiezan unos con otros. No sería menos verosímil encontrar una tribu de Neandertal en los corredores del Pentágono o en los subterráneos del Kremlin.

Por todo esto, y mientras algún nuevo acontecimiento no venga a invalidar esta hipótesis mía, yo me atengo a la

idea de un lugar donde se encuentran los demonios luminosos, los pseudohumanos del tipo Cavendish, los muchachos verdes, y el hombre de Neandertal de Heuvelmans. Se echa mano de ellos para ponerlos en circulación cuando se estima necesario hacer, y sin duda registrar, una experiencia sobre nuestra psicología y nuestro comportamiento, y después se les devuelve al sitio de donde fueron tomados. Opino que la mayoría de hechos misteriosos, y en particular, esas apariciones inexplicadas, constituyen experimentos de este orden.

También situaría en la misma categoría que las apariciones, las tinieblas súbitas que se producen en pleno día cuando no existen nubes ni eclipses. El caso más típico es el que ocurrió el 26 de abril de 1884 en Preston, Inglaterra: hacia mediodía, el cielo se puso completamente negro, hasta el extremo de que los animales se acostaron y se durmieron. Veinte minutos más tarde, el sol salió de nuevo. Se conocen varios centenares de casos por el estilo, sin que de ellos pueda dárseles explicación alguna. Se ha hablado de espesas nubes de humo ocasionadas por incendios de bosques, pero, generalmente, no existen trazas de incendios de bosques en las fechas en que se produjeron tales incidentes, y cuando las hay, tales nubes no se observan jamás entre el paraje donde se produce el incendio y aquél en que se advierte el fenómeno.

El más curioso de esos fenómenos de oscurecimiento ocurrió en Londres, el 19 de agosto de 1763. Lo más extraño del caso fue que las tinieblas parecían haberse hecho completamente impenetrables a la luz de las velas y de las linternas. Si se hubiera tratado de una humareda lo bastante densa para mostrarse impenetrable a la luz, hubiera dejado, sin duda, huellas en los objetos, pero no ocurrió nada de esto. Es evidente que se trataba de algo desconcertante que

podemos alinear perfectamente entre el número de las citadas experiencias.

Resultaría bastante tentador incluir en la misma colección las apariciones de abominables hombres de las nieves y de abominables hombres de los bosques, dado el caso de que existieran. Observadores, al parecer muy serios, aseguran haber encontrado estos velludos humanoides en la Unión Soviética, en los Estados Unidos y en el Tibet. Algunos especialistas, como Porchnev, aseguran que es la misma raza de humanoides. Heuvelmans y Sanderson pretenden que se trata de varias razas distintas y que una de ellas viviría en los Estados Unidos, a 10 km de una estación de autobús... ¿Por qué no? Pero, por lo menos, esto sería algo sorprendente. Estos «grandes pies», como les llaman los americanos, gustarían de manifestarse en regiones muy pobladas. Seguramente se reproducen y constituyen, si no tribus, por lo menos familias o pequeños grupos. Que esto haya podido producirse sin que poseamos prueba alguna de ello en un país tan poblado como los Estados Unidos me parece muy inverosímil.

Sin embargo, los Estados Unidos tienen aún algo mejor que ofrecernos con el llamado *Monstruo de Flatwoods*. En setiembre de 1952, en el pequeño villorrio de Flatwoods, en Virginia, unos niños afirmaron haber visto salir un monstruo del interior de una vibrante bola roja. Una expedición infantil, bajo el mando de un muchacho de diecisiete años, que formaba parte de la policía como voluntario, penetró en el bosque. El joven policía iba provisto de una poderosa linterna eléctrica y, a la luz de esta linterna, se vio a una criatura de cuatro metros de alto, cuyo cuerpo humanoide estaba cubierto con un vestido de caucho verde que reflejaba la luz, y se cubría con un casco. La cara era roja, con dos enormes ojos de un verde anaranjado. Este ser exhalaba

un olor desagradable. Se agitaba sin mover los pies y parecía como si se deslizara sobre el suelo. Todo el mundo se asustó, comprendido el perro del joven policía, que fue el primero en iniciar la huida. Se llamó al sheriff por teléfono, quien no halló monstruo alguno y sí comprobó un olor desagradable y unas señales inexplicables, como si algo se hubiera deslizado en el aire.

Todos los muchachos presentes, de una edad entre los doce y diecisiete años, fueron interrogados por separado y de forma minuciosa. Sus descripciones coincidieron notablemente. Como no se halló al monstruo, no es posible eliminar la hipótesis de una superchería. Pero han transcurrido quince años desde entonces, y ninguno de los muchachos, convertido ya en persona mayor, ha vendido a periódico alguno el relato de tal superchería, lo que de existir aquélla difícilmente hubiera dejado de ocurrir. Esto nos lleva a suponer que en realidad vieron algo.

Periódicamente se anuncia, en cualquier rincón de los Estados Unidos (que parecen poseer la exclusiva de estos casos), la aparición de algún tipo de monstruo. Ningún parecido existe entre ellos, lo que descarta definitivamente la hipótesis de que alguien de una civilización interplanetaria venga a visitarnos. Por el contrario, si en efecto se tratara de experiencias, es bastante lógico que se diferenciaren en cada caso.

Se ha intentado agrupar en dos clases toda esta serie de apariciones; una que comprende las apariciones humanoides, la otra, las que no lo son. Este intento no ha dado ningún resultado, y, por mi parte, me sentiría más inclinado a reunir a los niños verdes, a los de Neandertal que se pasean en nuestros días, a los abominables hombres de las nieves y de los bosques y, en el límite del espectro, a los distintos monstruos. La hipótesis de una serie de experiencias tiene, por lo

menos, el mérito de no exigir a cada momento una explicación que cuadre con la hipótesis más general de las razas extraterrestres o de las razas subterráneas. Si, en efecto, se tratara de una raza extraterrestre o subterránea que visitara nuestro mundo, todos los visitantes se parecerían poco más o menos. Pero no existe, en realidad, ninguna relación entre los muchachos verdes y el monstruo de Flatwoods. Obsérvese, también, que ninguno de estos seres siente necesidad alguna de transmitirnos mensajes morales o religiosos, y que raras veces se dejan capturar.

No es, pues, cosa de creer en visitantes más o menos parecidos a arios blancos y que sean portadores de mensajes morales.

Por lo que se refiere a los abominables hombres de los bosques, recientemente se señaló uno que se había escapado de su prisión en Sumatra. Destacaba por la pilosidad que cubría todo su cuerpo. En la Columbia británica se conocen, desde 1884, frecuentes ejemplos de seres de esta naturaleza. Se les ve, se les hacen fotografías, se les vende a los circos y casi se les exhibe en la televisión. Los zoólogos se empeñan en insistir en que es totalmente imposible que una criatura de la talla de un gorila pueda sobrevivir en nuestro mundo superhabitado, y es muy cierto que sería acogida con natural escepticismo la noticia de la aparición de uno de estos seres en Sena y Oise. No obstante, los americanos, gente seria al parecer, se hallan con humanoides tan gigantescos como cabelludos. Lo que sigue ocurrió el 23 de julio de 1963, en Oregón, entre Satus Phass y Toppenish. A la una de la madrugada, tres personas pasaban en su coche cuando atravesó el camino un humanoide de cuatro metros de alto, de cabellos grises. Estos testimonios no son casos aislados. Un matrimonio de Portland, también en Oregón, estaba pescando en el río Lewis cuando advirtió en la orilla a un huma-

noide de cuatro metros de alto. Este llevaba un capuchón tipo Ku Klux Klan. A menos que tomaran por un capuchón su abundante cabellera. En agosto de 1963, un reportero del diario *Oregon Journal*, enviado para hacer investigaciones, consiguió excelentes fotografías de huellas de pies que medían cuarenta centímetros de largo por quince de ancho. A juzgar por ellas, el peso del ser que las dejó marcadas debía pasar de los doscientos kilogramos. Parecían mucho más unas gigantescas huellas humanas que huellas de animal alguno conocido. Otras fueron fotografiadas el mismo mes, en los alrededores del río Lewis: éstas aún eran mayores, el ser que las dejó marcadas daba pasos de dos metros y debía de pesar más de trescientos cincuenta kilogramos. Por muy abierto que tenga uno el espíritu hasta los límites extremos de la credulidad, resulta difícil creer que, en un país tan poblado como los Estados Unidos, pueda existir y continuar ignorada una reserva de humanoides de semejante estatura. Los bosques de la nación están constantemente vigilados por los helicópteros del servicio preventivo contra incendios. Si tribus de gorilas de cuatro metros de estatura se pasearan por ellos, inevitablemente hubieran sido advertidas. Esto, sin contar con que, en el siglo XIX, ciertos reyes del circo como Barnum no hubiesen reparado en el precio para organizar expediciones y capturar tales animales.

Mientras no posea más amplia información, insisto en creer que estos animales son criados o fabricados en el exterior y depositados después entre nosotros con fines de experimentación. Me inclinaría a clasificarlos en la categoría general de los humúnculos, término empleado en la Edad Media para designar a las criaturas humanoides artificialmente fabricadas. También podríamos utilizar la palabra judía *golem*.

En mi opinión, estas apariciones se remontan a los tiempos más remotos. Los antiguos griegos insistían sobre el doble aspecto del mundo en que vivían. Según ellos, existían criaturas que se parecían a los hombres, pero que carecían de lenguaje articulado. También había criaturas, como los centauros, los sátiros, etc., que tenían un cuerpo parecido, al mismo tiempo, al cuerpo humano y al de los animales. Las alusiones a estos dos aspectos de la realidad se producen con tanta frecuencia en toda la literatura griega, que resulta difícil atribuirlos sólo a la mitología. Para los griegos, estos seres medio hombres medio bestias, no eran divinos en modo alguno, sino, por el contrario, completamente materiales; no se desvanecían como el humo, no eran transparentes, se les podía ver, oír y tocar.

En consecuencia, me inclino a admitir que el experimento que llegó hasta los muchachos verdes, al hombre de Neandertal abatido por un disparo de fusil, y a esos simios de cuatro metros de estatura que circulan en América en pleno siglo XX, comenzó en los orígenes de la Humanidad y ha sido continuado hasta nuestros días. Ninguna de estas criaturas me parece, por otra parte, capaz de pilotar un ingenio interestelar o de viajar en el tiempo. Aquí se trata de animales jamás vistos con cualquier instrumento u objeto fabricado, aparte de un casco. Se les lleva allí donde aparecen y se les retira, después, exactamente como el experimentador recupera el pedazo de queso en el laberinto del ratón.

Hemos hablado hasta ahora de gigantes. También vemos manifestarse a seres enanos, pero podemos preguntarnos si se trata del mismo fenómeno. Ningún testimonio contemporáneo nos habla de enanos, ni poseemos huella alguna de sus pasos. No obstante, todas las leyendas, en todos los países, nos hablan de los hombrecitos que viven bajo tierra. Han dado incluso su nombre a un metal, el cobalto, palabra

derivada de *kobold*, uno de los nombres que se les dio. Pero no parece que hayan sido vistos enanos desde la fecha (1138) en que fue capturado uno de ellos en los sótanos de un monasterio alemán. Este enano era negro y no hablaba ningún idioma. Al fin, lo soltaron con objeto de ver qué iba a hacer: volvió al sótano en el que fue encontrado, levantó una piedra y se introdujo en un túnel por donde nadie consiguió seguirlo. El túnel fue cerrado con una cruz y las cosas quedaron así.

La leyenda de los enanos no parece tener ninguna relación con los pigmeos de África, que ni los celtas ni los indios americanos llegaron a conocer. Y, no obstante, muchas tradiciones, tanto entre los indios de las dos Américas como entre los celtas y los europeos en general, nos hablan de estos enanos que viven bajo tierra. Margaret Murray, en *El dios de las brujas*, llega a decirnos que han existido contactos con estos hombrecitos incluso hasta llegar a los tiempos contemporáneos, y que la brujería es su vieja religión. Los trabajos de Margaret Murray, una antropóloga muy distinguida, influyeron muchísimo en Lovecraft.

Parece, sin embargo, que si un país de cavernas hubiera existido bajo Inglaterra, hubiese sido detectado por los modernos instrumentos que hoy poseemos. A menos que tales cavernas estén protegidas contra los sondeos por ondas sísmicas: tales procedimientos existen al parecer y se utilizan para ensayos clandestinos de armas atómicas. De todas maneras, esto resultaría algo extraño.

Más fácil resulta creer que ciertas razas sobrevivieron, hasta la Edad Media, por ejemplo. Pero, entonces, convendría saber por qué motivo jamás se hallan esqueletos.

Sea como fuere, encontramos en nuestros días hombres verdes, gigantes y monstruos de toda clase, pero no enanos. Y que no se me diga que son enanos quienes tripulan los pla-

tillos volantes, porque no creo en la existencia de platillos volantes.

Un punto curioso en las tradiciones que nos han llegado referentes al pequeño pueblo es el siguiente: si uno vive algunos días, dicen aquéllas, en el país de los enanitos, no se reaparece en la Tierra sino unos siglos más tarde. Lo que nos recuerda, una vez más, la contracción del tiempo demostrada por los teóricos de la relatividad. Sin embargo, no me parece muy justo clasificar a los enanos, duendes, etc., entre las manifestaciones extraterrestres. Tampoco me parece oportuno clasificar como tales a los extraños animales de que nos hablan Heuvelmans, Sanderson y Porchnev. Las junglas y los océanos no han sido aún completamente explorados, y, por mi parte, no tengo inconveniente en admitir que existan del modo más natural del mundo plesiosauros en el Atlántico, serpientes de veinte metros de largo en América del Sur o bien perros con dos hocicos. Además, estas dos últimas bestias fueron vistas por Fawcett antes de su misteriosa desaparición. Muy bien puede admitirse la supervivencia natural de algunos de esos animales sin necesidad de intervenciones extraterrestres.

En cambio, me siento inclinado a considerar como formando parte de esas experiencias de origen no humano a los espíritus golpeadores. Este fenómeno, que en lenguaje especializado se llama *poltergeist*, existe indiscutiblemente: unos golpes son dados, los objetos empiezan a moverse, y todo ello en presencia de las cámaras de televisión, de los periodistas y de los especialistas en parapsicología. Incluso se ha dado el caso de que una botella de agua de Javel, después de haberse roto verticalmente en el aire, justo encima de la cabeza de un distinguido especialista en parapsicología, se haya abierto y derramado sobre el mismo. Esto hace pensar que también existen experimentadores maliciosos.

Se ha constatado que el fenómeno se produce la mayoría de las veces en presencia de un muchacho o de una joven en la edad de la pubertad, sin que exista nunca, según parece, responsabilidad consciente por parte de este sujeto.

Los *poltergeist* han motivado gran número de teorías demenciales. La más extraña es la de un psicoanalista: pretende que se trata de fantasmas, pero no de una personalidad, sino de un complejo. Según él, un complejo puede tener una existencia tan fuerte en la personalidad que sobreviva a la muerte del cuerpo físico. ¡Pobre Freud!

La hipótesis de un experimentador o de un grupo de experimentadores que produciría estos fenómenos para registrar las reacciones, me parece mucho más plausible. Nosotros mismos procedemos así en nuestros estudios experimentales sobre los animales.

Si la existencia de los fantasmas es indiscutible, la de los *poltergeist* queda bien establecida. Observemos que siempre son inofensivos y que jamás hicieron daño a nadie. Con una sola excepción. En 1966, la televisión inglesa pretendió transmitir algunas imágenes de *poltergeist* en una vieja casona de varios pisos. Una cámara fue bruscamente empujada por manos invisibles —el hecho fue registrado y transmitido por otra de las cámaras— y precipitada tres pisos más abajo. Por poco no dio a uno de los periodistas de la televisión, a quien pudo muy bien matar. El caso es único, y si se trataba de un complejo, era, sin duda, un complejo anti-televisión muy desarrollado.

Teniendo en cuenta estos detalles, los *poltergeist* se parecen bastante a esas experiencias hechas sobre animales de laboratorio que no tienen bastante inteligencia o imaginación para detectar al experimentador. Lo que me inclina a considerarles en la misma categoría que los hombres verdes. Con la diferencia, no obstante, de que sólo existe un

caso bien establecido de muchacho verde, mientras que los *poltergeist* se manifiestan con mucha mayor frecuencia, hasta el extremo de que se puede estimar en diez mil el número de casos comprobados.

Merecerían un estudio muy serio, hecho con instrumentos de medición sensibles a toda clase de campos o de irradiaciones. Acaso llegaríamos así a detectar a los experimentadores. E imagino que las técnicas modernas son más que suficientes, como lo fue la técnica de Pasteur para dar con los microbios.

Pero creo que se precisaría un investigador con una mentalidad bastante especial, algo paranoico, pero no demasiado. Porque la idea de que somos observados por seres que no vemos y que obramos impulsados por fuerzas desconocidas es una idea típicamente paranoica. Llevada demasiado lejos, podría llevarnos al asilo mental. Por el contrario, si no la poseemos en absoluto, resulta imposible el montaje experimental que ha de permitirnos detectar si somos o no observados y, por decirlo así, manipulados. Se trata de un equilibrio muy sutil, sobre el filo de la navaja.

Evidentemente, no es posible forzar la existencia de semejante observador, pero es preciso considerar que muchos científicos fueron también excéntricos, y día llegará en que un excéntrico se obstine en poner en evidencia la existencia de los experimentadores. Quizás haya llegado ya y se trate de una persona lo bastante prudente y lo bastante interesada en evitar el internamiento para no publicar nada. Certo que la opinión general cambiará a este propósito, como cambió con respecto a los microbios. Semmelweis fue perseguido, Pasteur, combatido; pero los microbiologistas modernos reciben el Premio Nobel. Sin duda, el primer investigador que proporcione las pruebas que traten de demostrar que somos observados, será encerrado en el manicomio.

mio. El segundo tendrá aún sus disgustos. Pero los que les sigan crearán posiblemente una nueva ciencia que parecerá a las nuevas generaciones tan natural como la microbiología. Esta ciencia estudiará, dentro de una óptica racionalista, los fenómenos de que se trata en este libro, y acaso otros como la posesión demoníaca. Resulta interesante preguntarse cuáles podrían ser las consecuencias de un descubrimiento de este género. Si somos observados, debemos demostrar a los observadores que somos seres inteligentes.

Porque es probable que no lo sepan, y hemos de darnos cuenta de que no será nuestra conducta actual, nuestros desplazamientos en los fines de semana, o en el verano, nuestras guerras, nuestros campos de concentración, etc., lo que pueda demostrárselo.

Un observador externo —incluso si los observadores que realizan experiencias sobre nosotros son mucho más inteligentes que nosotros, no por ello dejan de ser externos— puede muy bien creer que nuestras actividades son debidas sólo a reflejos condicionados múltiples, como los de las abejas, las termitas y las hormigas. Esto es lo que señalaba ya Maurois hace cerca de medio siglo en *Fragments d'une histoire universelle*, 1992. Las observaciones de Maurois tienen perfecta validez en 1970. Observadores y manipuladores mucho más inteligentes incluso que nosotros posiblemente no entenderían nada de nuestras actividades.

¿Cómo dar la impresión de que somos inteligentes? Las hormigas poseen instrumentos y cultivan sus jardines. Las abejas saben geometría y, no obstante, con razón o sin ella, la mayoría de los observadores convienen en el hecho de que no son inteligentes.

Para seres inteligentes que encienden y apagan las estrellas, nuestros medios tan primitivos no dan quizá la impresión de que somos inteligentes, sobre todo, si nos ser-

vimos de ellos como en Auschwitz o en Hiroshima. Teilhard de Chardin preveía medios capaces, aun a larga distancia, para descubrir la inteligencia. Es una hermosa idea, pero unos seres que no tienen tales instrumentos a su disposición y que usan la experimentación y la observación no han tenido, hasta el momento presente, prueba alguna de nuestra inteligencia.

Nota sobre la asfixia. Denis de Rougemont escribió que la mayor astucia del diablo consiste en hacernos creer que no existe. Lo mismo podemos decir de esos seres hipotéticos que yo aquí denomino a veces las Inteligencias, y otras, los Experimentadores. Después de cada una de las experiencias, deben volver a poner el sistema a cero, para empezar de nuevo. Así se procede, por lo demás, en cualquier investigación científica, en Física y Química, por ejemplo: tenemos que eliminar la electricidad estática y el magnetismo que dejó la experiencia anterior, lavar los recipientes utilizados durante una experiencia química, etc. Los Experimentadores deben, pues, una vez concluida cada manipulación en nuestro medio, facilitarnos una explicación satisfactoria para hacernos creer que no ocurrió nada. Esto es lo que Charles Fort llamaba «la asfixia sistemática».

De ello hemos tenido recientemente un buen ejemplo a propósito del hombre de Neandertal descubierto por Bernard Heuvelmans. En las últimas —por ahora— informaciones sobre el caso, un fabricante de maniqués para escaparates de Saint Louis declaró haber sido él quien construyó el humanoide de Heuvelmans con una vejiga hinchable sobre la que había pegado los pelos. Por desgracia, las fotos tomadas por Heuvelmans —y yo las he visto con mis propios ojos— nos demuestran con toda evidencia que se trata de pelos que han crecido en forma natural sobre la piel. El tra-

bajo de «vuelta a cero» no consiguió un éxito total en este caso.

Sabemos de otros casos; y uno de los mejores en lo que a asfixia fracasada se refiere es el que ocurrió en abril de 1817 en Almondsbury (Gran Bretaña). Este día, una mujer joven, vestida con un sari y que no hablaba ninguna lengua conocida, llamó a la puerta de varias casas. Al parecer, no sabía escribir tampoco, y, designándose a sí misma con el dedo, decía: *Carabú*. Después, se consiguió hacerle escribir un alfabeto y decir los números hasta quince en una lengua completamente desconocida que ella llamaba *javasu*. Más tarde, un marino portugués que pasaba por allí, Manuel Eynesso, anunció que conocía el *javasu* y que la joven era una princesa raptada por piratas en Indonesia y llevada a Inglaterra.

Al cabo de cierto tiempo, se comprobó que el marino era un impostor, y que, poco a poco, se había ido inventando la historia con el único objeto de conseguir hablar con la joven. Después de lo cual, ella misma declaró que la superchería ya había durado bastante, que ella era inglesa, que se llamaba Mary Wilcox y que lo había inventado todo.

Pero la historia de Mary Wilcox también era inventada, porque jamás existió tal Mary Wilcox. La mujer acabó casándose con un inglés, tuvo y educó varios hijos y falleció en Bristol a los setenta años, sin haber proporcionado una explicación satisfactoria de su aventura.

Como dice Charles Fort, hay momentos en que los encargados de ahogar esa clase de fenómenos no trabajan lo bastante bien. En cuanto a preguntarse cómo una inglesa analfabeta pudo inventar un lenguaje hablado, una lengua complicada, con un alfabeto escrito y un sistema de numeración totalmente original, nadie, antes de Fort, había pensado en ello.

Yo no creo, en modo alguno, en los platillos volantes, lo que me pone en desacuerdo con otros autores. Sin embargo, esto no es ningún inconveniente, creo yo, ya que no se trata aquí de una capillita de autores que defienden una misma revelación, sino de hombres que, libremente, procuran documentarse.

Además, crea o no crea yo en los platillos volantes, este problema ha sido ya abundantemente tratado, en particular en esta serie, y, por mi parte, intento dedicar el capítulo final de este libro a manifestaciones más o menos contemporáneas y que nada tienen que ver con el humor o la imaginación.

Veamos, en primer lugar, lo que ocurrió en Siberia el día 30 de junio de 1908. Aquella noche se produjo, por encima del río Yeniséi, una explosión de una potencia superior a la de las bombas atómicas que fueron arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki, una potencia comparable a las de nuestras más potentes bombas H. Se advirtieron en el cielo los rastros luminosos dejados por la trayectoria de masas no identificadas, y se trató de identificar esos rastros con el trayecto recorrido por un objeto que habría provocado la explosión. Tal identificación quedó, por lo menos, muy dudosa. Pero si estos rastros luminosos tienen relación, en efecto, con el objeto que explotó en 1908, los más recientes

cálculos mediante ordenadores nos demuestran que este objeto efectuó maniobras tanto en altura como en dirección. Este resultado, que no fue publicado en Francia, por lo menos que yo sepa, ha sido revelado por revistas soviéticas muy serias. Después de la explosión, se detectaron más o menos en todo el Globo, ondas de choque sísmicas y perturbaciones electrostáticas y electromagnéticas, como serán detectadas más tarde, después de las explosiones atómicas y termonucleares. A partir de 1927, varias expediciones soviéticas han explorado el teatro de la explosión. No se encuentra allí ningún resto, habitual cuando se trata de meteoritos, sino un lugar calcinado, con los árboles derribados e indiscutibles muestras de radiactividad: aun en 1963, este terreno poseía una radiactividad superior a la radiactividad media en la región. Los relatos de testigos recogidos antes de la Primera Guerra Mundial nos hablan de un fenómeno muy parecido al hongo que se observa después de las explosiones atómicas. Algunos de estos testigos murieron, algunos años después de la explosión, víctimas de una enfermedad cuyos síntomas recuerdan los de la leucemia provocada por las radiaciones atómicas. Todo el mundo intentó dar con una explicación, y se aventuraron más de veinticuatro hipótesis. He aquí la mía, que expongo no porque se fundamente en mayor número de pruebas que las demás, sino porque no recurre a agentes extraterrestres. Lo que demuestra que no intento introducirlos de forma sistemática para dar una explicación de las manifestaciones insólitas. Tengo que añadir que esta hipótesis no ha tenido hasta el presente, salvo yo mismo, partidario alguno.

Por aquella época, los desterrados políticos en Siberia no eran encerrados en campos de concentración, sino que gozaban de una libertad de movimientos bastante considerable. Algunos de ellos pudieron muy bien fabricar explosivos.

Pienso que un grupo de estos deportados, en el transcurso de investigaciones científicas sobre la radiactividad, descubrió, de una manera mucho más sencilla que la nuestra, la liberación de la energía nuclear. Siguiendo en esta hipótesis, ese grupo hubiera intentado el procedimiento de teleorden eléctrica utilizando un globo cautivo. La explosión debió de exceder a sus previsiones y los destruiría. Grupos enteros de forzados desaparecían en aquellos tiempos sin que nadie prestara a ello la menor atención.

Si esta hipótesis no les parece aceptable, sepan que nadie más la acepta tampoco. Pero ¿cuáles son las otras propuestas? Los sabios soviéticos oficiales opinan que se trató de una colisión entre la Tierra y un cometa. Es una opinión difícil de mantener, pues este cometa, al acercarse a la Tierra, hubiera sido advertido. Tanto más cuando en aquellos tiempos la gente estaba muy sensibilizada con respecto a esta clase de fenómenos a causa de la aproximación del cometa de Halley, que, al decir de ciertos astrónomos, iba a destruir el mundo. Un cometa desconocido, precipitándose sobre la Tierra para entrar en colisión con ella, hubiese provocado un pánico general. Pero no se efectuó ninguna observación de un cometa de esa clase. Cuando se hace esta observación a los sabios soviéticos prefieren cambiar de tema de conversación.

Por su parte, los sabios americanos oficiales opinan que se trató de una colisión entre la Tierra y una cantidad bastante importante de antimateria. La teoría nos demuestra que, en este caso, debe producirse una destrucción total de la masa materia + antimateria, acompañada de un desprendimiento de energía diez veces mayor por kilogramo de masa que en la más potente de nuestras bombas de hidrógeno. Se han conseguido obtener en laboratorio pequeñas cantidades de antimateria, constituida por núcleos negati-

vos y positrones que se mueven alrededor. En particular, se han obtenido algunos átomos del antihelio 3.

En esta hipótesis, la dificultad estriba en admitir que esta pequeña cantidad de antimateria haya podido descender a una altura tan baja sin desintegrarse al entrar en contacto con la atmósfera, que, como sabemos, suele estar compuesta por materia. Nadie, hasta el momento, ha podido contestar a esa objeción. Y aquí interviene mi excelente amigo Alexandr Kazantzev. Kazantzev es, entre otras cosas, autor de cienciaficción, lo que le ha sido amargamente reprochado, como si se tratara de una prueba evidente de debilidad mental. A este propósito, baste recordar la observación de otro buen amigo mío, L. Sprague de Camp, historiador americano de las Ciencias y, también él, escritor de cienciaficción: «Para escribir cienciaficción no es necesario estar loco, aunque esto ayude.» Kazantzev tiene, también, una honorable profesión, es ingeniero militar. Durante la Segunda Guerra Mundial, dirigió un instituto que inventó varias armas nuevas, armas que iba a ensayar personalmente, en primera línea, contra los nazis. Lo que demuestra un equilibrio mental, sin lugar a dudas. Es también un buen jugador de ajedrez y ha inventado problemas muy ingeniosos, lo que evidencia un espíritu lógico. Hablé extensamente con él en dos o tres ocasiones, y me pareció física y mentalmente sólido como una roca. Pertenece más bien a esa especie de rusos que estuvieron en Leningrado y en Stalingrado y que llegaron hasta Berlín, que a aquellos que sirvieron de modelo a Dostoievski y a Pasternak.

Empezó como metalúrgico, utiliza aún sus manos y conoce a fondo la Física matemática más moderna. Ostenta tantos diplomas como cualquier otro sabio oficial, y pisa firme. En resumen: que doy muchísima importancia a sus opiniones. Ahora bien: la hipótesis que defendió, y defiende

aún con la mayor energía, es que la explosión de 1908 fue la de una astronave llegada del exterior... Y añade, como para complicar el caso, que algunos miembros de la tripulación conseguirían salvarse y se encontrarían entre nosotros.

Resulta inútil decir que ha sido objeto de los más violentos ataques. Pero ahí está su teoría notablemente plausible. Mas, ¿de dónde procedería esa astronave?

Todas las investigaciones modernas parecen demostrar irrefutablemente que no existe otra vida en el sistema solar aparte de la vida terrestre. Se trataría, pues, de una nave interestelar, y podríamos imaginar que esta nave fue enviada a la Tierra para depositar en ella, o llevarse a la estrella de origen, el material experimental correspondiente a las diversas búsquedas de que somos objeto y de que trata el presente libro.

Salvo esta precisión, la hipótesis de Kazantzev me parece la más probable entre todas las que se han emitido, comprendiendo la mía. He examinado cuidadosamente las ochenta hipótesis publicadas recientemente por la revista soviética *Priroda* y reproducidas en *Planète*. Algunas resultan muy ingeniosas, como por ejemplo la que nos dice que se trataba de un rayo láser potente en grado sumo, enviado desde otro planeta, y cuya energía hubiese hecho explotar la atmósfera terrestre. Pero esto es poco plausible. Otras aún lo son menos, como la que alude a la explosión de una máquina para viajar en el tiempo: nada prueba que jamás hayan existido tales máquinas. Se ha hablado también de un obús gigantesco lanzado por los rusos o los japoneses durante la guerra de 1905 y que caería tres años más tarde (esta hipótesis dio pie a Julio Verne para su novela *Los quinientos millones de la Begum*). Aparte de que no existen señales de la existencia de este cañón, un obús de tal naturaleza no

hubiese podido transportar más allá de una tonelada de explosivo químico, mientras que la explosión de 1908 correspondía, por lo menos, a tres millones de toneladas de explosivos químicos.

Prácticamente, pueden ser rechazadas todas las hipótesis, salvo la de Kazantzev, que, por fantástica que parezca, supera a cualquier otra. Y, no obstante, ningún resto del misterioso objeto ha podido ser hallado.

Ahora bien: hay algo que suele olvidarse en los estudios sobre este fenómeno, y es algo esencial: hubo un segundo acto. En la noche del 9 de febrero de 1913, extraños objetos penetraron en nuestra atmósfera. No explotaron como el objeto de 1908. No cayeron, como hubiera ocurrido de tratarse de meteoritos. SE MARCHARON DE NUEVO.

Su existencia no ofrece duda alguna. Si las primeras observaciones fueron hechas por granjeros y astrónomos aficionados, las siguientes lo fueron por astrónomos profesionales, como el profesor C. A. Chant, de la Universidad de Toronto. Durante más de tres minutos, observó cuerpos luminosos viajando *en grupo*. Por ejemplo, un primer grupo de cuatro objetos, seguido por otro de tres, y luego, por otro grupo de dos. Algunos de estos objetos navegaban lo bastante bajo como para provocar en la densidad de la atmósfera alteraciones comparables a las que producen los aviones supersónicos. Su vuelo era aparentemente horizontal y su velocidad relativamente débil, muy inferior a la de los meteoritos, que se cuenta por kilómetros-segundo.

Otro astrónomo profesional, W. F. Denning, escribió en el diario de la Real Sociedad Astronómica del Canadá: *Parecía, en el espacio, algo así como un tren expreso, cuyas ventanas vemos iluminadas en la noche por luces interiores. No he visto nada parecido en cuarenta y ocho años de estudios astronómicos.* Otras observaciones hechas a bordo de un

navío permiten precisar que, procedentes del Canadá, los misteriosos objetos sobrevolaron las Bermudas, después, el Brasil, África más tarde, y allí, por falta de observadores competentes y de observatorios, se les perdió de vista.

Las explicaciones que a este acontecimiento dan los astrónomos oficiales son absurdas. Quisieran hacernos creer que varios grupos de meteoritos se convirtieron, al mismo tiempo, en satélites naturales de la Tierra. Pero el cálculo más elemental nos demuestra que se trataría de un hecho burdamente improbable. Por otra parte, un satélite, una vez entrado en la atmósfera, pierde, por frotamiento, bastante energía como para caer inevitablemente. Ninguno de estos objetos cayó.

Por otra parte, se hubiera podido calcular la órbita. De tratarse de satélites, hubieran debido reaparacer noventa y un minutos más tarde. Pero ocurre que nadie los volvió a ver jamás. Observamos también que no se vio a los propios objetos, sino luces tan sólo. ¿Fuegos de posición? ¿Lanzamiento de llamas de los cohetes? ¿Plasma? ¿Fluorescencias de la atmósfera bajo el efecto de un propulsor fotónico? Nadie es capaz de decirlo. En todo caso, esos objetos descendieron lo suficiente para producir bangs supersónicos, y tuvieron después bastante energía para partir de nuevo. No creo necesario recordar que nadie en la Tierra, en 1913, estaba preparado para enviar cohetes o satélites artificiales.

Se me ocurre la hipótesis de que una operación de los extraterrestres debió fracasar estrepitosamente en 1908, pero consiguió éxito en 1913. Nada análogo ocurrió después de esta última fecha.

Podemos intentar describir esa operación en los términos de una tecnología parecida a la nuestra, aunque mucho más perfeccionada. Podríamos decir que fueron colocados en una órbita próxima a la superficie de la Tierra astroná-

ves con transmisión y recepción desde la Tierra de mensajes, con la ayuda de un transmisor de materia, para partir después. Pero no olvidemos que las astronaves interestelares y los transmisores de materia forman parte de nuestra moderna mitología, basada en la cienciaficción y en los comics. Y esta mitología es posible que parezca dentro de unos siglos tan ingenua como el uso de los gansos salvajes para ir a la Luna. Más prudente es decir que una operación que tuvo su origen fuera de la Tierra fracasó en 1908 y tuvo mejor éxito en 1913, y que este éxito tuvo, sin duda, a su vez, consecuencias directas o indirectas que, por el momento, nos resulta imposible detectar.

Los místicos pueden muy bien relacionar los acontecimientos de los años 1908-1913 con el acontecimiento del año 0 de nuestra Era, que empezó con una nueva y deslumbradora estrella en el cielo, antes del nacimiento de Cristo. Digamos simplemente, usando los términos del eminente sabio soviético I. S. Chklovski, que hubo «milagro» en el año 0, en el año 1908 y en el año 1913 de la Era cristiana. Estos milagros se acompañaron con signos en el firmamento, pero en ninguno de los tres casos sabemos hoy exactamente qué ocurrió en realidad.

Investigaciones posteriores nos lo aclararán acaso, y libros «locos» como éste van a multiplicarse. Chklovski fue el primero en sugerir que se busquen «milagros» no sólo en la Tierra, sino en el espacio. Así se hizo, y algunos fueron hallados.

De este modo, astrónomos japoneses han comprobado, al parecer, explosiones atómicas en Marte. El propio Chklovski cree haber demostrado que uno de los satélites de Marte, Fobos, es un satélite artificial. Han sido observados en el Universo objetos llamados, según su naturaleza, *quasars*, *pulsars* e *interlopers*, que, al parecer, emiten con una

energía prodigiosa señales moduladas. Arthur C. Clarke ha hecho observar que se ven en la constelación Auriga estrellas nuevas que aparecen en cortos intervalos y cada vez más cerca de nosotros. Dedujo que se está desarrollando una guerra estelar en esta región y el frente se acerca a nosotros cada vez más. También se observan poderosos chorros de energía desprendidos por ciertos objetos en el cielo, como es el caso de la nebulosa M. 87. El incorregible Clarke nos hace observar en seguida que, a su parecer, se trata de una obra de arte o de una manifestación religiosa por el estilo de la llama del Arco de Triunfo. Tenemos que reconocer que no carece de belleza pensar que determinados seres hacen arder diez soles por segundo en memoria del galáctico desconocido... Tanta belleza, como en la de la idea del astrofísico inglés Edward A. Milne, según el cual, una sola venida de Jesucristo es suficiente para redimir todo el Universo: a medida que los programas de Radio y Televisión que la describen lleguen a los otros mundos, éstos serán salvados a su vez.

En un plan de mayor seriedad, ciertos estudios han sido hechos sobre otros mundos habitados, que nacen y mueren, y que tienen los mismos maestros que nos atribuyen los *Midrash Rabba*, comentarios bastante antiguos sobre la Biblia.

Es probable que, incluso antes de que podamos llegar a detectar señales venidas del exterior, observaremos «milagros» que nos prueben que las Inteligencias actúan sobre las estrellas y sobre galaxias enteras quizá. Las más recientes investigaciones de Weber sobre las ondas gravitacionales nos demuestran que la materia, en el sentido en que existe en nuestra galaxia, ha sido reestructurada de una manera opuesta a las leyes naturales que nosotros conocemos. Y si, como algunos imaginan, la velocidad de las ondas gravitacionales es infinita, esta reestructuración continúa efec-

tuándose en nuestros tiempos.

A pesar de todo, aunque lleguemos a probar científicamente la existencia de las Inteligencias en el Cosmos, será mucho más difícil probar su intervención en nuestros asuntos, porque son, probablemente, mucho más sutiles de lo que puedan hacernos creer los acontecimientos de 1908 y 1913. Sería, desde luego, muy interesante encontrar la prueba de intervenciones contemporáneas, y un examen detallado y metódico de la Historia de la Tierra a partir de 1913, fecha de la última intervención espectacular, quizá nos permitiría conseguirla.

Según creo, en primer lugar, deberíamos empezar por renunciar a toda idea moralizadora, a toda confusión entre las Inteligencias y un Dios de bondad y de justicia. Así, por ejemplo, es inútil preguntarse por qué las Inteligencias no impidieron tal o cual catástrofe de nuestra Historia contemporánea: no es este su papel. Un entomólogo que observa una guerra entre dos hormigueros no se pregunta quién la empezó ni quién tiene razón: sólo la observa. Ocurre, alguna vez, que retira hormigas de uno o de otro campo y las marca con la ayuda de isótopos radiactivos para seguir con los contadores el avance del ejército victorioso. Pero casi tiene la certidumbre de que las hormigas no se dan cuenta de su intervención, y no entienden nada de las técnicas de marcaje de los seres vivientes por los radio-isótopos. Este marcaje no tiene por objeto, en todo caso, asegurar la victoria de uno de los dos hormigueros combatientes.

No nos preguntemos, pues, por qué motivos las Inteligencias no anonadaron a Hitler o salvaron a los detenidos en los campos de concentración. Será mejor que nos preguntemos cuáles pueden ser las grandes intervenciones que se han producido a partir de 1913. El padre de la astronáutica, el sabio ruso Tsiolkovsky, pensaba que aquéllas, en el

siglo XX, serían de orden psicológico. Es decir, que las Inteligencias intervendrían por telepatía. Se ha investigado en este sentido y no se ha hecho, hay que reconocerlo, interrogando a personas que dicen oír voces o cuyo cuerpo astral viaja al planeta Marte. (Se trata, por lo general, del planeta Marte, pero el dramaturgo Victorien Sardou lo hacía, por su parte, a Júpiter.) Los viajes en cuerpo astral al planeta Marte se hicieron tan corrientes a fines del siglo XIX, que una buena señora legó su fortuna a quien fuera que comunicase con cualquier planeta a excepción de Marte, porque esto era demasiado fácil.

Se ha intentado encontrar señales extraterrestres en los mensajes obtenidos por la escritura automática. En 1960, un sabio francés, que firma Pierre Duval para evitar disgustos con la ciencia oficial, creyó haber recibido tales mensajes. Lo ha explicado en el libro que firmó conmigo en las «Editions Planète», *Nuestras facultades desconocidas*¹. Pero se equivocó, y lo reconoce sin reservas.

No creo imposible que otros puedan conseguirlo. Tampoco excluyo la posibilidad de que existan seres capaces de captar inconscientemente emisiones telepáticas de información. Citemos entre ellos a Hélène Blavatsky y a Rudolph Steiner. Son los más conocidos porque han fundado religiones modernas.

A mi parecer, el caso más sorprendente, y que data actualmente de cerca de un siglo, es el del dentista americano John Newbrough Ballou. Fue uno de los primeros en efectuar experimentos con el gas anestésico hilarante (protóxido de nitrógeno), y constató que, bajo la influencia de este gas, escribía automáticamente. Compró, entonces, un aparato recién inventado, la máquina de escribir; la suya fue la

¹ Publicado en «Enciclopedia Hormones», n.º 2, Plaza & Janés, Editores, S. A. Barcelona, 1970.

tercera o la quinta, según los comentaristas, que se fabricara en Estados Unidos. Así escribió un libro titulado *Ohaspe*, muy adelantado para la ciencia de su tiempo e incluso sumamente avanzado en relación con la nuestra.

Conozco numerosos casos de este fenómeno, que yo llamo telepatía en el infinito. En estado de escritura automática, el sujeto se pone a escribir una verdadera enciclopedia de las ciencias conocidas o desconocidas. Enciclopedia que, con frecuencia, sobrepasa el nivel de conocimientos de la Humanidad en el momento en que se escribe. Y estoy convencido de que cierto número de estas enciclopedias obedecen al hecho de intervenciones extraterrestres, o bien son el resultado de la recepción inconsciente de un curso de cultura galáctica que no nos es destinado.

A escala más importante y en un terreno más extraordinario, se trata, creo yo, del mismo caso que ocurre con personas que captan emisiones de radio con su prótesis dental. Es un fenómeno poco frecuente, pero sí comprobado.

De la misma manera, habrá, sin duda, personas cuyo sistema nervioso comprende algo así como un circuito fijado, y de esta forma captan emisiones procedentes de una información que no nos es destinada en modo alguno. Así se producirían intervenciones involuntarias de los extraterrestres. Quizás estos últimos, cuando se den cuenta de ello, envíen a la Tierra dispositivos que nos permitirían recibir de manera regular estos «cursos de cultura galáctica», y es posible que, entonces, progrese de golpe mucho más de lo que la sola fuente de información de la Ciencia nos permite. Fred Hoyle está completamente persuadido de ello y cree en la inminencia de nuestra posibilidad de inscripción en algo así como una especie de anuario telefónico de la cultura.

También se pueden ver intervenciones en fenómenos, por

el momento inexplicables, que se han constatado a propósito de satélites, notablemente *Cosmos* y *Telstar*. Después de haber dejado de emitir, estos satélites volvieron a funcionar de nuevo, lo que hizo que un experto de la NASA declarara a este propósito: «Parece como si hubieran sido desmontados y montados de nuevo.» La hipótesis de las Inteligencias estudiando uno de estos satélites para darse cuenta, sin llamar la atención, del nivel alcanzado por nuestros conocimientos técnicos, es plausible. Después de lo cual, y en virtud del principio de vuelta a cero de que antes hemos hablado ya, el satélite sería de nuevo devuelto a su estado primitivo. El día en que recuperemos un satélite cuyo equipo haya sido mejorado, tendremos la prueba de estas intervenciones.

En términos generales, creo posible estimar que estamos entrando en una nueva Era, en que las intervenciones serán sustituidas por contactos: en este momento, habremos pasado a formar parte de una comunidad galáctica.

Por lo que al poder se refiere, nos aproximaremos a las Inteligencias. Podremos ocasionar alteraciones en nuestro Sol bombardeándolo con un número suficiente de bombas de hidrógeno. Ya ahora podemos emitir señales captables a decenas de años-luz. Pero la velocidad de la luz es demasiado reducida para que valga la pena construir emisoras más potentes. Con todo, si se descubren partículas o irradiaciones que se propagan a una velocidad prácticamente infinita, lo que, contrariamente a lo que han afirmado demasiados divulgadores ignorantes, no es en modo alguno incompatible con la teoría de la relatividad, lo cierto es que podremos enviar señales de un extremo a otro de la galaxia y acaso a otras galaxias. Por el contrario, si nuestra entrada en lo que el escritor ruso Efremov ha llamado «el gran anillo de la inteligencia» exige un progreso moral conside-

rable, esta entrada no se producirá precisamente mañana.

Por otra parte, es muy probable que una civilización carente de potencia elevada y que no tenga sentido moral alguno se destruya automáticamente. Lo que no quiere decir que sea ésta, por fuerza, la suerte de todas las civilizaciones.

Las discusiones sobre este tema, incluso entre los sabios más destacados, no brillan, esta es la verdad, por la independencia de espíritu. Así, Chklovski escribe que la Humanidad futura será comunista o bien perecerá; y, a continuación, nos dice que el comunismo es la paz universal. Es una buena noticia para los chinos. ¡Y Chklovski es uno de los espíritus más avanzados de toda la Ciencia oficial!

Todos los hombres de Ciencia definen (cf. capítulo I) a una civilización por la cantidad de energía que produce. Sólo Teilhard de Chardin, más poeta que científico, se ha planteado problemas de carácter moral. Y, no obstante, son muy probablemente estos problemas morales los que nos han conducido a ser puestos en cuarentena. Porque, ¿cómo explicar que no existen más contactos entre nosotros y los extraterrestres, sino por el hecho de encontrarnos en la aludida cuarentena?

¿Y cuándo va a terminar esta cuarentena? Según nuestras actuales informaciones, nadie puede decirlo. El día en que termine, sabremos muchas cosas. Entretanto, nos es preciso estudiar, partiendo de elementos muy débiles y con medios reducidísimos, todos estos problemas que figuran, sin lugar a dudas, entre los más importantes que los seres humanos tenemos planteados. En este sentido, el presente libro puede resultar de alguna utilidad.

TÍTULOS APARECIDOS

L. Pauwels y J. Bergier EL RETORNO DE LOS BRUJOS

¿Desaparecieron civilizaciones técnicas en épocas inmemoriales? ¿Será la sociedad secreta el sistema de gobierno del futuro? ¿Existen puertas abiertas a universos paralelos? ¿Derivamos hacia una suprahumanidad? Una visión fantástica de la realidad pasada y futura. Edición ilustrada.

Fulcanelli EL MISTERIO DE LAS CATEDRALES

«Un libro extraño y admirable. Manifiesta una sabiduría extraordinaria y conocemos a más de un hombre de elevado espíritu que venera el nombre legendario de Fulcanelli.» (Pauwels y J. Bergier en El retorno de los brujos.) «La persona que se ocultó, o se oculta aún, tras el nombre de Fulcanelli, es el más célebre y único alquimista verdadero de este siglo en que el átomo es rey.» (Initiation et Science.) Edición ilustrada.

Jacques A. Mauduit EN LAS FRONTERAS DE LO IRRACIONAL

Tradiciones milenarias han aportado al ser —deformado y a veces ridículo— de ciertos poderes, que la ciencia negó en un momento dado, pero que la ciencia actual, más libre, empieza a considerar sin prevenciones. Ciencias que por fin empiezan a encontrar su ubicación en el pensamiento actual. Telepatía, clarividencia, quromancia y cartomancia, adivinaciones, yoga...

John G. Fuller EL VIAJE INTERRUMPIDO

¿Dos horas a bordo de un platillo volante? ¡Increíble relato, que la Prensa mundial ha vulgarizado, de un matrimonio americano sometido a un sueño hipnótico y que explica sus experiencias. Edición ilustrada.

Gérard de Sède EL TESORO CÁTARO

Del oro de Delfos a las ruinas de Montségur la sangrienta cruzada contra una herejía que aún subsiste. ¿Por qué cantaban en «lengua de creta» los trovadores medievales? Edición ilustrada.

Hadès ¿QUÉ OCURRIRÁ MAÑANA?

Europa, el mundo, nuestro destino vistos por la astrología. Retrato astrológico de los jefes nazis. La trágica muerte de Kennedy. Astrología del gaullismo. El destino de China. El fin de la Monarquía Inglesa. La revolución en Italia.

Peter Kolosimo SOMBRA EN LAS ESTRELLAS

Los misterios del Cosmos. Los secretos espaciales alemanes. Las intrigas de la astronáutica soviética y americana. ¿Están habitados los otros mundos? Toda la verdad sobre el sigmo de los platillos volantes.

Hans Herlin
EL MUNDO DE LO ULTRASENSORIAL

Un estudio cauteloso de los poderes ocultos del ser humano: hipnosis, espiritismo, telepatía.

Louis Charpentier
EL ENIGMA DE LA CATEDRAL DE CHARTRES

Un hombre interrumpió a una catedral. Y la catedral respondió. Y todo el misterio de un saber perdido se desvela poco a poco. Un libro que lleva al lector a las fuentes profundas de un saber «divino» y desemboca en unas conclusiones sorprendentes desde el punto de vista histórico y herético. Edición Ilustrada.

Raymond de Becker
LAS MAQUINACIONES DE LA NOCHE

El sueño en la Historia y la Historia del sueño. Freud se lo dijo todo.

Victor Colmenarejo
TEORÍA DEL SUPERHOMBRE

Esta «superioridad» al que la Humanidad aspira finalmente, según las más modernas teorías de la evolución biológica. Un libro que suscita fuertes controversias.

Peter Kolosimo
TIERRA SIN TIEMPO

La Era de los gigantes. Demarcas de piedra. Los secretos de las pirámides. El misterio de la Atlántida. Los estrabones de Tiahuanaco. Los mitos de las Tierras perdidas. Cuentos impresionantes. 300.000 años de Historia de una Humanidad desconocida. Edición Ilustrada.

Fulcanelli
LAS MORADAS FILOSOFALES

La otra gran obra del autor de El misterio de las catedrales. Edición Ilustrada.

Gérard de Sède
EL ORO DE REYNES

¿Cuál era el secreto del abad Semper? Seis siglos antes 186 y 187, se pasó una

de mil quinientos millones de francos viejos! ¿De qué tesoro provenían sus fabulosas riquezas? Por el autor de El tesoro celta. Edición Ilustrada.

Erich von Däniken
RECUERDOS DEL FUTURO

Los dioses fueron extraterrestres. El libro más vendido en Alemania durante el año 1969.

Leo Talamonti
UNIVERSO PROHIBIDO

«No creo que exista otro libro que contenga tal cantidad de hechos extraños, inquietantes, maravillosos.» Dino Buzzati. Edición Ilustrada.

Michel Gauquelin
LOS RELOJES CÓSMICOS

¿Pueden las supersticiones astrológicas ser la expresión externa de importantes hechos científicos? Un interesantísimo estudio del desarrollo de la astrología, desde la antigüedad hasta los descubrimientos más recientes, que abre esta ciencia un nuevo campo de exploración.

Peter Kolosimo
NO ES TERRESTRE

Huellas misteriosas, objetos no identificados, presencias inquietantes, mitos... Por el autor de Tierra sin Tiempo y Sombras en las estrellas. Premio Bancarella 1969. Edición Ilustrada.

Frank Edwards
PLATILLOS VOLANTES... AQUÍ Y AHORA

La sorprendente evolución de los avistamientos relacionados con los OVNI, y los casos más destacados. Un informe a la vez serio e irónico, por el más leído de los especialistas. Edición Ilustrada.

L. Pauwels y J. Bergier
LA REBELIÓN DE LOS BRUJOS

Por fin la continuación de El retorno de los brujos. Temas tan apasionantes como: Dudas sobre la evolución. La deriva de los continentes. Las dislocaciones de la Tierra. El célebre sortero del Señor. El antiguo ejemplar de Australia. Los desconocidos de Australia. Sobre la comunicación de los muertos. El Imperio de Sédico...

Titus Burckhardt
ALQUIMIA

El hombre es el plomo opaco y material que puede convertirse en oro resplandeciente. Un tema apasionante reflejado por la autoridad máxima en la materia. Edición Ilustrada.

Richard Hennig
GRANDES ENIGMAS DEL UNIVERSO

El Paraíso terrenal, el Diluvio, Sodoma y Gomorra, la Torre de Babel, el Dragón de las siete cabezas, el Holandés Errante... Respuestas lógicas a grandes incógnitas.

Andrew Tomas
LOS SECRETOS DE LA ATLÁNTIDA

Esta obra se propone atraer la atención de los medios científicos y del gran público sobre uno de los grandes misterios de este mundo. ¿Dejó la Atlántida depósitos de oro y otros tesoros enterrados bajo las Pirámides y la Esfinge, como pretende una antigua tradición? En nuestra época, en que la ciencia realiza progresos sin parangón en el pasado, parece llegado el momento de explorar ciertos tesoros desconocidos a fin de anticipar y estimular nuevos descubrimientos. Edición Ilustrada.

Louis Charpentier
LOS GIGANTES Y EL MISTERIO DE LOS ORIGENES

El autor de El enigma de la catedral de Chartres nos presenta en esta obra una teoría sobre los orígenes de las civilizaciones, fundadora de la mano por unas incursiones apasionantes. Edición Ilustrada.

Peter Kolosimo
EL PLANETA INCÓGNITO

El autor, ya conocido de los lectores de esta colección, hace un exhaustivo estudio de nuestro «incógnito» planeta rojo, aun creyendo imposible, en el fondo no nos es mucho más familiar de cuanto pudiera serlo para un astrónomo marcialmente entrenado a espalar nuestro mundo... Edición Ilustrada.

Gilbert Pillot
EL CÓDIGO SECRETO DE LA ODISEA

¿Esconde la Odisea, bajo las apariencias de un maravilloso poema, los claves de un misterioso secreto que conduce a temas más oscuros y extraños? ¿Son descubiertos por primera vez los secretos del estado Ulises? Edición Ilustrada.

Erich von Däniken
REGRESO A LAS ESTRELLAS

El autor de Recuerdos del futuro presenta nuevas argumentos para la hipótesis, al ser aplicados sobre hechos que en la antigüedad, prefigurados que hemos sido visitados en la antigüedad por extraterrestres. Edición Ilustrada.

Andrew Tomas
LA BARRERA DEL TIEMPO

El autor de esta obra gira en torno de la dimensión del Tiempo. En la primera parte, buscándose comprender los problemas del llamado flujo del tiempo, esa cuarta dimensión. En su apasionante segunda parte, presenta un libro de fantásticas profecías. Edición Ilustrada.

Jean-Charles Pichon
NOSTRADAMUS, DESCIFRADO

Las profecías de este adivino y oráculo del siglo XVI que pretenden anticipar el futuro de la Humanidad, muchas de ellas ya cumplidas, analizadas en un interesante estudio, que nos da la clave correcta en su obra, las Centurias.

L. Pauwels y J. Bergier
EL PLANETA DE LAS POSIBILIDADES IMPOSIBLES

Los dos científicos autores, creadores de una nueva concepción de los hechos insólitos, nos presentan nueva evidencia a través de la evidencia sobre temas muy diversos.

Pierre Ceris y François Eshuis
EL ENIGMATICO CONDE DE SAINT-GERMAIN

Historia de poderes extraordinarios, una alquimista cruzó los siglos y rompió la temporalidad. Un estudio en que la fantasía se mezcla con la realidad.

Jacques Sadoul
EL TESORO DE LOS
ALQUIMISTAS

¿Existieron alguna vez los alquimistas? Tras una laboriosa búsqueda, el autor ha encontrado textos donde se demuestra que la transmutación de los metales villos en oro fue un hecho irrealizable.

Jacques Bergler
LOS EXTRATERRESTRES
EN LA HISTORIA

Un estudio vivo, por la ágil pluma del autor de El retorno de los brujos en que analiza exhaustivamente las posibilidades de contacto con extraterrestres.

Jacques Vallee
PASAPORTE A MAGONIA

Libro muy bien documentado sobre el fenómeno OVNI, con un apéndice redactado especialmente para las observaciones españolas. Lo más serio y objetivo sobre este tema.

Jean-Michel Angebert
HITLER Y LA TRADICIÓN CATARA

Las relaciones entre los cátaros y el movimiento nazi se analizan de una forma sorprendente y amena haciendo luz sobre las coincidencias existentes entre ambos fenómenos históricos. Edición ilustrada.

Robert Tocquet
MEDIUMS Y FANTASMAS

Los fenómenos más sorprendentes —mesas que se levantan, levitaciones, casas encantadas, fantasmas—, estudiados con absoluto rigor científico. Un libro que establece la frontera entre el fraude y la verdad.

Jean Sedy
LA ERA DEL ACUARIO

¿Qué lugar ocupa el hombre en el Universo? ¿Ha llegado el fin de la tranquilizadora ilusión humanista? Edición ilustrada.

François Ribadeau Dumas
HISTORIA DE LA MAGIA

He aquí una obra clásica acerca de este tema. Siguiendo el mito de Fausto, el autor nos presenta una amplia panorámica de la magia de todos los tiempos.

Orencia Colomar
QUIROLOGÍA

Al fin la bibliografía española acerca de este tema ha llenado un hueco imprescindible. De una forma clara y amena se desvelan los secretos de la mano, siempre desde un punto de vista científico y con numerosas implicaciones interesantísimas. Edición ilustrada.

Antonio Ribera y Rafael Fariols
UN CASO PERFECTO

Mediante una esmerada documentación gráfica se estudia primordialmente la aparición de un OVNI en San José de Valdeira (Madrid), junto con otros casos que pertenecen a similares características. Un buen puntal de apoyo para la demostración de la existencia de estas neves extraterrestres. Edición ilustrada.

Andrew Tomas
NO SOMOS LOS PRIMEROS

La tesis de este libro —de la que se dan abundantes ejemplos— es que han existido varias civilizaciones, cuyos rastros se han perdido y que alcanzaron conocimientos que no hemos sido los primeros en descubrir: Atlántida, extraterrestres...

André Pochan
EL ENIGMA DE LA
GRAN PIRÁMIDE

Libro muy completo en que se pasa revista a cuanto se sabe de la pirámide de Keops a través de todas las épocas y se dan normas de interpretación. Edición ilustrada.

Jacques Sadoul
EL ENIGMA DEL ZODIACO

El autor, partiendo de una postura esotérica, se adentra y aclara el misterioso mundo de la Astrología y nos ilustra mientras él mismo se hace un adepto de esta ciencia. Edición ilustrada.

Peter Kolosimo
ASTRONAVES EN LA PREHISTORIA

A través de una abundante iconografía (300 ilustraciones) el autor rastrea todo vestigio de las civilizaciones anteriores a la nuestra o posibles contactos con seres de otros mundos ocurridos en los albores de nuestra cultura. Edición ilustrada.

Lisa Morpurgo
INTRODUCCIÓN A LA ASTROLOGÍA
Y DESCIFRE DEL ZODIACO

Demostración rigurosamente lógica de que el Zodíaco es el instrumento de conocimiento más racional de que la Humanidad haya podido disponer jamás y de cómo el horóscopo se convierte en ciencia de la previsión. Edición ilustrada.

Peter Kolosimo
GUÍA AL MUNDO DE LOS SUEÑOS

Esta tan conocido autor emprende ahora investigaciones dentro del mundo de los sueños. Tras una amena introducción, nos presenta en forma de vocabulario las interpretaciones más frecuentes de lo soñado.

Robert Tocquet
LA CURACIÓN POR EL
PENSAMIENTO

Imparcial estudio del problema de las curaciones por el espíritu y las curaciones milagrosas, así como del actual problema de los curanderos y de las terapéuticas extramédicas.

Louis Charpentier
EL MISTERIO DE COMPOSTELA

Significado y trascendencia del «camino de Santiago», con un análisis, serio y documentado de la toponimia de la ruta. Edición ilustrada.

Michel Gall
EL SECRETO DE LAS
MIL Y UNA NOCHES

¿Existe concordancia entre las leyendas de Las mil y una noches y mitos de orígenes más antiguos o de otras culturas geográficas y racialmente distintas y alejadas entre sí? Edición ilustrada.

Georges Ranque
LA PIEDRA FILOSOFAL

La luz de la Ciencia proyectada sobre los misterios de la «piedra filosofal». Edición ilustrada.

Orencia Colomar
FISIOGNOMIA

Exhaustivo estudio de los problemas relacionados con la caracterología humana, a través de los rasgos fisiognómicos y de la tipología en general. Edición ilustrada.

Carlo Liberio del Zotti
BRUJERÍA Y MAGIA EN AMÉRICA

¿Qué es la «macumba», religión sincretista popular, que empieza a extenderse por determinados lugares de América?

Josane Charpentier
EL LIBRO DE LAS PROFECIAS

La profecía en la Historia. La Gran Pirámide, Israel, El Apocalipsis, San Malquías, Nestorodamus, Profecía mariana, Edgar Cayce, La Parusa, El Anticristo...

Jacques Carles y Michel Granger
LA ALQUIMIA,
¿SUPERCIENCIA EXTRATERRESTRE?

Los secretos de la energía y de la materia, ¿habían sido ya descubiertos en otros puntos del espacio o del tiempo?

Paul Poëson
EL TESTAMENTO DE NOÉ

Partiendo de las medidas del Arca bíblica, el autor expone toda una teoría de simbolismos, que pueden interpretarse para deducir el pasado y el futuro. Edición ilustrada.

Jean-Michel Angebert
LOS MÍSTICOS DEL SOL

Algunas personalidades de la Historia, ¿tienen en común una filiación mística al mito solar, que expresa la vinculación del hombre a las fuerzas luminosas del Cosmos?

Jacques Bergler
EL LIBRO DE LO INEXPLICABLE

Las civilizaciones desaparecidas. Los extraterrestres entre nosotros. Sensacionales descubrimientos sobre el origen de la vida. Edición ilustrada.

Andreas Faber Kaiser
¿SACERDOTES O COSMONAUTAS?

La razón de las visitas de los platillos volantes. ¿radica en nuestra dependencia de otras civilizaciones? Edición ilustrada.

Jacques Huynen
**EL ENIGMA
DE LAS VÍRGENES NEGRAS**

¿Qué misterioso secreto encierran las Vírgenes

negras de la cristiandad, todas las cuales tienen exactamente las mismas características? Edición ilustrada.

Peter Kolosimo
CIUDADANOS DE LAS TINIEBLAS

Voces del pasado, imágenes del futuro, poderes invisibles capaces de mover objetos a distancia... Los fenómenos más desconcertantes, explicados por primera vez a la luz de la Ciencia.

Belline
EL TERCER OÍDO

Impresionantes experiencias de comunicación de un padre con su hijo... desde el más allá. Edición ilustrada.

